...y vencí al mismísimo Diablo



NALEN GÓMEZ

Y VENCÍ

AL MISMÍSIMO DIABLO

Por: Nalen Gómez

Título original: *Y vencí al mismísimo diablo*

Diseño de portada: Maribel Caparrós Gómez

Ilustración:© Maribel Caparrós Gómez

AGRADECIMIENTOS

Ahí voy con mi primer libro. Desde pequeña he sido una gran lectora, y siempre me ha gustado escribir, aunque jamás pasé del intento de libro; dos o tres capítulos y ahí se quedaban mis «proyectos» sin prácticamente haber arrancado.

Siempre me he dedicado a diferentes formas de hacer arte, como prácticamente todos los que me conocen saben, soy una loca del dibujo y de la música. Pero hace tiempo que me rondaba por la cabeza hacer algo como «Y vencí al mismísimo diablo», porque es mi manera de «ayudar» a todas esas personas que caen en relaciones dañinas, de dependencia y de soportar ciertos comportamientos que jamás se deberían tolerar.

Sí este libro ha llegado a tus manos espero que lo disfrutes y te agradezco enormemente que me hayas dado una oportunidad.

A todas esas personas a quien quiero y que me quieren les dedico mi libro, en especial a mi Pedro por ser el amor de mi vida y porque cada día me alegro más de estar a su lado.

A mis niñas porque las quiero más que a mi vida.

A mi familia y amigos por estar siempre ahí.

TABLA DE CONTENIDO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

Diciembre de 2010

Hola Uli,

espero que estas líneas no te vayan a dar problemas, te escribo porque mi vida se ha roto en mil pedazos, peso 50 kg y ya no soy quien tu conociste, soy incapaz de querer, incapaz de mostrar ningún sentimiento, me han destrozado, humillado, hasta acabar siendo un cúmulo de cristales rotos. Te escribo porque necesito un amigo, únicamente por eso; espero que estés bien.

Saludos,

Elisa

Noviembre de 2009

—Déjame en paz, desde que llegué a esta casa no has parado de agobiarme, te he pedido espacio, te he dicho que no puedo escucharte ahora, en este momento necesito descansar, no estoy para aconsejar a nadie.

—¡Ay que ver, ay que ver! Si es que me tienes manía, no quieres saber «na» de mí, y solo haces que encerrarte en esa habitación fumando como una carretera.

—Dejadlo ya, ¡mama déjala en paz!

—Se acabó, paso de escuchar nada más, me voy a trabajar.

Salí tarde de casa, tan tarde que no llegaba a trabajar por mucho que apretase el acelerador, de repente la ansiedad se apoderó de mí, el miedo a llegar tarde al taller, mis jefes mirándome con mala cara, mi madre machacándome sin realmente comprender que yo había tocado fondo y en ese momento era como un barco a la deriva.

Pensé en aquellos tiempos en los que tenía mi propia casa, mía y de nadie más, duró escasamente un año, pero ¡Que sensación de libertad! Aun habiendo perdido la casa que tanto me costó levantar, en la que participé con mi ex pagando, reformando y comprando muebles durante diez años. Cuando tuve un piso para mi sola, no me acordaba de eso, pero ahora que había vuelto a casa de mis padres hacía nueve meses, esos tiempos volvían a mí una y otra vez repicando en mi cerebro sin parar.

El tiempo se me echaba encima, no llegaba, las nueve, y yo a medio camino, empezó a faltarme el aire, rompí a llorar y a respirar por la boca emitiendo un ruido parecido al rebuzno de un burro, una punzada en un costado se sumó a los síntomas de algo que yo sabía de sobras que se llamaba ansiedad.

Como cada vez me encontraba peor me desvié del trayecto y me dirigí al ambulatorio de Reus. Pedí visita urgente y me atendió una chica que no tenía nada que ver con mi médico de cabecera, pero éste, ese día no estaba.

—Cálmate, tranquila —me dijo la doctora—, estás rígida, intenta relajarte. ¿Qué te ha pasado?

—He empezado a encontrarme mal mientras conducía hacia mi trabajo.

La doctora, me derivó al psiquiatra y me dio la baja; la duración aproximada era de un mes.

Volví a casa de mis padres, les expliqué lo ocurrido, pero no me comprendieron, al menos esa fue la sensación que me dio; mi padre porque si no es él quien está de baja, nadie más ha de estarlo, mi madre porque se sentía culpable y solo quería quitarse las pulgas de encima.

A partir de ese momento los días fueron pasando como si fueran clones unos de otros, yo prácticamente me pasaba todo el día tumbada y tenía miedo a salir a la calle; ya que a la primera de cambio me sentía mal, las ganas de llorar no abandonaban mis momentos y prácticamente no me alimentaba. Solo fumaba y fumaba. Los recuerdos se agolpaban en mi cabeza, los porqués y los seré tonta… también me hacían compañía durante todo el día.

Mis jefes no paraban de llamarme, a veces a las ocho de la mañana y me presionaban para que volviera al trabajo. Mi madre se cabreaba cada vez más, y un día si no cuelgo antes, le hubiera dicho unas cuantas verdades a uno de mis jefes por no dejarme en paz.

Una noche necesité hablar con alguien, pero no quería que ese

alguien fuese cercano a mí, no quería rallar a mis amigos con mis historias, por lo que me metí en una red social, en la que no había perfiles privados y sujetos a que solo lo vieran tus amigos, si no que podía verte cualquiera y dejarte mensajes, la verdad que esa página estaba degenerando por momentos, diríamos que era el inicio de las redes sociales y ésta acabó convirtiéndose en una página de contactos en lugar de lo que en principio era, una página para contactar con tus amigos y hacer nuevas amistades.

Revisé el montón de mensajes que tenía sin leer, ya que no solía entrar mucho. Encontré mensajes de todo tipo, desde gente que tenía agregada que únicamente me saludaba, hasta pesados que me decían lo de siempre, lo buena que estaba y lo bien que me conservaba para mi edad… otros repetían poesías que con toda seguridad había enviado a toda chica habida y por haber. Entre todos aquellos mensajes, había uno diferente; alguien que me decía que había leído mi perfil, que le gustaba la gente sincera y que tenía una mirada muy intensa. El chico que me escribió ese mensaje, tenía unas chapas de cerveza en los ojos, no se apreciaba bien su cara pero parecía atractivo, no me gustaba meterme en el perfil de nadie ya que había un chivato que te informaba de quien había entrado. La verdad es que el físico era lo de menos, yo no quería nada con nadie en ese momento, pero sí necesitaba hablar con alguien, alguien que viera todo desde fuera, alguien desconocido que al menos me escuchara, y a quien pudiera contarle todo sin omitir cosas por vergüenza.

Respondí cordialmente, dejando claro que prefería la verdad por dura que fuese que mentiras y mentiras, que por eso hacía tanto hincapié en mi perfil diciendo que me gustaba la gente sincera y transparente.

El chico me contestó, se llamaba Roberto pero le llamaban Robe. Empezamos a hablar y me pareció una buena persona, no escribía muy bien por lo que se notaba que no habría sido un estudiante brillante en su día, estuvimos «hablando» largo y tendido, hasta que le dije que me iba a dormir.

Al otro día me encontré con un mensaje.

«Me alegro de haber conocido a alguien como tú, hay pocos días en los que conoces a alguien que merezca la pena, me encantaría que fueras mi amiga, porque amigos de verdad no se encuentran todos los días».

En aquel momento pensé, que raro, alguien que de repente sin conocerme apenas por una sola conversación escribe esto, ha de ser alguien excesivamente sentimental, o no entiendo, ya que yo, ni

siquiera me había acordado de esa persona, me cayó bien, pero eso era todo.

Pasaron los días, y una tarde volví a entrar en la red social, saludé al desconocido Robe, y no contestó, por lo que seguí a lo mío sin hacer mucho caso, de repente escuché el típico sonidito que te avisa de que te han abierto conversación, era Robe, bueno, en realidad parecía que era un amigo suyo, que me preguntaba si sabía el número de teléfono de un tal Jaime, a lo que yo respondí que no tenía ni idea, me preguntó por otra gente y por sus teléfonos, le dije que no conocía a Robe, que solo había chateado con él en una ocasión, por lo que no podía ayudarle.

Al parecer, Robe y el tal Jaime se habían marchado dejando al chico desconocido cerrado con llave dentro de la casa, menuda broma pesada, pensé.

Dejé de hablar con el desconocido y al cabo del rato Robe me abrió conversación.

—Hola «xula»

La verdad que el tal Robe escribía fatal, cambiaba B por V, J por G, los acentos ni los conocía y su forma de hablar era algo macarra, luego pude comprobar que era macarra total cuando hablamos por videoconferencia.

Pero por alguna razón me caía bien, nos contamos nuestras respectivas historias, la mía verdad, la suya en ese momento para mí, parecía verdad.

Me contó que estaba de vacaciones, que el lunes siguiente se reincorporaba al trabajo de nuevo, que tenía un Ford Focus, que estaba haciendo unas reformas en una casa que pertenecía a su madre para aprovechar las vacaciones, que tenía una hija a la que iba a visitar regularmente a Gerona, que estuvo casado y dejó a su mujer porque la relación se deterioró al cabo de los años. Yo por mi parte no solté mucha prenda, no sé por qué razón no llegué a desahogarme, solo dije que estaba «separada», que tenía una hija, que había vuelto a casa de mis padres a causa de la crisis, que trabajaba como contable en un taller de camiones, cosas normales, pero todo real.

Robe también estaba en casa de su madre, la realidad Española desde 2007, gente que pierde su trabajo, o se separa perdiendo poder adquisitivo y no pudiendo hacer frente al pago de sus casas. Robe me dijo que en nada y menos tendría su propio piso, que ya lo tenía apalabrado.

Hablamos durante unas horas, por chat y video conferencia, yo lo

oía a él, pero él a mí no, ya que yo no tenía micrófono. Había algo raro en ese chico, lo noté desde un principio, hablaba arrastrando la voz como hacen los hombres que no han vivido muy buena vida, que han lidiado con las drogas. También había algo exagerado en él, como una demostración de afecto forzada, demasiado demostrativo, como si quisiera protegerme. Yo era consciente de todo eso, por alguna razón tengo por manía analizar a la gente para saber de qué pie cojea, pero en ese momento de mi vida me sentía vulnerable, tanto como para ignorar las alarmas que se encendían en mi cabeza.

Me preguntó el porqué de mi baja laboral, le dije la verdad, que tenía una pequeña depresión acompañada de ansiedad a causa de lo acontecido en los últimos tiempos y sobre todo por la pérdida de mi casa.

Pareció compadecerse de mí, cosa que no me hizo mucha gracia, pero no me dio tiempo a decir nada más cuando me dijo que él también tenía depresión, que me comprendía, eso me tranquilizó, porque de alguna manera estaba hablando con un igual. También me llamó la atención de que su profesión fuese la de cerrajero y soldador, yo empecé a tomar clases de soldadura en 2008, la verdad se me daba bien y me gustaba. Por lo que estuvimos hablando de muchas cosas, y la conversación parecía fluir, hasta que mis alarmas desaparecieron por completo, aunque aquel chico pareciera estar algo bebido por su forma de hablar y comportarse.

A partir de ese momento, empezamos a hablar todos los días, normalmente por la noche, me presentó a sus amigos que estaban haciendo la reforma de la casa con él, nos reíamos mucho todos, la verdad me alegraban el día, me llamaban por el Messenger durante el día para ver que tal estaba, sobretodo su amigo Jaime, que empezó a hablar conmigo también a su vez. Jaime era totalmente opuesto a Robe, al menos por la red parecía un chico más serio al que no le gustaba escuchar problemas, y tampoco quería aburrir a nadie con los suyos. Incluso parecía algo borde a veces, por lo que me tiraba para atrás. Le eché las cartas y vi que había un par de chicas en su vida, no me equivoqué, no quiso decir mucho pero a la vista saltaba que estaba entre las dos, una le hacía daño porque al parecer no era el único en su lista, aunque él decía que no, que pasaba de ella. La otra… era otra historia, estaba enamorado como un niño de la otra chica, bastante mayor que él, pero inalcanzable. No me gustaba mucho hablar con Jaime, aunque fuese el que más me llamara, ponía el ordenador en cualquier parte de la obra y me llamaba por videoconferencia. Los veía ahí trabajando a todos menos a él. Se oían unos gritos fuertes, que podrían venir perfectamente del más feroz de los jefes o algo parecido, luego descubrí que el gritón era Robe, que daba imagen de

que en el trabajo ya se le podía poner por delante quien sea, que no iba ni a inmutarse.

Una noche Jaime me llamó, bueno más bien me abrió la videoconferencia por error. Era Robe el que estaba ahí, pero no estaba hablando conmigo, le estaba dictando a Jaime para que escribiera a alguien. Estaba gritando, la verdad era bastante desagradable, repetía una y otra vez

—¡Compra armas! —oí gritar— ¡Que me hagas caso, compra armas! —Decía eso y más cosas sin sentido, «a grito pelao», daba miedo la verdad. Mis alarmas se habían encendido y estaban al rojo vivo.

De repente cayeron en la cuenta de que yo estaba allí, viéndolos a ellos y lo peor oyéndolos. Me preguntaron cuanto tiempo llevaba escuchándolos, a lo que respondí:

—Desde que me habéis llamado.

—¿Qué has oído? —preguntó Jaime.

—Compra armas —respondí.

—El padre de Robe está en Venezuela, y ahí la cosa no está muy bien.

—Comprendo —dije intentando que pareciera que no me había llamado la atención la conversación; o no, la verdad no sabía que pensar.

Robe se puso delante del ordenador y le hizo un ademán a Jaime para que lo dejara solo hablando conmigo.

Me contó que tenía una hermana pequeña en Venezuela, que su padre se había ido a vivir allí y había formado una nueva familia.

Estuvimos otra vez hablando largo y tendido. Luego se unieron los demás como siempre y al final todo parecía una fiesta. Me cantaban canciones en plan coña, me contaban chistes, me hacían reír, y eso es lo que yo necesitaba; reírme de todo.

CAPÍTULO 2

Una noche, Jaime me abrió conversación por Messenger, Robe estaba tumbado en el sofá, como si estuviera enfermo, Jaime parecía estarlo cuidando. Le pregunté que le pasaba, y me dijo que no se encontraba bien.

De repente Robe habló con voz de ir «hipermegasuper-tajado», la típica voz de borracho, con lo que me di cuenta del mal que le aquejaba; el de haber empinado el codo demasiado.

Esa noche Robe le dijo a Jaime algo como:

—¿Con quién hablas?,¿ Con la tía esa? Habla tú con ella que yo no tengo ganas de hablar.

—Con Elisa —respondió Jaime y Robe se volvió a quedar dormido.

Jaime se subió el PC a su habitación, rápido me despedí, por alguna razón la conversación de Jaime no me llenaba, su forma de ser tampoco, quizás porque era demasiado hermético, muy frío, eran la noche y el día.

Al día siguiente me hablaron los dos, decían haber estado la noche anterior en la «caravana del amor», bromeaban, no me contaban el porqué, tiempo después supe a lo que se referían, en ese momento ni pregunté.

Jaime y Robe me propusieron quedar el viernes para tomar algo. Acepté encantada, raro en mí ya que el quedar con desconocidos no era mí comportamiento habitual; pero confiaba en ese par de chicos, que me habían devuelto la sonrisa y que llenaban mis noches en casa de mis padres de bromas y alegría.

De alguna manera me tenía que encontrar con Jaime a las ocho de la tarde en Reus, por alguna razón, su móvil fue a parar a manos de Robe y también, el tal Jaime se ve que no estaba en condiciones para ir al sitio donde habíamos quedado primero los dos para reunirnos luego con Robe. Por lo que al final al que primero conocí en persona

era a quien quería yo conocer, a Robe.

La primera impresión fue buena, moreno de ojos intensos, algo más alto que yo, y con ese aire de chico peligroso en el pasado que a mi tanto me atraía. No parecía arrastrar tanto las palabras como cuando hablábamos por videoconferencia. Iba vestido con el mono de trabajo, siempre me han gustado los hombres en con mono, también los de uniforme; esas cosas que más o menos a todas nos vuelven locas. Robe fue muy agradable conmigo, la verdad, me inspiraba confianza y parecía una buena persona. Venían a mi cabeza los gritos que le había oído el día de «las armas», no me gustaron nada, sin embargo, lo pasé por alto.

Fuimos a un bar en una plaza de Reus, una plaza que en el pasado fue una más, y que se había vuelto el pequeño «Bronx». Si se quería ver a todas las razas juntas pero no revueltas ese era el sitio adecuado. Había chinos, sudamericanos de diversos lugares, más mulatos, más indios, blancos y con acento… los había de todo tipo. También había gitanos. Todos estos estaban en la cancha de básquet, y a pesar de ser gente de distintas partes del mundo y diferente etnia, parecían no tener conflicto, al menos en ese momento.

En el bar estaba Jaime, borracho, al parecer le había pasado algo grave que tenía que ver con su hija, y se había emborrachado, no pudiendo acudir al sitio donde habíamos quedado en principio.

Robe me lo presentó, y éste, puso una cara rarísima en cuanto me vio. Hay que decir que yo había perdido bastante peso en poquísimo tiempo, que no tenía buena cara ya que estaba enferma, pero no para que pusiera esa cara de asco. Lo siguiente que dijo es «el fiambre todo para ti» pensándose que yo no me iba enterar que quería decir con eso. La verdad que él tampoco era gran cosa, delgaducho de más o menos uno con setenta y cinco metros de altura, sus ojos eran grandes y ojerosos, sus pómulos prominentes y su nariz pequeña, era demasiado blanco de piel lo que le daba un aspecto algo fantasmal, aparte que la borrachera no le ayudaba nada a decir verdad.

Robe intentó hacer como si no lo hubiera oído, intentó disimular, sobretodo porque se estaba dando cuenta de que yo me había enterado de todo.

Estuvimos en el bar donde encontramos a Jaime un buen rato. Me presentaron a algunas personas, uno de ellos me reconoció, era un chófer que venía al taller donde yo trabajaba. Los otros me miraban con cara de estar al acecho. Robe no paraba de entrar y salir, se disculpaba, salía, tardaba un rato en volver y luego volvía a hacer lo mismo. Otra de las cosas que ya conocía y que no me gustaba nada.

Malpensé y acerté, estaba intentando cobrar deudas de venta de drogas, no sabía exactamente si solo era chocolate, marihuana o por el contrario era algo más duro como la cocaína, hasta que le dije claramente en una de esas que entraba disculpándose y metiéndome mil excusas, que sabía lo que estaba haciendo, que no se preocupase que lo entendía; hay que decir que esto lo dije para que confiara en mí y me contara que se traía entre manos. Cosa que supe en un momento, según él, tenía montando cierto tinglado de venta de cocaína con un socio. Al parecer, era como una especie de capo ahí en ese sitio. Mis alarmas al rojo vivo, mal asunto. Odiaba, odio y odiaré siempre las drogas, y ese chico, estaba haciendo algo que había visto hacer a gente que no me gustaba nada. Pero en el fondo, me sentía como en Piratas del Caribe, encontrando un Jack Sparrow que me llevara a vivir aventuras peligrosas.

El porqué de mi atracción por los chicos «malos» con fondo «bueno» , creo que tiene que ver con el bombardeo televisivo y el cine; siempre cae bien el típico personaje «malote» que luego resulta que tiene sentimientos, y de repente te ves metida en esa película pensando que a ti te va a pasar lo mismo que a la actriz, que te vas a enamorar perdidamente y vas a ser la mujer más feliz del mundo porque el supuesto malo, cambia por ti.

Lo malo es cuando te das de bruces con la realidad, que es del todo distinta.

Estuvimos mucho tiempo en el bar, yo diría que demasiado, nos terminamos mi paquete de Winston, compré otro, pagué rondas de cerveza etc…

Jaime no quería salir esa noche, Robe lo convenció a duras penas. Como era pronto y Robe quería ducharse, para que no me quedara sola en el bar esperándolos, Robe me invitó a ir a su casa de mientras, estaría su hermano pequeño, cosa que me tranquilizaba.

Entré en aquella casa, limpia como los chorros del oro, bien decorada, de estilo moderno, con un salón muy grande y muebles bastante caros. Me senté en aquel sofá rojo impresionante y Robe me trajo un gatito de angora blanco precioso. Me pasé el rato acariciándolo y se portó divinamente, ni siquiera sacaba las uñas.

Robe estuvo hablando conmigo durante un rato, luego se fue a duchar y a cambiarse para salir. De alguna manera notaba que yo le gustaba, o al menos esa era la impresión que él parecía dar; aunque yo apreciaba que había algo forzado en su forma de ser, demasiado cariñoso, demasiado sosegado, daba la impresión de ser un buenazo, pero había algo, algo que me hacía activar una especie de pequeña

alarma, que me decía, «es imposible que una persona que acabas de conocer sea así contigo». Me preguntaba cosas y de alguna manera me sentía como entrevistada, pero, yo me sentía cómoda, me inspiraba confianza, por ello accedí a subir a su casa.

A eso de las once nos dirigimos a la plaza donde habíamos quedado con Jaime que seguía de malas pulgas, fuimos a unos pubs por la zona del Barrio Niloga, estábamos los tres sentados en la barra, Jaime con su agobio, Robe y yo sin parar de hablar.

En un momento salió en la conversación mi hija Ariadna, me preguntó por su discapacidad, todo hay que decir que prácticamente siempre hablé abiertamente de ello, y digo prácticamente porque cuando ella era pequeña yo solía esconderlo, desconozco exactamente porqué, quizás por protegerla, no puedo explicar un porqué exacto, la cuestión es que aquel día hablé sin tapujos sobre ello.

Cambiamos de tema a otros menos trascendentales e intentamos divertirnos, aunque con la cara de amargado de Jaime la cosa no terminaba de animarse por lo que decidimos marcharnos.

Nos acercamos a mi coche y llevamos a Jaime a su casa, fui a llevar a Robe a la suya pero me dijo que si subía un rato y así comía algo ya que no había cenado, yo en principio dije que me iba a mi casa que ya comería algo allí, pero cuando me despertara por la mañana que estaba algo cansada. No le valieron mis excusas, insistió e insistió hasta que accedí. Yo quería irme, no sé a ciencia cierta por qué razón, pero prefería irme a casa, tenía la sospecha de que lo que en realidad quería es tener algo conmigo. Yo en ese momento no quería tener nada con nadie al menos por un tiempo, necesitaba desintoxicarme de relaciones frustradas y además hacía menos de dos semanas que había dejado de verme con un chico con el que tenía una especie de pseudo-relación de amistad con derecho a roce. Se llamaba Jorge y lo conocí por internet también, otro caso bastante distante a mi manera de proceder habitual, no soy de esas personas que se fía a la primera de cambio de las personas, y menos aún de quien conoce frente a un ordenador, pero por aquella época yo era demasiado vulnerable, en muy poco tiempo conocí a demasiada gente, y entablé algunas relaciones que fueron de todo menos positivas para mí, aunque aprendí algo, en quien debo y no fijarme, algo que cuando era más joven nunca llegué a saber porque fui la típica chica que tiene un primer novio desde muy joven y con él se queda.

Subí a su casa por segunda vez, y nos sentamos en el sofá, estuvimos hablando un buen rato hasta que volví a insistir en irme, pero no parecía dejarme ir nuevamente. De repente la conversación giró de modo inesperado, me dijo que quería hacer algo que no sabía

si me iba a sentar mal, recuerdo vagamente cuales fueron sus palabras exactas pero más o menos era eso lo que quería decir. No supe bien cómo reaccionar y tampoco me acuerdo de lo que yo dije, solo sé que me besó y fue un beso raro, no sentí nada, sus labios eran demasiado finos, no era a lo que yo estaba acostumbrada ya que siempre había estado con chicos con labios más carnosos y prietos. Nuevamente me volví a sentir incómoda, y volví a decir que era muy tarde y que tenía que irme. Entonces fue cuando dijo.

—Tengo la sensación que te vas a ir y no voy a volver a saber nada de ti.

—¿Por qué? Sabes dónde encontrarme, sabes dónde trabajo.

—Elisa, yo no voy a ir a buscarte.

—Bueno … tampoco te lo he pedido.

Se hizo un silencio algo incómodo y volvió a besarme. Intentó ir más allá, pero lo paré. Le dije que no era mi estilo acostarme con un chico el primer día que quedamos. Le dije que prefería ir despacio, que me habían hecho mucho daño y no quería más. Entonces fue cuando me dijo con ojos casi llorosos y como en tono lastimoso.

—Yo nunca te haré daño.

¿Por qué entonces me lo creí?, No lo sé, hoy en día si alguien me dice eso salgo corriendo sin pensarlo, pero entonces era diferente, fue una época difusa en mi vida, que ahora es casi como un tiempo fantasma, que recuerdo como oscuro, con telas de araña y moho.

Esa noche, o lo que quedaba de ella dormimos juntos, simplemente dormimos no hicimos nada más, me dijo que esperaría lo que hiciera falta, eso me gustó. Al otro día él tenía que ir a Falset a la obra que estaba haciendo en la casa que tenía su madre allí. Por lo que se ve tenían una casa que estaban reformando para alquilar. Me ofrecí para llevarlo yo misma con mi coche, y él aceptó encantado. Esta vez tampoco parecía quererme dejar marchar, pero yo estaba preocupada ya que vivía nuevamente con mis padres y podían estar preocupados, sobretodo mi madre. Yo no paraba de repetirle lo mismo. Pero parecía no importarle mucho.

Me invitó a entrar en esa casa, bastante diferente al piso en el que habíamos dormido. Era una casa rústica de tres plantas con un apartamento en la planta baja totalmente amueblado. Entramos al apartamento y nos sentamos un rato a charlar. Me tapó con una manta porque vio que yo tenía frio, creo que se daba cuenta de que necesitaba ese tipo de atenciones y parecía no escatimar en detalles. De alguna manera me estaba conquistando, y mis alarmas empezaron

a desaparecer.

Me fui hacia Tarragona cuando no le quedó de otra que dejarme marchar, ya que llegaron los obreros que tenía trabajando en la reforma de la casa. Cuando llegué a casa de mis padres me tumbé en mi cama, mi madre estaba enfadada, no paraba de preguntarme donde había estado y yo solo decía, que a ella no le importaba, que ya tenía una edad y que había estado mucho tiempo fuera de casa para que ahora intentara dirigirme la vida. No hubo manera de dormir, demasiado ruido, oía a mi madre, a mi hermana, a mi padre… hasta que caí rendida, pero no duró mucho, mi madre entró en la habitación y me dijo que se iba, que no me moviera de casa que no tenía llaves.

—Mama, haces esto para que no me vaya otra vez, yo no sé qué es lo que haré hoy, pero no pretenderás que me quede todo el sábado encerrada sin saber cuándo vendrás y sin moverme porque tú no tienes llaves. Además no entiendo por qué no tienes llaves, si ves que no hay nadie pídeselas al papa que está trabajando aquí mismo.

Refunfuñó y se fue, lo que yo imaginaba era cierto, no quería que me marchara, no se fiaba de mí, y la verdad que era como para no fiarse. Estaba demasiado rara, demasiado fuera de mi misma, de lo que siempre había sido, era una sombra; un reflejo, era cualquier cosa menos Elisa.

Pude dormir un rato hasta que oí el Messenger, era Robe, me decía que iba a bajar a Tarragona por la tarde y que podíamos quedar un rato, que lo bajaba uno de sus trabajadores y su novia. Quedamos a las siete de la tarde cerca del Chip’s, un bar, cafetería, pseudo-pub de Tarragona de toda la vida. Y un sitio que todo el mundo conoce aunque no sea de Tarragona capital; un buen punto de encuentro. Yo llegué puntual, pero estuve esperando una hora o más, en condiciones normales me hubiera ido, y de hecho, me iba cuando me llamaron por teléfono, era Robe con el móvil de la novia de su trabajador, que luego supe que era su vecino allí en Falset. Se habían retrasado y estaban llegando.

De repente se paró un coche blanco y Robe bajó de él, solo teníamos una hora y media porque tenía que volver a Falset. Fuimos a tomar algo al puerto, y allí estuvimos hablando hasta que sin darnos cuenta había pasado esa hora y media, aquel día yo tenía un paquete de Ducados negro que se había encontrado mi padre, estaba malísimo, pero ahí estábamos fumando ese tabaco un poco difícil de asimilar sobre todo si estás acostumbrada al tabaco rubio. Era como si el tiempo se hubiera detenido, y cuando Robe supo la hora que era me dijo que ya se habrían marchado sin él, ya que les dijo que si no estaba allí se fueran. Bien planeado tenía que yo subiera otra vez con

él, y así me lo dijo. Fui a casa de mis padres a por algo de ropa y nos pusimos en camino. ¿Por qué estaba yo tan contenta?, quien sabe, era como un burro detrás de una zanahoria; quizás, había tenido tan poco cariño que si me daban un poco yo iba a por más.

Una vez allí, fuimos a cenar a una pizzería que había en el pueblo donde hacían unas pizzas increíbles. Yo seguía con la sonrisa de oreja a oreja como las tontas, por primera vez en muchos días sonreía y además estaba guapa, con mis dos coletas que me daban un aspecto infantil a mis treinta y dos años, de hecho siempre aparenté menos edad, en su momento no lo soportaba, cuando tenía diecisiete años siempre me decían que no tenía más de quince, cuando tenía veintidós ¡Me echaban dieciséis! Era algo raro pero, meses antes me echaron veintiuno, ¿Raro? Sí, yo no me veía esa edad al espejo y quizás se pudiera decir que la gente me lo decía para alagarme, pero siempre, todo el mundo me quitaba años y eso, a estas alturas había pasado de fastidiarme a llenarme de orgullo.

Volvimos a la casa de Falset dando un paseo, fuimos directamente a la habitación, y yo, no sabía qué hacer, vi que él empezaba a desnudarse y se quedaba en calzoncillos, yo me quedé de pie en un rincón, me moría de vergüenza, siempre me ha pasado, la primera vez con un chico siempre paso vergüenza, como si fuese mi primera vez, me cuesta mucho desnudarme, y se dio cuenta, me ayudó; y esta vez sí hicimos el amor.

CAPÍTULO 3

—¡¡Despierta, ha venido mi madre!!

—Yo no salgo de aquí.

—Ven que te la presento, se va a quedar a comer, no vas a estar aquí todo el día escondida.

—Que va, yo me voy a mi casa, que me da mucha vergüenza conocer a tu madre así de sopetón.

¡¡Dios mío!! Me entró el miedo, que hacía yo allí y ¿Por qué tenía que conocer a su madre?, Si solo llevábamos dos días viéndonos, las cosas no eran así, lo vi del todo inapropiado, conocer madre sinónimo de eres mi novia. Y no podía huir.

Entre tanto, él había empezado a llamarme «cari», odio esa palabra, prefiero que me llamen cariño, cari me suena a quilla, cani, choni, etc… además nunca nadie me había dicho eso a los dos días de conocerme, era raro, y mis alarmas empezaron a taladrarme el cerebro otra vez.

Me vestí y subí a conocer a su madre, era una mujer no muy alta, bastante envejecida para su edad aunque parecía intentar aparentar menos. Tenía problemas de alopecia y de lejos se podía adivinar que no había sido fea en sus buenos tiempos. Me miró con desaprobación y dijo, «otra más, son tantas ya». Me quedé de piedra.

Ana, así se llamaba su madre que ese día nos invitó a comer. Sinceramente, había algo en esa mujer que por instinto supe enseguida. Su manera de comportarse, sus uñas, muy largas y pintadas como con purpurina, no sé por qué razón porque la verdad, no tenía por qué juzgar a nadie y menos por unas uñas largas, yo siempre las he llevado largas y no tenía sentido, pero me vino a la cabeza que esa mujer ejercía la prostitución, ignoro el porqué de esa idea, la desterré

de mi mente y me desprecié por ello.

Durante la comida hice un comentario acerca de la voz de Robe, estaba afónico y parecía «El Padrino», eso dije, se miraron madre e hijo y se rieron.

—Mira mama, El Padrino dice —Y rieron los dos a carcajadas.

—No se equivoca —dijo su madre.

¿Por qué habrían dicho eso? Y no es lo que dijeron es como se miraron, había algo, algo que ocultaban, algo que se palpaba en el aire, algo que Robe no quería que yo supiera, hablaban a veces medio en clave, y yo no soy tonta, me daba cuenta, simplemente era una observadora, pero también empecé a pensar que además de eso era una paranoica.

Después de comer la acompañamos a la estación de trenes ya que volvía a Reus, se dirigió a mí para decirme que ahora que estaba yo con su hijo, le ayudara a sacarse el carnet de conducir.

Hay que decir que cuando conocí a Robe por internet me dijo que tenía coche y carnet, pero posteriormente me aclaró que había perdido su carnet de conducir por un problema que tuvo con cierta furgoneta en dirección contraria, me contó una historia indefinida de como se lo habían quitado, que iba enfadado, que había bebido, que lo encontraron con la furgoneta contra dirección en una calle, que la furgoneta se la había llevado la policía al depósito y no la había ido a buscar; sinceramente, no le di importancia en ese momento, luego más adelante cuando até todos los cabos sueltos, me di cuenta de muchas cosas; pero aquel no era el momento, aquel era el momento de que me acecharan los «calores de la muerte» como decía mi madre y me refiero a esos momentos cuando ves que te están intentando atar, y tú quieres volar libre. Empezaba a tener la sensación de que Robe, estaba haciéndose ilusiones de tener una relación seria conmigo, y yo tenía muchas dudas, no quería atarme en ese momento, pero tampoco hice nada para impedirlo, era tan fácil como decir, ¡No! Esto es pasajero, y durará lo que dure, pero no para siempre y por siempre.

Los próximos días, nos seguimos viendo, yo subía a Falset después de trabajar, y dormía allí. A medio día iba a mi casa, cogía ropa y me volvía a ir a ver a Robe por las tardes. Había pasado menos de una semana y parecía que nos conocíamos de toda la vida. Yo limpiaba el apartamento por las tardes, que la verdad cuando llegaba parecía un corral, no entendía como alguien pudiera manchar tanto en tan poco tiempo. Hacía la cena, ayudaba en la obra todo lo que podía.

Quedábamos en el bar con los chicos que trabajaban para él, nos

reíamos, disfrutábamos, bebíamos cerveza, íbamos a cenar a la pizzería, nos lo pasábamos bien juntos.

El martes a medio día, me quedé en Reus, Robe había ido a casa de su madre, me llamó al trabajo y me invitó a comer en el bar de la plaza. Allí es cuando me dijo que éramos pareja, no me preguntó si quería serlo, me dijo exactamente:

—¿Por qué nosotros tenemos una relación verdad?

Y yo, ya encandilada aún con mis alarmas dando volteretas dije que sí. Parecía que había pasado tanto tiempo, pero no, solo habían pasado cinco días desde que nos vimos por primera vez, es como si el tiempo se hubiera hecho largo, como si las horas se hubieran multiplicado por diez, cuando tuve constancia de que había pasado tan poco tiempo no me lo podía creer.

Ese mismo día, cuando estaba en mi trabajo haciendo un presupuesto junto a mi jefe, llamaron por teléfono, no lo iba a coger, pero mi jefe insistió en que lo atendiera, y menos mal que lo hice. Eran del banco; me explico, yo solicité un piso de alquiler social, había un sorteo de cuarenta y cinco viviendas en toda España, había dos pisos en Vila-Seca y decidí apuntarme. Vi el sorteo por internet, salió mi número, el «6.066», un número cuanto menos peculiar. Luego al ver el listado oficial vi que en lugar de mi número había otro, el «938», bastante diferente al mío, no entendí nada, pero lo que menos comprendí es que a ese mismo número también le había tocado otro piso en Sant Carles de la Ràpita, a bastantes kilómetros de Vila-Seca la verdad. Pedí explicaciones, llamé cientos de veces, consulté a un abogado que me aconsejó que no demandara, que hiciera un burofax informando a la entidad sutilmente de que iba a ir a los medios de comunicación si no revisaban el sorteo y me hacían llegar los videos. No conseguí mucho, solo que me contestaran el burofax diciendo que tenía que acompañar la fotocopia del DNI si no, no era válido. Desistí, pero, por alguna razón esa casa que supuestamente me había tocado y a la que me dirigí en coche para ver de cerca, me tenía enganchada, vi solo el patio, ya que era un bajo, pero, me veía ahí, era mi casa, solo mía.

—¿Es usted Elisa Vera?

—Sí, soy yo.

—Llamamos de la entidad de alquiler social donde usted solicitó un piso, la persona a la que le había tocado ha renunciado. —me explicó —¿Todavía está usted interesada en alquilarlo?

¡¡No me lo creía, iba a ser mío, el bajo de Vila-Seca iba a ser

míoooooooooo!!

Por la tarde pasé por casa de la madre de Robe en Reus a buscarlo para irnos a Falset, le expliqué lo que había pasado, que ya tenía piso para mí y para mi hija.

No le sentó muy bien, me dijo que él podía alquilarme el piso de su madre, que se iba con ella y con su hermano a un piso que tenía apalabrado.

Le dije que yo quería el piso de Vila-Seca que había luchado mucho por él, que al final me rendí pensando que no conseguiría nada y ahora tenía esa oportunidad, me miró con desprecio. No me gustó nada su expresión. Luego ya no me dijo nada más, yo en principio pensaba irme sola con Ariadna, pero se me ocurrió una mala idea, decir que tenía las puertas abiertas cuando quisiera, yo me refería para venir a verme, o quedarse a dormir de vez en cuando, nunca me referí para vivir. Pero pareció que él interpretó otra cosa muy distinta, y ahí urdió su plan.

El viernes de esa misma semana, fui a buscar a mi hija al colegio, tenía custodia compartida y los viernes era cuando hacíamos el cambio. Mi Ariadna era una niña de trece años con mentalidad de tres. Era morena, preciosa, delgadita y muy espabilada para su discapacidad. Difícil de llevar, por cabezona. Se vino conmigo a Falset, se la presenté a Robe, que rápidamente se puso a jugar con ella, me prohibió fumar delante de ella, diciendo cosas raras del tipo «son criaturicas».

Estaba muy raro, arrastraba la voz como el día que lo vi por videoconferencia.

Me sentía incómoda, muy incómoda, Ariadna estaba super feliz, estaban jugando con ella, y tan contenta.

Esa noche ella durmió en el sofá, que era bastante cómodo, pero… pasó lo que yo me temía y por lo que yo quería quedarme en Tarragona ese fin de semana. Ariadna se meó en el sofá.

Robe empezó a despotricar, y a decir que en su sofá no se podía mear que si para aquí que si para allí. Limpié todo pero tuve tan mala suerte que fumando quemé el mismo sofá, me cayó otra bronca y lo cosí, lo dejé que no se notaba nada, pero estaba viendo un Robe que más bien me gustaba poco.

Al día siguiente llamé a mi madre y llevé a Ariadna con ella, no quería problemas, además tenía que ayudar a Robe con la obra, los obreros empezaban a cabrearse porque no cobraban y no venían. Y digo tenía porque él me lo pidió, además de decirme que su madre me

pagaría por ayudarlo. Yo necesitaba el dinero, y ahora más que tenía que pagar la primera mensualidad de mi piso y no sabía cómo lo iba a hacer.

Al día siguiente, estuvimos trabajando todos arriba en la buhardilla; había venido también el hermano de Robe, y ahí estábamos, de risas más que otra cosa, hasta que llamó la madre de Robe; éste se puso como un energúmeno, empezó a gritar como un loco.

—¡¡Puuuutaaa!! Pedazo de perra, eres una puta.

No entendí nada, estaba fuera de sí, insultando sin parar a su propia madre.

Yo estaba sentada fumando un cigarro con cara de póker. Colgó el teléfono y de repente le dio una patada a una palangana con las botas de seguridad, se rompió a pedazos y varios vinieron a parar hacia mí, haciéndome daño. Salí corriendo escaleras abajo.

—¡¡Veteeee!! Otra más que se va, serás…

Y ahí se quedó a medias, me quedé en la segunda planta, sin saber cómo reaccionar, Robe bajó y me pidió perdón, me dijo que era mejor que nos viéramos cuando él acabara la obra, que perdía los nervios con su madre y que no quería que lo viese así. Me dijo que su madre era problemática, que lo había maltratado de pequeño, me contó mil historias.

Yo dije que me iría, pero tuve el error de preguntarle, «¿Me voy?» Si algo no soporto de mi misma a veces es mi bloqueo cuando me pasan cosas extrañas de entender para mí, porqué me cuesta mucho llevar a cabo la acción de irme, de salir corriendo de malas situaciones. Me quedé, no me dejó irme.

El domingo por la tarde notaba a Robe raro, como ausente, y fue desde que le dije que veía una buena persona incapaz de hacer daño a nadie, que tonta era yo.

Estaba todo el rato pensativo, y lo sonsaqué, hasta que me explicó algo; algo, que según él me haría quedarme o irme para siempre.

—Hace unos años, alguien atracó unas gasolineras… —susurró— me acusaron de robo a mí y a un amigo… —Prosiguió con su explicación —, estuve cinco años en la cárcel…

Yo oía así tal y como lo he escrito, como si los puntos fuesen palabras que yo perdía, me quedé con lo indispensable, había estado en la cárcel, ¿Impresionada? Más bien diría confusa, entonces es cuando dije.

—¿Lo hiciste tú?

Pareció no sentarle muy bien, y me contó los porqués de su inocencia.

Le creí, por alguna razón que desconozco me dio pena un inocente en la cárcel tanto tiempo, pero, qué ironía, ¿Qué preso reconoce su delito? En la cárcel todos son inocentes.

Todavía me faltaban más confesiones, al otro día, cuando llegué a Falset con mi hija, me encontré a Robe algo bebido, arrastrando la voz, hablando como con las palabras muy marcadas, y más lento de lo normal. Estaba como impertinente, como raro. Todo el rato estaba criticando mi manera de actuar con mi hija, todo estaba mal, me estaba haciendo sentir como una madre desastrosa.

Después de cenar y que mi hija se durmiera, estuvimos hablando un rato, me dijo que era gitano, ahí me quedé a cuadros, no entendía nada. Los gitanos de alguna manera tienen rasgos, un tipo de familia, unos pensamientos y forma de hablar, yo trabajé con gitanos en algunas ocasiones y de alguna manera siempre tienen algo en su forma de ser que los identifica, Pero Robe no tenía rasgos, ni esa forma de ser y de pensar de ellos. Su madre se notaba a leguas que no lo era y su hermano aún menos. Le comenté que no lo parecía y me dijo que era «merchero», que el gitano era su padre; entonces empezó como a desvariar, sus palabras no tenían mucho sentido, me dijo que él quería reformar la casa de Falset para vivir con su madre y su hermano y que su pareja tendría que aguantar a su madre.

—Quien no aguanta a mi madre ya se puede marchar por donde ha venido.

¡Palabras que hacían que mis alarmas empezaran a tener sirena de ambulancia y luces multicolor!

Entonces le miré a los ojos, y descubrí algo que no había visto, tenía estrabismo, tenía el iris del ojo prácticamente en el lagrimal, al parecer le pasaba de vez en cuando, porque normalmente no se le notaba nada. Le observé, empecé a mirar su cara con detenimiento, su forma de hablar tan cargante y me dije a mi misma «¿Qué has hecho, este chico no te gusta nada?» ese comentario desafortunado sobre su madre y la forma de decirlo, me dejó perpleja.

A la mañana siguiente salí temprano con mi hija, a ella la llevé al colegio y yo me fui al trabajo con el coche en reserva y dándole vueltas a la cabeza en si debía o no seguir con Robe. Cuando llegué a casa de mis padres al medio día me conecté al Messenger.

— ¿Vas a venir esta tarde a verme? —preguntó.

—Sí, pero subiré con mi hija.

—Pues entonces no «bengas».

—¿Por qué?

—Estoy viendo cosas en ti que no me gustan. —Ahí empecé a desconcertarme, resulta que de alguna manera también él sentía que yo no le gustaba lo suficiente.

En lugar de pasar de él, de seguir con mi vida, de no marear la perdiz tuve que intentar saber por qué me hablaba así de repente, ¿Qué había hecho yo para que hubiera cosas que no le gustaban de mí? Me invadió un sentimiento contradictorio, por un lado algo me decía, es tu oportunidad déjale; pero otra parte de mí quería explicaciones.

—¿Qué es lo que no te gusta?, ¿Qué he hecho mal?

—Mira ahora no tengo ganas de hablar, esta tarde no vengas.

Menuda cosa le dijo a alguien a quien no se pueden decir esas cosas, el porqué de mi reacción no lo sé, pero ese día subí, necesitaba que me dijera las razones pero en mi cara. Según lo que me dijera, recogería mis cosas y me iría para no volver a verle más.

Cuando llegué estaba trabajando en la obra, me vio y apenas me saludó. Fui a hablar con él y me pidió perdón. Me dijo que se había metido una raya de cocaína, le había sentado mal y no quería que lo viera así.

—¡Quiero que me digas que son esas cosas que no te gustan! —exclamé.

—Me encuentro mal, ahora cuando entremos en casa te lo explico.

Entramos en la casa en principio mi hija y yo. Como siempre me puse a limpiar y a dejar el apartamento decente. Robe entró un rato después con intenciones de irse a acostar a la cama, y así lo hizo. Entré en la habitación, me volvió a pedir perdón. Decía que se encontraba mal. Pero yo no me quería quedar sin saber que era lo que me tenía que decir. Mi sorpresa fue descubrir esos supuestos motivos, que en realidad era uno solo y ridículo.

—Es que el otro día te pregunté si tenías un rotulador negro permanente y me dijiste que no. Pues resulta que hoy miro en los bolsillos del chaleco ese que te pones para ayudar en la obra, y me encuentro un rotulador en el bolsillo. No he entendido porque me has mentido.

—¿Cómo? —No puede evitar reirme— si ni sabía que tenía uno,

primera noticia, quizás lo metí ahí hace tiempo, pero es que de verdad no me acordaba.

—Tú no me lo querías dar.

—Por qué no iba a querer dártelo, ¿Que más me da?

No me creyó, y a mí me pareció ridículo que su motivo para pensar que había cosas que no le gustaran de mi fuese un rotulador permanente. Pero, después de esa tontería, seguimos juntos, debería no haber ido ese día, pues sí, pero fui a verle, empezaba a divisar algo que no me gustaba en el horizonte; la dependencia.

CAPÍTULO 4

—¿Elisa?

—Sí, dime.

—Soy Ana, la madre de Robe.

—¡Ah!, hola.

—¿Estás con mi hijo?

—No, pero voy dirección Falset ahora mismo.

—Yo también quiero ir a Falset, ¿Podrías llevarme?

En aquel momento no supe que decir, Robe me había dicho que no quería que su madre fuese a Falset, que se ponía muy pesada y le irritaba. Tuve miedo a la reacción de él si me presentaba con ella. Pero yo en ese momento no supe bien cómo responder, tendría que haberle dicho que ya estaba llegando o algo así. Pero no, en lugar de eso le dije que sí, que todavía no había pasado por Reus y que podía desviarme para recogerla. Quedé con ella y luego llamé a Robe al teléfono de la novia de su vecino. Cuando le conté lo que había pasado me dijo que no pasara a buscarla y que si ella llamaba no le cogiera el teléfono. Yo me empecé a sentir muy mal, no me gustaba hacer eso; pero lo hice, ignoré las llamadas de la madre de Robe. Él me dijo que le diría a ella que había sido cosa suya, pero no lo hizo.

Cuando pudieron hablar madre e hijo, ésta le dijo que yo estaba viviendo de alguna manera en su casa, me estaba comiendo su comida y que no me quería allí, que me había portado fatal dejándola esperando y no cogiendo el teléfono. Robe le explicó una excusa absurda y no dijo en ningún momento que la idea había sido suya. Yo me sentía como una energúmena.

Durante los próximos días, no sé exactamente cuántos ya que todo pasaba muy lento, el tiempo era como si se multiplicara, parecía que hacía un siglo que había conocido a Robe, pero no había pasado ni un mes.

Una mañana recibí una llamada al teléfono de mi oficina. Era la madre de Robe.

—Hola Elisa, soy Ana la madre de Robe.

—Hola Ana.

—Te llamo porque tengo que decirte algo, hemos hablado mi otro hijo y yo, tienes que saberlo, antes que se convierta en un problema.

—Robe y tú no podéis ir a vivir juntos —¿Desde cuándo yo había dicho algo de ir a vivir juntos? En ese momento pensé que esa mujer se lo había sacado de la manga, pero al parecer había sido el mismo Robe el que se lo había dicho— Mi hijo desde que estuvo en prisión tiene problemas psicológicos; si vivís juntos te lo va a romper todo en tu casa, y a tu hija, a tu hija la va a tratar mal, no está preparado.

—¿Pero, porqué me está diciendo esto?

—Porque mi hijo está mal, y no está preparado para una relación.

—Yo creo que eso es algo que debemos decidir los dos.

—Mi otro hijo ha dicho, tenemos que avisar a esta chica de que no puede seguir con mi hermano. Ahora te pido por favor que por nada del mundo le digas nada a Robe.

—No diré nada. —Lo dije con la boca pequeña, pero en realidad no sabía que iba a hacer.

La llamada de Ana me dejó K.O. estaba muy confundida ¿Tendría razón esa mujer y Robe me iba a hacer la vida imposible? O simplemente como no me tenía simpatía después de dejarla plantada quería fastidiar.

Tenía la cabeza hecha un lío y llamé a la novia del vecino empleado de Robe. Ella me dijo que no le hiciera caso a esa mujer, que estaba mal de la cabeza, que le hacía la vida imposible a Robe y que solo quería quitarme de en medio para que su hijo no se fuese de su casa.

Me quedé más tranquila y me auto convencí de que la chica tenía razón, que la madre de Robe estaba como una cabra y yo no le gustaba nada, por lo que quería separarnos.

Esa tarde cuando llegué a Falset, Robe quiso saber que me pasaba cuando empezó a notarme muy rara, yo creo que ya sabía algo, porque se lo habrían comentado su vecino y la novia del mismo. Pero hizo como si no supiera nada. Le expliqué lo que había pasado y lo próximo que hizo es coger el teléfono y empezar a insultar a su madre, yo no entendía cómo podía decirle todo eso, puta y zorra no son

palabras que se le pueden decir a una madre, y él lo hacía.

De alguna manera, él estaba tejiendo su tela de araña, y yo estaba cayendo sin saber que todo estaba premeditado. Todo hay que decir, que Robe se había dedicado unos días antes a decirme continuamente la manía que me tenía su madre, por lo que pude pasar por alto esa conversación y seguir con la relación como si no hubiera pasado nada.

A la mañana siguiente la madre de Robe volvió a llamarme para decirme que la había traicionado, que me habían «faltado patas» para decírselo a su hijo, y ahora éste estaba enfadado con ella. Le recordé el día de la nieve.

—Una madre no hace lo que hiciste tú el día que nevó en falset. Dejaste a tu hijo sin dinero, sin comida, te lo dijo y ni te inmutaste. Fui yo la que intenté subir con comida, y me pararon los Mossos de Esquadra, no me dejaron seguir porque la carretera estaba cortada, pero al menos lo intenté.

—Mi hijo tenía dinero, pero se lo gastó todo en cocaína para su amiguito.

—Eso no es verdad, no tenía nada.

—Tenía dinero te lo puedo asegurar.

Todo hay que decir que ese día Robe me habló por el Messenger, me dijo que si podía hacerle una transferencia a la cuenta de su vecino, para poder sacar dinero e ir a comprar comida. En aquel momento yo no tenía dinero, le tenía que pedir a mi madre, ya que me encontraba en una difícil situación económica. Pareció no sentarle bien. Le comenté a mi madre que Robe estaba sin dinero, sin comida y estaba nevando en Falset, y al otro día me dio dinero, y un plato de comida para llevarle, fue cuando me paró la policía y no me dejó seguir.

Robe estuvo comiendo en casa de su vecino, se conocían de toda la vida y su madre era una buena mujer, no dudó en echarle una mano.

Un fin de semana Robe habló con Jaime y quedó con él para que lo fuésemos a buscar y pasar el fin de semana con nosotros, de paso lo podía ayudar. Ese mismo viernes por la mañana yo fui al psicólogo, que resultó ser un psiquiatra porque me recetó unas pastillas, y eso no lo hacen los psicólogos. Cuando le expliqué lo que me pasaba me dijo que no veía en mi ningún problema, solo que quería ser la heroína, la que podía estar en todas partes y controlar todas las situaciones; que necesitaba tomarme las cosas más con calma porque tenía mucho estrés. Me dio unas pastillas que yo debía tomar solo si notaba que tenía ansiedad.

Al día siguiente fuimos a buscar a Jaime a media tarde, éste me miraba de forma extraña, yo no entendía la actitud que tenía conmigo, parecía que yo no le caía bien. Robe cambió su actitud hacia mí en cuanto vio la expresión de Jaime, Empezó a comportarse de manera fría y distante. Hacía días que no se veían y quizás tenían cosas de que hablar por lo que intenté no preocuparme por la actitud de Robe, pero era todo tan extraño, hablaban entre ellos, si yo decía algo era ignorado, como si no estuviera allí.

Una vez en Falset, fuimos a tomar unas cervezas. De repente una chica a la que yo no conocía empezó a hablar con Robe, tenía acento catalán, y hablaba con él como si se conocieran desde hace tiempo. La chica me miraba de manera inquisitiva. Ella era rubia, de ojos saltones, no era fea, pero tampoco era una belleza, era su desparpajo al hablar lo que a Robe le atraía, porque no hacía más que intentar conversar con ella. Cuando la chica se fue, nos quedamos Jaime, Robe y yo en el bar; seguían evitando mi conversación, había veces que sentía como que hablaban en clave de manera que solo se entendían ellos dos.

Al salir de ese bar fuimos al supermercado a por más cervezas para la cena. Al llegar a casa de Robe nos encontramos a su hermano Javi, había llegado hacía un rato, cenamos y nos fuimos a otro bar donde había billares y futbolines.

Yo me había tomado un pequeño trocito de la pastilla que me recetó el médico. Lo que no he contado fue que Robe al ver el tipo de pastillas que eran, se puso furioso.

—Esto son modificadores de conducta, ese médico no sabe lo que hace, no te tomes esto, es lo que dan en la cárcel a los presos para tenerlos controlados.

No pude tener menos que miedo por lo que me había dicho Robe, pero aquel día no me encontraba demasiado bien, por eso corté una pequeña porción de la pastilla y me la tomé; pero yo misma me compliqué la tarde, al beber cerveza, la pastilla hizo su parte, y aunque yo había bebido poco, parecía estar algo ebria, más de lo normal. Los efectos que me produce a mí el alcohol son inofensivos, me río más de lo normal, quiero a todo el mundo, y poco más. No he sido una persona de mal beber, y siempre… siempre me acuerdo de lo que ha pasado mientras he estado embriagada.

Aquella tarde, a Robe parecía incomodarle todo de mí, hasta mi presencia, el hecho de respirar y hasta el de existir. En un momento en el que estábamos sentados en una mesa del bar, Jaime le dijo a Robe.

—¿Qué vas a hacer?, yo lo haría ya porque no veas…

—No te preocupes, cuando acabe la obra, se acabó.

En ese momento me sentí incómoda y fui al lavabo. Allí me pregunté si no eran ciertas mis sospechas, no dejaba de darle vueltas a la cabeza, no dejaba de pensar que se estaban refiriendo a mí con esas palabras, tenía un presentimiento, pero luego pensé, estás malpensando Eli, estás malpensando.

Volví a la mesa con ellos, no decían más que tonterías, y si yo decía algo, Robe me miraba como si quisiera borrarme del mapa. Por lo que decidí callarme.

Al día siguiente nos levantamos bastante tarde, en teoría había que subir un material a la buhardilla temprano y ponerse a trabajar en la obra. Pero Robe no quiso levantarse, a Jaime ya ni le avisé, solo estaba levantado Javi, el hermano pequeño de Robe. Hubo un momento que le dije, vamos a subirlo tú y yo, Robe no se encuentra bien; pero Robe dio un grito desde la cama.

– ¡¡Que nadie haga nada!!

Por lo que decidí que mejor que nos estuviéramos quietecitos Javi y yo.

Por la tarde Robe quiso ir a Reus, yo me había vuelto a tomar otro trocito de las pastillas recetadas por mi médico y que a Robe tanto le fastidiaban, mi error, decírselo; no le sentó nada bien. Cuando estábamos delante de mi coche me prohibió conducirlo.

—Jaime lo hará.

—Yo puedo conducir perfectamente, estoy bien.

—No, tú no puedes conducir, mírate, ayer estabas fuera de ti misma, no sabes la que liaste en el bar.

—Pero…pero si no hice nada malo; solo me divertía, me reía, nada más.

—Estabas como loca, pero no te acuerdas; tú no sabes cómo son estas pastillas. Pero, lo vas a saber ahora mismo.

Cogió la caja de mis pastillas y empezó a comerse una tras otra sin parar, al menos se comió seis.

—¡Noooooooooooooo! – grité horrorizada.

No pude evitar mi espanto, llorar… llorar, eso es lo único que podía hacer.

Nos subimos al coche, y fuimos camino a Reus, yo iba en la parte de atrás de mi coche; el hermano de Robe iba a mi lado. Intentaba

hablarme, sobretodo de la música que yo llevaba en mi coche, era un CD de la antigua Kontrol, una discoteca mítica que ya hacía años que estaba cerrada.

Mis ojos estaban enrojecidos y por dentro tenía mil emociones atormentándome la cabeza; aun habiéndome tomado la pastilla no podía estar tranquila. «Tierra trágame»

Me acordaré toda la vida como circulando por una calle de Reus Robe con la ventanilla bajada a pesar de que ya estábamos en diciembre iba diciendo piropos a las chicas que pasaban por la calle. Jaime se reía; yo aguantaba el tirón.

Dejamos a Javi en casa de su madre y Jaime, Robe y yo, nos fuimos al bar de la plaza. Mi look era de lo más lamentable, iba vestida con el mono de trabajo y el pañuelo en la cabeza que me había regalado Robe y que yo me ponía para protegerme el pelo del polvo que se originaba con la obra. Mis ojos estaban rojos y no podía disimular que las cosas no iban bien.

Entré en aquel bar, donde me quedé sola en la barra, Jaime y Robe empezaron a hablar con la gente que había allí, yo era ajena a todo, me senté ahí, pedí una cerveza sin alcohol, y fumé sin parar durante todo aquel rato que estuvimos allí.

Fue entonces cuando se acercó uno de aquellos pseudo-amigos de Robe, visiblemente muy bebido y contándome sus penas. Robe acudió a donde estaba yo acompañada por aquel hombre que se llamaba Iván. Empezaron a hablar de cosas intrascendentes hasta que Iván le dijo a Robe que tenía pastillas. Robe sin yo saberlo le pidió unas cuantas. Robe estaba bebiendo cerveza sin parar como de costumbre, no bebía de la normal sino de la doble malta que tiene más graduación alcohólica. Se había tomado mis pastillas para la ansiedad y para más inri, las pastillas que le había vendido el tal Iván; eso al parecer fue un cóctel explosivo, porque Robe empezó a desvariar más que de costumbre cuando iba bebido. Gritaba, insultaba a todo bicho viviente, iba de un lado al otro diciendo que con todo lo que tenía en el cuerpo nada le había hecho efecto. Estaba fuera de sí.

Se empeñó en ir al piso donde trabajaba su madre, por aquel entonces yo ya sabía el tipo de actividad laboral que desempeñaba ésta, era Madamme de un piso relax, con lo que aquellas sospechas iniciales mías, no iban mal encaminadas.

Subió a aquel piso como alma que lleva el diablo, tardó un rato en bajar y cuando lo hizo profería los peores insultos sobre la mujer que le había dado la vida, su madre.

Volvimos a Falset y nuevamente encargamos unas pizzas para llevar en aquella pizzería improvisada que tenían en el pueblo. La dueña empezaba a mosquearse ya que Robe siempre decía que se le apuntara en la cuenta de su madre, y al parecer ella había dejado de pagar; incluso le había advertido a la dueña de la pizzería que no le fiara más comida a su hijo, ya que ella no se iba a hacer cargo. Aquel día la dueña de la pizzería que era una buena mujer estaba demasiado asustada con la actitud amenazante de Robe, por lo que le fio sin rechistar.

Durante la cena Robe y Jaime no hacían más que intentar provocarme, veían videos en internet, videos de un hombre que paraba a desconocidas por la calle y que les ofrecía cantidades generosas de dinero por tener sexo con él, todas las chicas acababan por aceptar.

—Todas las tías son unas zorras, no hay una que se salve —dijo Robe

—Sí y luego van haciéndose las estrechas, no te puedes fiar de ninguna —añadió Jaime con tono despectivo.

Yo no podía creer lo que estaba oyendo.

—No todas las mujeres aceptaríamos acostarnos con un desconocido por dinero, estos son casos específicos y no os extrañe nada que sean actrices pagadas para hacer el video, algunas de estas chicas da la sensación de que sobreactúan — añadí yo intentando razonar con ellos.

—Tú harías como todas, ¿Qué te hace diferente de todas las demás? Todas son unas zorras. —dijo Robe con el tono más prepotente y la mirada más desafiante que podía lanzarme.

Intenté razonar con Jaime y Robe un rato más sin tener éxito; yo estaba horrorizada, pero de momento intentaba mantener la compostura, llegó un momento en que la situación se hizo insostenible, y acabamos discutiendo Robe y yo.

—Mira, ya estoy harta, me has comparado con las chicas del video, me estás diciendo que yo soy como ellas, llevas toda la noche provocándome, y es que ya no puedo más. Si crees que soy una puta, mejor cojo mis cosas y me voy a mi casa, pero no voy a aguantar que me humilles más.

—¡¡Coge tus mierdas y te vas de esta casa ahora mismo, venga va, fuera de aquí!! —gritó Robe con todas sus fuerzas.

Se acercó a mí clavándome la mirada como si de dos puñales se

tratara y repitió.

—¡¡Fuera!!

Salí corriendo sin recoger mis cosas, no quería estar ni un solo segundo más en esa casa. Tenía que irme, pero, ¿cómo hacerlo? A parte de haberme dejado las llaves del coche y el bolso dentro de la casa, no sabía seguro si la gasolinera estaría abierta a esas horas, tenía muy poca gasolina, lo suficiente para repostar por la mañana cuando la gasolinera más cercana estuviera abierta. Excusas y más excusas, mi mente estaba en blanco, había salido sin chaqueta y por esos días helaba en Falset. Sin mis enseres personales, sin dinero, empecé a caminar por el pueblo, estaba tan bloqueada que ni siquiera podía llorar, ¿De verdad estaba pasando?, ¿De verdad el hombre que me mimaba, me decía que me quería, el hombre con quien había empezado una nueva relación algo desenfrenada, me estaba echando de su casa de esa manera? Tenía mil pensamientos apedreando mi cabeza, por un lado pensaba, «este chico no es normal, pasa del amor al odio en un segundo» por otro pensaba en irme, pero algo me retenía y no sabía el qué, aparte de no llevar nada más que lo puesto.

¿Por qué no iba a por mis cosas y me marchaba?, si me quedaba tirada por el camino ya me buscaría la vida, podía llamar a la grúa.

¿Por qué andaba sin parar por ese pueblo gélido y oscuro sin ir a ninguna parte? La palabra dependencia, martilleaba mis sienes pero yo no quería creerlo. Me paré, di la vuelta y comencé a llorar.

CAPÍTULO 5

—Robe, no veas ayer, le dijiste a Elisa de todo menos bonita.

—¿Qué dices tío? Bufff, yo no me acuerdo de nada ¿De verdad?

—Que sí, que sí la echaste y todo.

Robe se acordó de como yo me había despedido de él, se despertó y me dijo.

—Buenos días cariño.

—¿Cariño? ¿Tú no te acuerdas de lo de ayer verdad?

—¿Ayer, que pasó?

—Me voy a trabajar.

Cuando por la tarde volví a Falset después de terminar mi jornada de trabajo, le conté todo lo que había pasado.

—Entré en la casa, me habías echado, Jaime me dijo que no era una buena idea, pero es que no tenía ni siquiera las llaves del coche, le dije que cogería mis cosas y me iría, pero Robe, saliste gritándome, diciéndome que te dejara en paz, que no querías mi mierda de vida, que no querías tener que soportar la mierda de mi hija, que total, solo te estorbaba, que en la obra no servía de mucho, que para lo que hacía mejor que me fuese a mi casa. Luego te pregunté qué a qué venía eso sí solo unas horas antes me decías que me querías y que era lo mejor que te había pasado en mucho tiempo. Me dijiste que no estabas preparado para tener una relación, y yo no supe si quedarme o irme, ya que un rato antes casi le das una paliza a uno de tus trabajadores, estabas fuera de tus casillas.

—Joder cari, lo siento, no me acuerdo de nada, antes Jaime me ha dicho que te insulté y te eché de casa, y también que quería pegar a Musta.

Robe me abrazó, se disculpó y volvió a ser el chico con apariencia serena del primer día, cariñoso y atento conmigo. Pero lo que él aún

no sabía es lo que había pasado después.

—Después de discutir un rato más, nos reconciliamos y entramos en casa, nos fuimos a dormir, tú me dijiste que lo que te pasaba era por culpa de las pastillas que me recetó el médico, que esos eran los efectos, que eso es lo que me pasaría a mi si me las seguía tomando yo. No podía dormir sobretodo porque hablabas entre sueños, primero eran cosas sin sentido, pero luego te levantaste fuiste a por un vaso de agua y al acercarte nuevamente a la cama te quedaste mirándome fijamente; al verme despierta me dijiste «O sea que es eso ¿Eh?, quieres la casa. Eres muy lista tú, ya se lo diré a mi madre a ver qué opina ella» Tu mirada era muy extraña, como perdida, pero fija en mí. Te volviste a meter en la cama, y cuando vi que estabas durmiendo me levanté, cogí las pastillas y las empecé a tirar por el váter; estaba tan nerviosa que me dio una crisis de ansiedad, te levantaste y me gritaste «Eres una chalada, ¿qué estás haciendo?», me quitaste la tableta de pastillas de la mano.

—¿De verdad hice todo eso? —preguntó Robe con tono afligido.

—Sí, y esta mañana me he llevado mis cosas, no iba a volver más aquí, pero ayer no me pareciste tú, ayer, parecías otra persona, de verdad, no sé por qué he venido —Empecé a llorar y Robe me abrazó.

—Perdóname cariño, putas pastillas. Tengo que hablar con el Musta, se ve que me pasé mucho. Y con el del bar también, no volveré a tomarlas nunca más, quería que vieras lo que pueden hacer.

—Puto médico, ¿para qué me ha dado eso a mí?

—Ya te lo he dicho, en la cárcel se lo daban a los presos para modificar la conducta, si yo he tomado estas pastillas allí.

Robe estuvo unos días atento, cariñoso y bastante tranquilo. No volvimos a hablar de aquella noche. Todo estuvo aparentemente en calma hasta que su madre apareció.

—Vienen a ver la casa, tenéis que limpiar, a ver cómo va la obra, uy pero esto está muy atrasado, ¿Crees que lo podrás acabar esta semana?, Y tú Elisa, ¿Cómo que no estás en tu trabajo?

—Tengo fiesta hoy —No era verdad, empecé a tener nuevamente crisis de ansiedad que me impedían coger el coche, salir a la calle, etc… por la mañana estuve descansando, pero cuando me encontré mejor subí arriba a ayudar a Robe, que después de la pelea con Musta y que su Vecino Jonathan decidiera dejar de prestar sus servicios, se había quedado solo en la obra.

—Esta semana imposible, me falta suelo, tienes que darme dinero,

si no, no puedo hacer nada y tienes que pagar al Jon y al Musta.

—Yo ya te di el dinero, no tengo más.

—¡¡Pero que he tenido que pagar el material! ¿O te piensas que solo es el suelo?

—Limpiad la casa, que si la alquilan con los meses que paguen por adelantado lo liquido todo, a los trabajadores y el material que falta.

Nos pusimos a limpiar la casa, cada vez me irritaba más Ana, entraba tocando los muebles a ver si tenían polvo, se lo miraba todo de arriba abajo y de repente decía.

—Estos fogones están negros.

—Estos fogones ya estaban negros —le contesté yo.

—Mama, esto estaba así ya, Eli no para de limpiar —justificó Robe.

Robe decidió limpiar las habitaciones, yo empecé por la cocina, pero como siempre había estado en el apartamento pequeño de abajo o en la buhardilla, nunca había visto la cocina de la casa. Me arrepentí al momento de entrar en ella de haberme ofrecido a limpiarla, aquello era un horror. Todos los platos estaban en la pila de fregar, ¡Todos! Tenían los restos de comida, nadie se había preocupado de tirarlos, era comida de casi hacía dos meses, ¡Platos metidos en agua con restos de comida podrida! Me dieron arcadas, y vomité lo poco que tenía en el estómago aquella mañana.

Tardé horas en dejar esa cocina impecable, no entendí como dos hombres habían podido estar tanto tiempo cocinando, comiendo sin fregar absolutamente nada y luego cuando habían acabado con todos los platos, dejarlos así hasta que algún pringado, en este caso pringada descubriera los tesoros ocultos de esa casa.

Luego seguí limpiando el resto de la casa, me sorprendió ver que Robe en todas esas horas solo había limpiado dos habitaciones que ya estaban limpias. También que no apareciera en la cocina durante todo el tiempo que yo estuve desafiando a mi estómago limpiándola.

Acabamos con toda la casa casi a la hora que tenían que venir a verla los posibles inquilinos, allí no apareció nadie. Ana solo mintió para que limpiásemos la casa, porque dudaba mucho que su hijo moviera un dedo si no era bajo presión y con promesas de dinero. En aquel momento odié a esa mujer.

Una tarde cuando llegué a la casa de Falset, me encontré con Jon, el vecino-empleado de Robe que había vuelto a trabajar con él otra vez después de prometerle el muy próximo pago del dinero que se le

adeudaba.

—Hola Jon, ¿Dónde está Robe?

—Donde va a estar, donde siempre.

—¿Qué es donde siempre?

—Parece mentira que no te lo imagines.

—¿Dime dónde está?

—Yo no sé nada.

—¿En qué bar está?

—Tú ya lo sabes.

Yo no tenía ni idea; fui andando hasta donde sabía que podía estar, ya que había pocos bares todos muy juntos y si no era en uno sería en otro.

Di con él a la primera, estaba sentado en la barra, llevaba puestas unas gafas que le corregían la vista cansada y que solo se ponía cuando iba borracho perdido. Tenía toda la pinta de ir como una cuba, estaba con la chica rubia que habíamos visto aquel día que estuvimos con Jaime tomando unas cervezas.

Cuando yo entré la chica puso mala cara, siguió hablando con Robe e ignorándome a mí, a Robe no le sentó muy bien que yo hubiese ido al bar, y ella, decidió irse despidiéndose solo de Robe. Hay que decir que posteriormente al primer encuentro que tuvimos con esa chica, habíamos hablado con ella alguna vez más; casi siempre iba acompañada de su mejor amigo que estaba loco por ella, pero no lo aceptaba como pareja, primero por ser bastante más joven, segundo por feo y desgarbado, tercero porque le iban demasiado las drogas.

Robe algunas veces, me dejaba en casa y se iba a tomar algo con Jon y su novia, pero no quería que yo fuese, entonces sospechaba que algo raro pasaba, y luego atando cabos me di cuenta de lo que podía ser, cuando se iba solo porque en realidad era lo que pasaba, que se iba solo, era porque ella estaba allí. Tenían conversaciones según lo que él me contó, que iban más allá de la simple amistad, ella se le insinuó según él, pero aunque me lo creo, a ella se le notaba a leguas que estaba por él, pienso que puede ser que no la rechazara como él decía que hacía, no era normal el comportamiento de esa chica hacia mí.

Cuando ella salió del bar, me di cuenta que Robe estaba bastante ebrio, arrastraba las palabras y decía cosas sin sentido. En un momento de la conversación surrealista que tuvimos me preguntó.

—¿Quién te ha dicho dónde estaba?

—Lo he tenido que averiguar yo, Jon está muy raro, me ha dicho que yo sabía dónde tú estabas.

—No me comas el coco.

—No te como nada, me ha dicho eso y todavía no sé por qué.

Le tiré de la lengua ya que sabía que Jon no había dicho nada, porque Fernanda, que es como se llamaba ella podría haber estado en la casa con Robe y éste se debió ir con ella. Días después corroboré que mis sospechas no iban mal encaminadas, pero no le dije nada.

Estuvimos un rato más en el bar, Robe pedía cubata tras cubata y cada vez estaba más ebrio, empezó a hablar de su madre, también a decirme lo quemado que estaba por no tener trabajo, y es que desde un primer momento me dijo que él estaba de vacaciones y se reincorporaba en unos días a su puesto de trabajo, que para aprovechar las vacaciones estaba haciendo esa obra en la casa de su madre, pero el primer día que nos vimos me contó que le daba vergüenza decirme que estaba en la «casa grande» o sea el paro hacía seis meses.

Me hablaba como si yo fuese su enemiga, si, la peor de las personas del mundo, no soportaba ver a mi hija allí, ¿Por qué cuando estaba sereno podía ser la persona más cariñosa del mundo y al beber transformarse en semejante personaje?, el fenómeno Jekyll y Hyde, otra vez, algo que ya había vivido de otra manera, en diferentes relaciones, pero no de manera tan notable como lo vivía con Robe. Nunca sabré porqué siempre iniciaba relaciones con hombres complicados, con dos caras, no sé si era mi afán de aventura, o el sentirme como en medio de una película de acción en la que nunca esperas lo que va a pasar, pero esa… esa… no era esa sensación, estar con Robe era como caminar por un suelo lleno de cristales rotos en el que en cualquier momento te puedes clavar uno, o caerte y clavártelos todos.

Esa noche no conseguí estar cómoda, era imposible tener una conversación normal, pasaba del amor al odio en segundos, y yo, por mucho que intentara apaciguar solo conseguía cabrear más a Robe. Al otro día se despertó cariñoso, como si la tarde y noche anterior no me hubiese dicho ninguna tontería que pudiese herirme.

CAPÍTULO 6

«¡Hoy nos vamos de fiesta!» Esa frase mágica que no puedo dejar de decir cuando la fiesta me llama, sí, creo que eso nunca cambiará, siempre fui una loca de la música, y para mí, fiesta, no solo es diversión con los amigos, es algo más; me quedaba embobada mirando al DJ; quería saber hacer lo que él hacía. Llevaba tiempo trasteando con software para pinchar y producir música electrónica, pero no tenía mucha idea, no tenía claro en qué consistía mezclar, por eso, de vez en cuando probaba, pero cuando veía que no sabía muy bien que hacer lo acababa dejando.

Robe, me había dicho que él cuando era más joven era DJ, que sabía pinchar con vinilos y que había hecho sus pinitos con la producción junto con un buen amigo suyo que murió. Los Dj me parecían magos de la música, las discotecas, catedrales del sonido, yo había recorrido media España de discoteca en discoteca durante los últimos dos años, había estado en Ibiza en compañía de alguien que me marcó durante mucho tiempo. Se llamaba Ulises tenía nueve años menos que yo y trabajaba conmigo.

Conocí a Ulises una mañana de septiembre de 2006, en principio me pareció un «quillo», un «cani» con su chándal, pendientes de oro, chollas, me podía parecer de todo menos alguien que pudiera atraerme, lo veía como un crio, encima en principio me cayó fatal, era prepotente. No sé cómo fue, quizás porque el roce hace el cariño, aún ahora después de tanto tiempo no sé qué pudo ser lo que me hizo plantearme tener una relación con alguien tan joven y tan diferente a mí. Pero mucho tiempo después cuando ya estaba enamoradísima de ese chico, acabamos besándonos en el asiento trasero del coche de mi jefe cuando volvíamos a casa después de una cena de empresa con posterior fiesta, lo curioso, que mi jefe y otro compañero de trabajo iban delante y no se enteraron de nada. Aquello duró un año, después de volver del viaje a Ibiza volvió con su ex, y yo me enteré de la peor manera, me dirigía a su casa cuando lo vi salir acompañado de una

chica, no me saludó y yo seguí mi camino con la cabeza agachada sin saber muy bien cómo reaccionar.

A partir de ese momento comenzó mi decadencia como persona, mí caída en picado, algo que me fue muy difícil de superar.

Robe no tenía muy claro si salir o no, yo tenía unas ganas locas de pegarme unos bailoteos, dinero tenía más bien poco, pero siempre he tenido un arte especial para salir de fiesta sin gastarme una fortuna.

Fuimos a Reus, primero a tomar algo y luego a varios pub musicales. Fue allí donde nos encontramos con Sandra.

Sandra era una chica algo mayor que yo que tuvo un «affair» con Robe poco tiempo antes de que nosotros iniciáramos nuestra relación.

Recuerdo que el primer día que nos vimos Robe y yo, Sandra se hallaba en aquel bar de la plaza; estaba furiosa y decía que me iba a arrancar la cabeza, aquel día fingí no haberla oído, y por la cuenta que le traía se abstuvo de montarme un numerito, simplemente se fue de allí.

En esta ocasión, cuando nos vio juntos salió corriendo hacia los lavabos y Robe fue tras ella. Según él, la encontró llorando y solo fue a consolarla. La verdad que esa chica cada vez que me veía me lanzaba miradas asesinas y esa noche no sería diferente; no nos quitaba la vista de encima. De sobras yo sabía, que tanto los amigos de Robe como Sandra decían de mí que yo era poca cosa para él, que lo habían visto con mujeres mucho mejor físicamente que yo.

Aun teniendo que aguantar a la amiguita de Robe por allí lanzándome miradas de odio yo me lo pasé genial aquella noche, pero, todo se torció de la manera más inesperada.

Acabamos la noche en La Fábrica, una discoteca de Reus, Robe me preguntó que si estaba bien para conducir, yo le dije que sí, que todavía podía, pero que si bebía algo más ya iba a dar positivo si nos paraba la policía. Decidimos quedarnos un rato más y yo estoy segura que no bebí más alcohol, siempre tengo por norma dejar de beber a cierto punto de la noche, luego siempre conduzco yo. Han sido contadas las veces que se me ha ido la pinza con ese asunto, y no he cogido el coche, ya que ni quiero matarme yo, ni a nadie que viaje conmigo.

Pero a Robe se le metió en la cabeza que yo no podía conducir, y que sería mejor quedarnos en casa de su madre allí en Reus, en lugar de irnos a la de Falset a dormir. A mí no me gustó la idea, insistí en que podía coger el coche sin problema, pero Robe no dejaba de decir que yo estaba borracha, que si no me estaba dando cuenta de cómo

iba, yo sabía que estaba perfectamente, quizás algo cansada por los tacones pero nada más.

Al final me convenció e iniciamos trayecto para casa de su madre, pero no teníamos tabaco, y yo, sin tabaco estaba segura que no podría estar, por lo que fuimos a uno de los locales donde habíamos estado y en el que curiosamente estaba Sandra a comprar un paquete de tabaco. Robe se iba quejando de que yo no sabía estar sin fumar, cosa que era verdad, pero quien me lo decía no era muy diferente a mí ya que fumaba como un carretero. También seguía diciendo que yo estaba borracha, falso, totalmente falso, yo estaba perfectamente, pero por mucho que yo insistiera, él seguía en sus trece. Encontré sitio para aparcar entre un coche y un pivote de hormigón e inicié la maniobra.

—¿Pero qué haces? —dijo Robe.

—Aparcar.

—Lo estás haciendo mal, ves lo que te digo, tú no puedes conducir.

—Déjame, que se lo que hago.

—¡¡«Asín» nooooooo!! —me gritó.

Luego empezó a dirigir mi aparcamiento a gritos. Y me puse tan nerviosa, tanto que me di contra el dichoso pivote, que la verdad apenas se veía y lo tenías encima en cuanto te descuidabas, pero a gritos lo único que le puede pasar a una es que se acabe chocando.

Un golpe fuerte, más fuerte que los pequeños toques que te puedes dar aparcando. Robe salió del coche enfurecido, me dijo que tenía todo el parachoques hundido. Quise salir pero me ordenó que me quedara dentro del coche, que bastante había hecho ya con mi borrachera.

Él entró en el local a comprar tabaco, tardó en salir y yo aproveché para mirar que le había pasado a mi coche, me quedé helada, estaba muy bollado por la parte de atrás, sabía que no habría ningún problema ya que yo tenía seguro a todo riesgo, pero a Robe no le parecía suficiente, no hacía más que tirarme en cara lo que había pasado. Cuando volvió al coche lo primero que me dijo es.

—¡Ves lo que pasa tanto tabaco, tanto tabaco! —gritó.

—No ha sido el tabaco, es que me has puesto muy nerviosa, yo así no puedo hacer nada.

—¡Es que te veía venir, sabía que la ibas a liar!

—Oye, ha sido un accidente a cualquiera le puede pasar, y te aseguro, que si no me hubieras gritado el coche ahora mismo no

tendría un bollo.

Nos dirigimos nuevamente a casa de su madre, pero se dio cuenta de que no llevaba llaves, por lo que tuvo que llamar a Ana. No quedaba de otra, teníamos que ir a buscar las llaves al prostíbulo improvisado de ésta.

Pero primero Robe la llamó por teléfono y luego nos dirigimos al «negocio» de su madre. Yo me quedé abajo en mi maltrecho coche, tiempo después y por boca de la misma Ana supe el contenido de la conversación que tuvo con su hijo esa noche.

—Mama, necesito las llaves de casa.

—Yo solo tengo las mías y luego me dejas sin llaves para mí porque te vas —dijo Ana

—Déjame las llaves que la tía esta es una borracha y se ha metido una ostia con el coche, la voy a dejar, bebe más que yo.

—No te conviene una mujer que bebe, no la quiero en mi casa.

—Dame las llaves y mañana te las dejo en el bar de abajo, llevaré a la tía ésta a que duerma la mona y mañana que se naje de aquí.

Si llego a oír eso en ese momento hubiera salido pitando de allí, es lo que tendría que haber hecho desde el primer día, pero algo más fuerte que yo me dejaba fuera de combate y no conseguía reunir las fuerzas para salir corriendo.

Mientras yo estaba esperando en el coche, me puse a llorar, fue en ese momento a solas conmigo misma cuando exploté, lo peor, la ansiedad, de repente estaba padeciendo una crisis y me faltaba el aire, me quité la gorra que llevaba y a la que tenía un gran cariño, se de buena tinta que la dejé en el asiento del acompañante, era una de esas gorras-boina negras de vestir, que me quedaba de fábula con todo lo que me pusiera. Cuando Robe llegó me encontró así, y nuevamente me reprochó mi supuesta borrachera. Ya no quise ni discutir, creo que hasta yo misma me acabé creyendo que iba borracha, pero en realidad yo estaba más fresca que una rosa, lo mío solo era tristeza y nervios, mal cóctel.

Cuando me desperté por la mañana Robe no estaba en la cama, lo llamé, pero no contestó, al final lo encontré durmiendo en otra habitación. Le dije que se viniese conmigo pero no quiso, al final se metió en la cama conmigo pero se giró e hizo como si yo no estuviera.

Cuando nos levantamos, le dije.

—¿Qué hacemos?

—Yo me voy a Falset, tú, puedes hacer lo que quieras.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Pues tú sabrás; anda que el pollo que montaste anoche con la borrachera.

—Que yo no iba borracha.

—Sí, lo que tú digas, anda y date una vuelta con vistas que te la pago yo.

—¿Por qué me hablas así?

—¿De que otra forma quieres que te hable? —preguntó Robe como si no le importara nada ya de mí, como si de repente yo le sobrara.

Y una como buena dependiente, no podía tolerar eso, y pidió perdón… para matarme, lo sé; no me justifico, sé que nunca cambiaré en este aspecto, pero sí que con la experiencia y a día de hoy veo las cosas de otra manera.

Volvimos a Falset después de reconciliarnos, pasaron los días y prácticamente estábamos en víspera de las fiestas navideñas, mis vacaciones empezaban al día siguiente, y cuando por la tarde yendo hacia Falset me paré en una gasolinera a comprar el pan, la luna de la parte del acompañante de mi coche se bajó sola, me quedé un poco a cuadros. La pude subir otra vez, pero en menos de un minuto se había vuelto a bajar, no entendía nada.

Robe intentó arreglarla, pero el elevalunas dejó de funcionar en su mecanismo de subida, no en el de bajada claro, había que subir la luna a mano y tener cuidado de no equivocarse y darle al botoncito de bajar, porque se bajaba entera del tirón.

En los últimos días la relación de Robe con su madre había ido de mal en peor, yo estaba esperando que me llamaran para darme las llaves de mi nuevo piso donde me iría a vivir sola con mi hija, pero, Robe, viendo que cada vez se tensaba más la relación con los suyos, y con los suyos estoy incluyendo a su hermano también, decidió él solito venirse a vivir conmigo. Lo anunció a bombo y platillo en un bar, delante de Fernanda; que agachó la cabeza y no supo dónde mirar para que no se le notara que eso no le había gustado nada.

Esa noche, después de una discusión con su madre, dijo que nos íbamos de allí, que dejaba la obra, «que se apañara su madre y su hermano» decía, no sé cómo se las ingenió, pero Jonathan le dejó las llaves de un piso que tenía en Campo-Claro. Según él, su padre se pasaba de vez en cuando, pero eran contadas las ocasiones y con que le dijéramos que estábamos los cuatro allí pasando unos días, con los

cuatro se refería a Robe, a mí, a su novia y a él; no pasaría nada.

Recogimos todas las cosas que teníamos en el pequeño apartamento de la casa de la madre de Robe en Falset, y nos fuimos hacía Campo Claro. Yo no me sentía bien, estaba como fuera de lugar, como descolocada, lo que me apetecía en ese momento era cenar tranquila, tumbarme un rato junto a Robe e irme a dormir, después del trabajo y con el frío que hacía, lo único que deseaba era descansar.

Yo lloraba en silencio, pensé en que lo mejor que podía hacer era irme a casa de mis padres, necesitaba estar en un sitio que yo conociera para poder dormir y sabía que esa no sería una buena noche.

Cuando fuimos a aparcar Robe le dio sin querer al mando del elevalunas, con lo que se bajó y la luna se metió tan adentro que no la podíamos subir, tuvimos que volver a desmontar otra vez la parte interior de la puerta para poder arreglar el problema. Fue entonces cuando decidimos desconectar el motor del elevalunas y que la ventana quedara fija sin poder subir ni bajar.

Entramos en aquella casa, no podía creer lo que veía, ¿Ahí tenía que dormir yo? Olía fatal, y estaba muy sucia, las mantas olían a de todo menos algo sano, menos mal que nos llevamos nuestra propia ropa de cama, pero no era suficiente, allí olía a «coño revenío» como diría mi madre.

Dormí fatal aquella noche, y me fui a trabajar incómoda, sentía el olor de esa casa por todas partes. Era día veinticuatro de diciembre, y a medio día terminaba mi jornada y empezaban las vacaciones de Navidad. Cuando volví al piso mugriento de Campo Claro, me encontré a los tres durmiendo. Tuve que llamar al móvil de la novia de Jon para que me abrieran la puerta, al parecer no iba el timbre.

Me acosté un rato junto a Robe, estaba demasiado cansada.

Esa misma tarde estuvimos en Falset, cogiendo varias pertenencias de Robe, cuando sonó mi móvil.

—¿Vais a venir a cenar? —Era mi hermana Iria.

—Pues no se… —Dudé en mi respuesta y añadí —En cinco minutos te llamo.

—Robe, yo cada veinticuatro de diciembre ceno con mi familia, y llevo muchos días sin aparecer por allí, además así te los presento.

—No creo que sea una buena idea —Su respuesta me dejó de piedra, días antes habíamos tenido una discusión porqué según él, yo no me implicaba, no sabía nada de mí, es más, no conocía a mis

padres. Yo no quería presentárselos todavía, pero esa noche yo quería estar con ellos y él iba a pasar la navidad solo en el piso de Campo Claro, ya que con su madre ya no iba a poder contar.

Al final pude convencerle, después de decirle que no iba a ser una situación para nada incómoda, que mis padres eran buena gente, que también vendría mi hermana Carla con su marido y mi sobrina Melany y lo pasaríamos bien.

CAPÍTULO 7

Durante la cena me sentí ante todo en familia, vi que aparentemente Robe encajó bien, y digo aparentemente porque en aquellos días no me daba mucha cuenta de lo que en verdad estaba pasando, y es que mi familia sabe poner buena cara cuando hace falta, sobre todo por no hacerme sufrir a mí.

Conversaciones en las que no estaba yo, pero existieron…

—¿Has visto el pavo este?, mi hermana cada día tiene peor gusto, menudos piños de haber estado en la cárcel tiene el colega. —Esto se lo dijo mi hermana Carla a su marido, y él estuvo completamente de acuerdo.

Conversaciones en las que me encontré sin saber muy bien como capear…

—Eli, parece un buen chico, pero bebe mucho —dijo mi madre.

—No, mama, es que como hoy es noche buena y ha tenido problemas con su madre ha bebido más, pero normalmente no bebe así —Mentí, sin creerme ni tan siquiera lo que estaba diciendo.

—Eli ten cuidado, no me gusta la manera como bebe, a palo seco se ha trincado casi toda la botella de vino él solo.

Mi madre se dio cuenta de que yo escondía algo, me avisó, yo sabía que tenía toda la razón, cada día me encontraba más incómoda en esa relación. Por un lado Robe era tierno y a veces la persona más cariñosa con la que yo había estado, por otra, era aprovechado, falso, cruel, borracho, dominante y había que ir con pies de plomo para poder hablar con él.

Cuando nos fuimos esa noche de casa de mis padres, mi madre habiéndole contado una supuesta historia de que nos habían dejado un piso en Campo-Claro en el que estábamos de lujo, (quería yo convencerme a mí misma de que no estábamos en un piso mugriento a

escondidas y con miedo de que el padre de Jon se enterase de que estábamos allí si se le ocurría aparecer); nos dio comida para el día siguiente y para dos o tres días más.

Llegamos al piso mugriento y decidimos que no podíamos vivir así, por lo que al día siguiente, el de navidad, dejamos toda la casa reluciente, yo me encargué de la cocina, siempre he tenido claro que para cocinar a gusto tengo que tener la cocina limpia a mi manera, para empezar, nada de papel de plata en los fogones, y sí, como allí había fogones con papel de plata del jurásico, tuve que pegarme un buen rato rascando para despegarlo.

Tardamos unas cuantas horas en dejar ese piso decente, pero mereció la pena, por la tarde parecía otra cosa, olía hasta bien. Le dije a Robe que solo limpiásemos sin cambiar el orden de nada, pero a él le dio igual y redecoró toda la casa a su manera, movimientos de muebles incluidos, no debió hacerlo.

Pasamos San Esteban allí metidos en aquel piso, realmente estábamos cómodos, alejados de todo, por suerte había una red wifi sin contraseña y hasta podíamos conectarnos a internet, ¡No sin Facebook por favor! Y así el día 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, tuvimos nuestra propia «inocentada» al menos yo la tuve, me moría de la vergüenza claro, y no lo digo por decir.

La cuestión es que Robe me dijo que fuese a dejar el portátil en el piso, y de alguna manera no tuve un buen presentimiento, esa tarde iba con Ariadna y subíamos las dos riéndonos, cuando introduje las llaves en la cerradura y alguien abrió la puerta hecho una furia.

Intenté disimular, tal y como me había dicho Jon, «estábamos los cuatro allí unos días y yo solo iba a dejar el portátil».

Quien abrió la puerta era el padre de Jon y no tenía una expresión muy amigable precisamente.

—Vengo a dejar el portátil… estamos aquí con Jon y con Eva.

—¡Aquí no vas a dejar nada! —exclamó—, y ya le estás diciendo a tu novio que lo sé todo, que mi hijo no está aquí con vosotros porque está en Falset con su madre, que este piso es mío y hoy he tenido que venir porque tengo una «misión especial» y tengo que dormir aquí con mi compañera que está cansada! —Dijo dirigiéndose a una mujer que asomó de repente por la puerta— y tenemos que dormir —añadió.

De sobras la misión especial era follarse a aquella mujer. Pensé para mis adentros que aunque estaba «hiper-mega-avergonzada» y no sabía dónde mirar, me estaba partiendo de la risa, sobre todo con el atuendo de aquel hombre que ya tenía una edad e iba vestido a lo cow-boy y

por la importancia que se daba con repetir eso de la «misión especial».

Me lo dejó clarito, teníamos quince minutos para coger nuestros bártulos e irnos de allí.

Bajé al bar donde Robe empinaba el codo, «pa variar» y le expliqué lo que había pasado, se puso demasiado nervioso y no supo llevar las riendas de la situación, más bien, le superó.

Reaccioné yo por los dos y le dije claramente, «vamos a recoger nuestras cosas y nos vamos de allí, no quiero verle la cara nunca más al tío ese, lo he pasado fatal; ¡qué vergüenza!».

Y Robe… lloriqueando, diciendo que todo era una mierda, que un día petaría… ese era Robe, tan machito para algunas cosas y a la mínima de cambio se venía abajo y no sabía cómo reaccionar. ¿Qué hacía entonces? La respuesta no puede ser otra, beber como un cosaco, luego venían las consecuencias, y como no, solían ser siempre amargas para mí.

Recogimos todo, y Robe tuvo tiempo de hablar con ese hombre para devolverle las llaves y pedirle «disculpas» la verdad no sé de qué hablaron. Me quedé en el coche con mi Ariadna.

¿Qué íbamos a hacer? Solo se me ocurrió una solución y es ir a casa de mis padres, la verdad yo todavía vivía allí, Robe ya no podía volver con su madre, y yo no lo iba a dejar en la calle. En un principio dijo que se quedaría en mi coche, que yo subiera a casa de mis padres, pero eso, no me parecía bien, finales de diciembre y un frio que cortaba, ¿Qué otra cosa podía hacer?

Mis padres no se lo tomaron bien, me dijeron cosas del tipo, «¿cómo lo metes aquí?» yo no podía explicar la verdad, no podía explicar que nos habían echado de aquel sitio, que Robe había tenido tal trifulca con su madre que ya no podía volver a su casa, tuve que disfrazarlo todo, y mis padres, cada día me miraban peor. La situación era muy muy muy y todos los muy habidos y por haber TENSA.

Recuerdo una noche en especial, Robe se levantó en pelotas, se fue a la cocina, se bebió todo el vino que encontró y volvió a la habitación, cuando lo vi así no entendí nada.

—Por lo menos sal con algo de ropa, no ves que como se levante alguien lo va a flipar —le dije.

Pero me habló arrastrando la voz y no sabiendo muy bien lo que decía. Estaba como una cuba, y se le ocurrió que tenía ganas de tener algo más que palabras conmigo esa noche. No me hizo gracia el tema, en casa de mis padres, por Dios, con ellos allí, no se me antojaba muy

sugerente, y como vi que se estaba poniendo demasiado pesado, subía la voz y al final mi madre se iba a dar cuenta de que no estaba siendo demasiado cariñoso, cedí y me dejé hacer para que no siguiera montando el espectáculo, le tuve que decir mil y una veces que no hiciera ruido, pero parecía darle igual. Yo no me podía concentrar, solo sufría, por mis padres sobre todo, siempre he tenido mis cosas en su sitio, sin tener que hacer pasarlo mal a nadie, y en aquel momento, mi madre no lo estaba pasando demasiado bien. Lo siento, en algunas cosas soy chapada a la antigua, ante todo respeto.

El día 31 de diciembre, por la mañana, Robe me insistió para que llamara a mi jefe, yo no había cobrado todavía y la cosa no andaba demasiado bien financieramente en la empresa en ese momento, me dijo que intentaría hacer la transferencia ese mismo día, y sí, al final tuve el dinero para poder ir de fiesta esa noche, entre otras cosas.

Lo que más me sorprendió, fue la reacción de Robe al ver dinero en mi cuenta, empezó a hacer números de en qué debía yo gastar mi sueldo y en que no, decidió por su cuenta lo que yo debía pagar en ese momento y que ochenta euros al menos serían para fiesta. «Para el carro compañero, en mi dinero mando yo». Si algo me exaspera, si algo me hace parar el mundo, es que alguien quiera disponer a su antojo de lo que yo me gano día a día, eso solo lo puedo decidir yo, y le puse freno.

—Antes de pensar tanto en fiesta, tengo que pensar en lo que tengo que pagar, que no es poco, tengo que hacer mis cuentas —Y recalqué el «yo» todo lo que pude y más— No suelo gastarme tanto dinero en fiesta, yo suelo hacer botellón como los «niños», sale mucho más a cuenta que no está el horno para bollos y si tengo que pagar entrada en un garito simplemente no entro, no voy sobrada como puedes ver, mi sueldo es modesto. —dije poniéndome totalmente a la defensiva, mis «dineros» estaban bajo amenaza de ordeno y mando; no me gustaba nada.

Robe hizo ver que lo comprendía, pero solo lo hizo ver. Ya, que por la tarde fuimos al centro comercial de Tarragona a comprar el whisky y la naranjada para el botellón. Robe no hizo otra cosa que lloriquear toda el tiempo que estuvimos allí, «que si no tengo que ponerme», «que si cómprame esos cordones para las bambas carísimos cariño», «quiero, quiero, quiero», al final acabé gastándome más de lo que en principio quería gastarme, no le di demasiada importancia, pero, yo nunca le hacía eso a nadie, nunca disponía del sueldo de nadie pidiendo todo el rato cosa tras cosa, aun sabiendo que la otra persona no iba sobrada precisamente.

Cenamos y comimos las uvas con mis padres y mi hermana Iria; que

me dejó un vestido de «zorrón» , (es la manera que tenemos mi hermana y yo de llamar a los minivestidos ajustados al cuerpo); que me quedaba bastante bien. También me dejó como cuatro pares de zapatos, me los llevé todos en el coche y me cambié unas cuantas veces, Dios, como le gusta a ella ponerse torturadores de pies de más de un palmo de tacón; pero es que ella tiene gracia para llevarlos aunque esté que se muera del dolor, yo soy una garza, una «alcayata de gitana» como diría mi madre, soporto más bien poco los tacones, con lo bien que me quedan los «jodíos», y lo desastre que soy para llevarlos.

Mientras me maquillaba en el lavabo peleándome con Iria por un trozo de espejo, oí a mi madre hacerle el tercer grado a Robe, la pregunta fue simple y directa a la llaga, así es mi madre.

—¿Chiquillo, tú estás enamorado de mi Eli?

Cualquiera en su caso se hubiese puesto como un flan, sin saber ni que decir, pero Robe no se lo pensó y dijo sin inmutarse.

—No, no estoy enamorado de ella, es demasiado pronto. Es muy buena y le he cogido mucho cariño, pero no estoy enamorado de ella todavía.

Sinceramente, yo tampoco estaba enamorada de él, más bien tenía atracción hacia él, atracción sexual; porque era muy cariñoso en la cama, y yo necesitaba toneladas de cariño negado durante toda mi vida sentimental; y algo que no me gustaba nada, una dependencia que cada día se iba cocinando a fuego lento y que al final acabaría hirviendo.

Mi madre, no entendió eso de que se pudiera tener un novio que no estaba enamorado de ti, para ella, el amor es como una especie de flechazo y a sus hijas, como toda madre que se precie, las tienen que querer mucho y estar muy enamorados de ellas, porque ¿Quién no podría estar enamorado de sus tres mejores creaciones?

Cuando me comentó lo que Robe le había dicho, yo le dije que no pasaba nada, que yo tampoco lo estaba, la verdad que se quedó a cuadros no, lo siguiente.

Robe y yo nos fuimos hacia Reus con mi coche donde en principio no habíamos quedado con nadie, pero sabíamos que nos encontraríamos con todos los amigos de Robe en el pub de siempre.

Fue una noche rara, me sentí sola en muchas ocasiones, Robe iba y venía con un tejemaneje que me sonaba, estaba trapicheando con drogas para ¿Quién?, pues para su amiga Olga, que era prostituta y al parecer vendía polvitos blancos infernales, o sea cocaína.

Demasiado interés tenía en hacerle la faena a Olga y Robe no hacía nada sin recibir algo a cambio, al final de la noche supe lo que era, pero vayamos por partes.

En un momento Robe me avisó que se iba otra vez y le dije enfadada.

—¿Pero dónde vas ahora? Llevo aquí un buen rato sola, y no conozco nadie.

—Quédate con la Olga y sus amigas.

—Pero es que, aunque no tengo nada contra las prostitutas y se están portando bien conmigo, yo he venido contigo, y no me siento cómoda, hay hombres que me están mirando de maneras algo raras…

—Que va cariño —se rió y añadió— es que ese chico de ahí me quiere invitar a una raya.

La verdad que había un chico apoyado en una columna que no paraba de mirar a Robe, y yo hasta en cierto momento le dije a él.

—No es por nada, pero me parece que tienes ahí un pretendiente que no para de mirarte —No es que yo fuese paranoica ni nada de eso, es que hasta el mismo Robe se dio cuenta que el pavo miraba «un poco bastante demasiado».

Hasta que al final no se ni como acabaron hablando y se fueron juntos, después de yo insistirle en que no fuese, que por favor, no tomara drogas y que ese tío le quería hacer algo raro; no me hizo ni caso, la verdad.

Olga me dijo que no me preocupara, que a los hombres hay que dejarlos que hagan sus cosas, que disfrutara y no pensara. Pero es que llevaba ya muchísimo rato sola y estaba hasta las narices.

En un momento de la noche se me acercó un amigo del novio de mi hermana, que me saludó y me preguntó si había venido sola. Le dije que había venido con mi novio y me preguntó que donde estaba, la verdad no supe que responderle. Al menos era una cara conocida. Hablé con él un par de minutos más y luego se fue.

De repente Robe dejó de ir y venir cuando ya me vio demasiado triste, fue entonces cuando aparecieron Sandra y su ex, con el que había retomado la relación, ya que tenían un hijo en común y pensaron que era mejor intentarlo otra vez.

Estuvimos con ellos lo que quedaba de noche, y en un momento que salimos Robe y yo al coche a cambiarme de tacones por unos algo más bajos, me dijo,

—Mira lo que me ha regalado la rubia —Refiriéndose a Olga.

—Y me enseñó un plastiquito que parecía una cebolleta —Vamos, un pollo de cocaína en todo su esplendor.

—¿Y te vas a meter eso?

—No pasa nada cari, es fin de año.

—Pero es que ya sabes lo que opino de la cocaína; además te deja «atontao».

No sé cuándo se la metió, pero lo hizo, eso seguro.

Volvimos al local, seguimos el resto de la noche con Sandra y su marido, que nos ofrecieron quedarnos en su casa a dormir para no tener que coger yo el coche y conducir trece kilómetros hasta Tarragona.

En un principio vi un poco raro el hecho de quedarnos a dormir en casa de una supuesta ex de Robe, encima que había vuelto con su marido el cual era amigo de Robe y se había enterado que Sandra y él habían tenido más que palabras; pero al final, aceptamos la invitación.

Robe se empeñó en que Sandra llevara mi coche, por Dios, mi coche; una chica que no soy yo, conduciendo mi coche, ¡Ni hablar!, se puso pesado nuevamente diciendo que yo no iba bien para conducir, que Sandra tenía «experiencia», nada yo solo llevaba once años conduciendo, no tenía de eso…era novel (modo sarcasmo on). Lo bueno es que yo iba perfecta, hacía un buen rato que había dejado de beber, si algo tenía claro es que si yo no me encontraba en condiciones para conducir, simplemente, no cogía el coche, pero aquel no era el caso. Al final a regañadientes, no es que aceptara, simplemente me obligó a ello, por narices se tuvo que subir esa chica en el asiento del conductor cuya única ocupante femenina siempre fui yo, que le vamos a hacer cosas mías, pero en teoría ¿No había que respetarlo? Parece ser que según Robe, no.

Llegamos a casa de Sandra; nos acomodamos en el sofá muertos del cansancio por el trajín de toda la noche; bueno, a decir verdad me di cuenta que la única que realmente estaba que se dormía por los rincones era yo; Sandra, Ramón o sea su marido y Robe estaban más frescos que una rosa. Pronto entendí la razón, las grandes pupilas de ellos tres hablaron por sí mismas, iban hasta las cejas de coca.

Y no paraban de hablar, esas típicas conversaciones de la gente cuando va puesta de cocaína, esas conversaciones que yo siempre he visto desde detrás de la barrera, ya que nunca la traspasé, me dormía y no podía evitar dar cabezaditas.

De repente los vi hablando entre ellos, más bajo de lo normal, vamos, cuchicheando y Robe se acercó hasta donde yo estaba. Sandra y Ramón parecían disimular, me olía lo que iba a pasar, y no me gustaba un pelo.

—Cari, te voy a pedir una cosa que si no quieres hacerla no pasa nada eh…—me dijo en un susurro.

—Dime —dije yo con la mosca detrás de la oreja.

—Esto, la Sandra no cobra hasta mañana, ya tendría que haber cobrado pero todavía no tiene el dinero en la cuenta y me han dicho si les podemos dejar dinero para medio pollo.

—¿Qué? —dije dando un grito ahogado y poniendo mi mirada de «te mato».

—Nos lo devolverán mañana.

—Sabes que cobro poquito, que tengo muchas cosas que pagar, incluso el seguro de mi coche, no puedo, es más…sabes que yo para ese tema como que no, de verdad sabes que no me gusta— Intenté hacerle entender, pero tal parecía que el ansia por meterse coca era más fuerte, y no solo para Robe, los otros dos me miraban suplicantes, me pareció triste y patético.

Al final como buena tonta que soy accedí, y le di mi tarjeta a Robe para que sacara dinero.

Sandra y yo nos quedamos a solas, ella me repitió varias veces que me devolverían en dinero en cuanto les ingresaran a ellos la nómina. Sinceramente algo me hacía pensar que no vería ese dinero jamás, ya que Robe se lo iba a meter por la nariz junto a ellos por lo que en teoría me devolverían la mitad.

Mientras Robe y Ramón estaban fuera, Sandra, que se había enterado que yo echaba las cartas sacó unos arcanos, y se las eché, lo que le dije le gustó; según ella había acertado todo su pasado y lo que le predije del futuro la dejó satisfecha, si luego acerté o no nunca me lo dijo.

Cuando ya me estaba quedando dormida por lo que tardaron Robe y Ramón, éstos entraron por la puerta más contentos que «chupetín» como diría mi madre. Ya tenían sus polvitos mágicos. Ramón se apresuró a «confeccionar» cuatro perfectas rayas de coca, a lo que no tardó en reaccionar la brigada anti-drogas o sea yo.

—Yo no quiero que yo no me meto esas cosas. —añadí con desesperación como si me lo fueran a hacer meter obligatoriamente, paranoica que es una.

—¡Oh no! —dijo Ramón— a mí no me gusta cuando hay alguien que no se mete en el grupo, me corta el rollo.

—Me da igual que te corte el rollo yo no voy a meterme nada, nunca lo he hecho y no tengo intención de empezar ahora, bastante tengo ya con el tabaco. —Me estaba poniendo muy nerviosa cuando Robe acudió en mi ayuda.

—Ramón ella no se mete nada ni va a hacerlo. —dijo Robe con firmeza y Ramón dejó de molestarme.

Y allí como tres aspiradoras se metieron los polvitos de la felicidad, para luego pasarse el rato con su conversación de «encocados», «yo te quiero … yo te quiero más tío…» aquí todos nos queremos y ninguno tiene sueño menos yo, que no paraba de bostezar, encima le había metido unas caladitas a un porrito, a eso yo no le hacía ascos, ya que me parecía agradable el sabor de los porros y la tranquilidad que me proporcionaban, en aquellos días eran mi salvación.

Tras un rato escuchando entre mis cabezadas a esos tres y su ridícula conversación, Robe me despertó para que fuésemos a la cama. Problema, Robe con ganas de sexo y de conversación, Elisa, muerta, muertecita, con dolor en los pies por la noche de taconazo, y la cabeza dando vueltas del alcohol y el porrito.

Sucumbí al sexo, pero Robe no parecía satisfacerse de ninguna de las maneras, por lo que me buscaba una y otra vez mientras yo me dejaba hacer, hasta que empecé a quedarme dormida del agotamiento, y Robe seguía hablando, Dios, no se callaba.

Al final por fin se durmió y pude por fin descansar.

CAPÍTULO 8

Cuando nos despertamos en casa de Sandra y Ramón, ellos todavía dormían. Nos levantamos y nos fuimos, después de mucho pensarlo decidimos viajar a Girona ese mismo día, ya que en teoría Robe tenía que cobrar los supuestos tres mil euros que le faltaban cobrar a su padre por la venta de un piso y en teoría él se los podría quedar. También y esa era mi razón principal, quería que viese a su hija, que hacía tiempo que no la visitaba y como siempre andaba llorando por los rincones por su hija decidí hacerle ese «regalo».

Cogimos mi «Fygura» o sea mi coche y pusimos rumbo a Girona. El viaje fue fácil, nos pasamos todo el trayecto hablando y riendo, se hizo corto. Cuando entramos en la provincia de Girona era ya de noche, ya que salimos después de mediodía y paramos varias veces.

Primero fuimos a la pensión que Robe había sugerido, me había dicho que tendrían habitación para nosotros y barata. Pero estaba llena obviamente, a 1 de enero no se podía esperar otra cosa; por lo que tuvimos que buscar hotel. Cuando lo encontramos, la cosa se disparó, si queríamos dormir el precio era setenta euros, yo me estaba volviendo loca, entre los ochenta de la fiesta, los cincuenta de los dichosos polvitos mágicos y esos setenta, no iba a llegar a pagar todo lo que yo tenía que pagar; pero como no quedaba de otra pagué. Elisa la «pagafantas», en fin.

Dejamos las cosas en el hotel y nos fuimos a dar una vuelta y a tomar algo por Girona, la ciudad me gustó, la vi algo solitaria, pero la parte donde estuvimos era bastante bonita. Las calles casi estaban desiertas pero los bares y restaurantes estaban llenos de gente. Estuvimos en un pub tomando algo y luego volvimos al hotel donde nos fumamos un par de porros de marihuana que tuvo un efecto afrodisíaco esa noche en nosotros, acabamos haciendo el amor con pasión.

La mañana siguiente la pasamos paseando por Girona, luego fuimos a comer a un restaurante bastante acogedor y nos dirigimos a Celrà al piso que un día fue del padre de Robe.

El hombre al vernos se asustó pero nos dejó pasar, estaba muy nervioso incluso diría que asustado. Robe le expuso lo que le dijo su padre y él nos mostró todos los justificantes de que tenía todo

totalmente pagado. Revisé los papeles hice cuentas y todo estaba correcto; así se lo hice saber a Robe, y el hombre se quedó más tranquilo. Robe aceptó bien la situación y cuando salimos de allí, reconoció que su padre solía meterlo en líos de esa índole, aun sabiendo que nadie le debía nada, no le dio más importancia.

Más tarde nos dirigimos a Palamós a buscar a la hija de Robe.

Una vez allí, tuvimos que ir al menos a dos bares porque Robe estaba nervioso y decía que necesitaba unas cervezas para calmarse, ya, que hacía tiempo que no veía a la niña y no sabía cómo iba a reaccionar.

Me quedé en el coche mientras él iba a buscarla, pero poco después vi que Robe se acercaba a mi coche con una chica más o menos de mi edad y una niña. La niña era delgadita y aparentaba menos de la edad que tenía, se llamaba Claudia. La chica que la acompañaba era su madre, o sea la ex de Robe, se llamaba Menchu, era de estatura baja, delgada morena y con unos ojazos azules, la verdad que era bastante guapa. No pude evitar sentir celillos, sobre todo cuando él se dirigía a ella como cariño; no puse el grito en el cielo, pensé, han estado muchos años juntos quizás le cueste llamarla de otra manera. La verdad que Robe se equivocaba mucho y a mi solía llamarme sin querer Menchu, al principio me sentaba mal, pero a todo se acostumbra una sobre todo si se equivocan muchas veces.

La niña lloraba desconsoladamente y no quería separarse de su madre, costó bastante convencerla, pero al final se vino con nosotros. En unos minutos se le había pasado el disgusto.

Estuvimos paseando y fuimos a los columpios y a comer un Kebab. La niña estaba encantada, nos caímos bien desde un principio, y Robe parecía disfrutar muchísimo con la situación.

A eso de las ocho de la tarde llevamos a Claudia a casa nuevamente y Robe le prometió que en verano la iría a buscar y la llevaríamos a Tarragona para pasar unos días juntos los tres.

Pusimos rumbo a Tarragona, era bastante tarde y no llegamos hasta bien pasada la una de la mañana. Robe no quiso ir a casa de mis padres por lo que al final decidimos dormir en el coche; yo no quería dejarlo solo. La verdad que incómodo es mi coche para dormir, me prometí a mí misma que nunca más repetiría la experiencia.

Faltaban días para que me dieran el piso, que ganas que tenía, pero si yo tenía ganas más ganas tenía Robe, me hacía llamar día sí, día también a la asesoría que llevaba el tema. Al final después de Reyes firmé el contrato y entramos en el piso.

No teníamos nada, pero el piso era precioso, nuevo, jamás nadie había vivido allí, era mi piso.

De repente Robe empezó a hacer planes, a decir lo que se tenía que hacer y una sensación de agobio empezó a rondarme; en teoría el piso era mío, era yo quien iba a pagarlo, yo quien lo consiguió, y la idea de que alguien dirigiera el cotarro no me hacía ninguna gracia, llevaba diez minutos en el piso y ya estaba arrepentida de que él fuese a vivir conmigo, yo no quería vivir con nadie, necesitaba mi espacio.

Los días pasaron, pudimos conseguir algunas cosas de casa de mis padres y otras que la madre de Robe nos dio por ayudarla a hacer una mudanza. Ana cerraba el prostíbulo por falta de clientela, es curioso que hasta las prostitutas estuvieran afectadas por la crisis, pero era la realidad. Nos dio varias cosas que salían directamente de la casa de Falset, y otras de su casa, las cosas del prostíbulo fueron a parar a la casa de Ana, ya que al parecer iba a montar allí el negocio, con su hijo de diecisiete años viviendo allí, una locura, en aquel momento no lo sabíamos pero yo sospechaba y no me equivoqué.

Me las apañé como pude para dar de alta los servicios, luz agua y gas, hasta que dos días después de tener todos los servicios funcionando nos encontramos sin luz, al parecer la empresa suministradora tenía problemas con el boletín. Después de haberlo dado por válido lo tiraron todo para atrás; tuve que hacer mil llamadas y otras tantas gestiones y estuvimos veintiún días sin luz, yendo a casa solo para dormir porque mucho más no se podía hacer. El resto del tiempo yo iba al trabajo y Robe se venía conmigo. Se quedaba en el coche hasta que yo salía, la verdad que en lugar de hacer eso podría invertir el tiempo en buscar trabajo, pero no lo hacía.

Tuvimos que hacer una especie de barbacoa improvisada con ladrillos y la comida la teníamos que hacer en el jardín, hasta que por fin después de que mi histerismo llegara a su punto máximo nos pusieron la luz.

El tiempo pasaba y nos íbamos acostumbrando a Vila-Seca y al piso, el problema era que yo quería estar más en mi nueva casa y Robe prefería el calor del bar y sus encantos.

Yo cuando salía por la tarde de trabajar lo iba a buscar al bar de la plaza, y la mayoría de días me lo encontraba bebido y con la palabra «paga» en todo momento; mi economía se estaba resintiendo cada vez más. No pude pagar el seguro del coche, y llevaba las cuotas de la financiera del vehículo atrasadas también, cosa que no me había pasado nunca. Tampoco pude pagar las cuotas del préstamo que pedí para pagar la fianza del alquiler de mi anterior piso; todo se fue

atrasando, como cuando tienes una fila de dominó y tiras la primera pieza; todas caen, de la misma manera el control de mi economía se iba derrumbando sin poder hacer nada para parar su caída. Yo cada vez estaba más nerviosa, y me costaba conciliar el sueño, jamás me había visto en semejante situación.

Estar toda la tarde perdiendo el tiempo y mi dinero en un bar no era algo que me gustara hacer, pero lo hacía con resignación, le decía a Robe que quería irme a casa, que estaba cansada y él me decía, «a que casa, no tenemos muebles no tenemos nada, a mí me deprime estar ahí» sí, y a mí me deprimía la manera en que se gastaba lo poquito que yo ganaba con mi trabajo.

En mi cabeza las alarmas sonaban como si fuera la sirena de mil ambulancias a la vez con colores y todo; pero yo seguía metida en esa especie de espiral de la que veía difícil salir, una, que Robe no tenía a donde ir en teoría, dos, que yo pensaba que lo quería, que lo necesitaba; había días que pensaba que era la mujer más afortunada del mundo y otros en los que me sentía una mierda, la verdad que abundaba más lo segundo.

Llegó el día de mi cumple años, cumplía treinta y tres años, la edad de Cristo. Por la mañana llevé a Robe a la plaza y luego me fui a trabajar. Llamé a Robe a media mañana y me dio largas, estaba bastante raro, no le di mucha importancia. A mediodía cuando llegué a la plaza Robe me esperaba con una hamburguesa con patatas para comer en el bar y una sorpresa, un perfume, jabones, body milk de dos perfumes diferentes, olían de maravilla y lo había comprado en una tienda de productos naturales, me encantó el regalo. Por la noche me llevó a cenar con mi hija Ariadna. Todo fue perfecto hasta que Robe empezó a pedirse cubatas. Él había cobrado el paro y se lo estaba puliendo todo en el mismo día. Empezó a mostrar síntomas de estar como una cuba, y la emprendió con el dueño del restaurante, empezó a tirarle indirectas ya que según él en ese sitio solo había policías por todas partes. Ariadna al ver el percal se hizo pis encima y yo la encubrí, porque sabía que Robe tal y como iba si se enteraba nos la iba a liar.

Mantuve las formas como pude hasta que nos fuimos de allí. En teoría nos íbamos a casa, pero Robe quería ir al Out a tomar algo. El sitio estaba bien, habíamos estado varias veces desde que estábamos en Vila-Seca, pero no me parecía apropiado ir con Ariadna y menos aun llevando el pantalón mojado la pobre.

Le dije a Robe que prefería ir a casa que la niña tenía sueño y que no podía entrar al pub por ser menor, cosa que en teoría no era mentira.

No dijo nada y nos fuimos a casa; se fue directo a la habitación y se metió en la cama, aproveché para cambiar y lavar a Ariadna sin que él se enterara de nada, cosa que me salió bien. Metí a Ariadna en la cama, y me dirigí a la cocina a beber agua. De repente oí unos gritos.

—¡¡¡Eres una pedazo de perra Eeeeelisaaaaa!!! ¡¡¡Puuuuutaaaaaaaaaaaaa, que eres una puuuutaaaaa!!!!

—¿Qué coño dices? —No daba crédito a lo que estaba oyendo, me estaba hablando igual que hablaba a su madre.

—¡¡Digo lo que oyes, eres una pedazo de perra a mí no me engañas, puuuutaaaaaaaaaaa!!

—¿Pero qué dices Robe?

—¡Yo no soy Robe, yo soy Roberto, el mismísimo diablo!

Me quedé sin palabras, ¿Cómo podía yo contestar a eso? ¿Cómo podía demostrarle que yo no era lo que él estaba diciendo? No podía hacer nada ya que él a nada reaccionaba bien cuando el alcohol corría por sus venas. Solo pude llorar y repetir hasta la saciedad, «yo no soy una puta», lloré hasta que mis ojos estuvieron lo bastante irritados, lloré hasta que no pude más. En ese instante pensé que prefería un cumpleaños sin regalos y sin cena en restaurante, pero con cariño y amor, el desprecio sobraba.

CAPÍTULO 9

Vila-Seca 12 de marzo de 2015

Voy paseando por Vila-Seca con mi hija Lana, son las once de la mañana y hace un día increíble, es mi treinta y ocho cumpleaños; Ángel está trabajando fuera de España, mañana llegará por fin, también vendrá Ariadna. Dentro de un mes dejaremos la casa de Vila-Seca, después de cinco años y tres meses, cinco años, parece tan lejano, justo hoy hace cinco años desde que Robe me dio el peor cumpleaños de mi vida.

Aquella noche dormí en el sofá, no me atreví a compartir la cama que Robe. A la mañana siguiente no se acordaba de nada para variar, yo me fui a trabajar sin despedirme de él. Se dio cuenta porque a media mañana me escribió por el Messenger.

Robe: Hola Cari

Eli: Hola

Robe: Que paso «aller»?

Eli: Ayer va con «y» griega, ya hablamos luego; no te portaste bien.

Robe: No me acuerdo de nada

Eli: Luego hablamos.

Cuando llegué a casa me estaba esperando con cara de cordero degollado, como siempre se puso a llorar, a pedirme perdón, y yo como buena tonta lo perdoné, porque él había tenido una infancia difícil, porque él había estado en la cárcel, porque había sido maltratado de pequeño, porque era digno de lástima, y porque yo era demasiado tonta.

Robe solo dejó de ir al bar de la plaza el día en que se sintió

humillado. Una tarde llegué de trabajar, él estaba en el bar, cuando entré lo vi salir del lavabo tambaleándose y diciendo que yo tenía su móvil. Detrás de él salió Jaime y le comentó que se lo había dejado encima del váter.

Pensé y no me equivoqué que iba a ser una tarde movidita, ya había tenido unas cuantas y ya imaginaba lo que me esperaba.

Justo como imaginaba, Robe empezó a provocarme, estábamos sentados en la terraza del bar, el día estaba algo nublado, esos días en los que el reflejo del sol en las nubes te ciega y necesitas las gafas de sol sí o sí.

—Quítate eso anda. —dijo Robe con desprecio.

—Me molesta el sol, las necesito. —añadí a la defensiva ya anticipándome a la que me iba a caer.

—Guarda eso, estás haciendo el ridículo. —Robe se estaba impacientando.

Decidí ignorarle, no me quité las gafas, me levanté y me metí en el bar. Robe me siguió.

—La Eli está enfadada —dijo dirigiéndose a la dueña del bar—, no te enfades cariño. —añadió en tono fingidamente meloso.

Cuando la dueña del bar estuvo lejos de poder oír lo que Robe me decía empezó su ataque. Yo fumaba como un carretero, un cigarrillo tras otro.

—Tu eres como todas las demás, estás en tu nube de pegatina y te piensas que todo es bonito, no te enteras Elisa —Robe arrastraba las palabras— no te enteras de nada, vete de aquí que es lo que tienes que hacer.

Me levanté y me fui a dar una vuelta por Reus. Anduve varias manzanas, pensando y volviendo a pensar en que narices hacía yo con semejante personaje. Me acordé de aquel día en el que me dijo que iba a hacer lo que siempre había hecho y empezó a increpar a cuanto viandante se encontraba.

—¡Tú campeón, dame todo lo que lleves, dame dinero!

—Pero que dices flipao. —le decían la mayoría de personas. Y yo a su vez iba tranquilizando a esa pobre gente diciéndoles que no le hicieran caso.

—¡Cállate pedazo de perra! —gritaba como un energúmeno.

Y temía que viniera la policía, temía verme salpicada sin tener culpa de nada, me aterraba la idea.

Esa tarde también recordé los buenos momentos, recordé al Robe que no decía ser Roberto, el mismísimo diablo. Pero cada vez el recuerdo del Robe que yo quería se iba esfumando, y se volvía totalmente Roberto, aquel personaje al que yo temía. Aquel personaje que amenazaba a la mínima de cambio con quitarse la vida.

Cuando me cansé de andar volví al bar, yo iba con Ariadna, ella no se estaba enterando bien de lo que pasaba, al menos eso creía yo. Ella era mucho más receptiva de lo que yo pensaba, Ariadna, me estaba avisando, me prevenía de que Robe no era bueno para nosotras, con su mirada, con su actitud; y yo no sabía verlo.

Cuando llegamos a la plaza en la terraza del bar había unos chavales de etnia gitana sentados en una mesa. Eran bastante jóvenes. Uno de ellos insultaba a toda persona que entraba al bar, se burlaba de la gente, tonterías de un chiquillo mal criado de unos quince años.

Pregunté por Robe, pero no estaba, me fui a dar otra vuelta a ver si lo veía, pero ni rastro. Volví al bar y ahí estaba hablando acaloradamente con Jaime y el camarero. Al parecer el chaval gitano se burló de Robe, y éste con su borrachera lo increpó; por no decir que se le puso chulo. En teoría ahí había quedado la cosa hasta que en el bar aparecieron todos los primos del chiquillo pidiendo cuentas a Robe.

—Vamos a pegarnos como hombres. —gritó un gitano de unos veintitantos bajito, ojos claros y sin apenas dientes.

—No, verás tu campeón, ha sido un malentendido, yo solo le he «preguntao» porque he visto que se dirigía a mí. Se intentó justificar Robe.

—Mi hermano es solo un crio, tú eres «mu» mayor y te has «metio» con un niño, y ahora vamos a ajustar cuentas como hombres, vamos a pegarnos ahí fuera.

—¡Sí, sí, vamos a pegarnos! —corearon los demás gitanos.

—Por favor, solo ha sido un malentendido, no hace falta pegar a nadie. —dije yo en un intento desesperado por parar lo que se avecinaba.

—Se ha metido con mi hermano y ahora tiene que pagarlo, vámonos ahí fuera —Erre que erre el de los ojos claros.

—¡No, basta ya! No hace falta que nadie se pegue, por favor. —Yo intentaba mediar pero no había manera—, Robe no salgas.

—No te preocupes mujer, no le vamos a hacer nada solo vamos a hablar. Se dirigió a mí otro gitano de pelo largo rizado y negro más joven en apariencia del de los ojos claros.

—¿De verdad? Por favor no me engañes —supliqué como último intento de apaciguar el ambiente.

Robe salió fuera del bar hacia la plaza acompañado del gitano de ojos claros.

Me puse a hablar con Jaime y con la dueña del bar. De repente Ariadna gritó.

—Mamá, están pegando a Robe, le están pegando.

Fue un segundo; vi a Robe cayendo al suelo, salí corriendo hacia la plaza, nadie más me siguió. Llegué hasta donde estaba Robe con la boca ensangrentada, y el ojo casi cerrado. Robe era corpulento y el que lo tumbó era bajito y poca cosa, pero iba sereno, en cambio Robe estaba ebrio, por eso no le duró ni diez segundos, lo dejó K.O.

—¿De qué coño vas? Eres un cobarde me oyes, un cobarde, ven aquí, ya que eres tan cobarde y pega a una mujer. —Yo no sé de donde saqué los ovarios para decirle eso a aquel tío y a toda la pandilla de primos que iban con él.

Me ignoraron, se fueron por donde habían venido, solo querían pegar al primero que se les cruzara y ya lo habían hecho.

Alguien llamó a la policía, me preguntaron por lo que había pasado. Facilité descripciones, expliqué los hechos con pelos y señales, intenté poner las cosas fáciles. Lo peor fue cuando intentaron hablar con Robe.

—¡Con vosotros no quiero hablar que me habéis jodido la vida, que yo era inocente y estuve cuatro años preso, yo no quiero ni hablar con vosotros, dejadme en paz! —gritó Robe como un poseso.

—Mire, nosotros hemos venido porque se nos ha llamado, no queremos joderle la vida ni nada parecido, ¿Va a denunciar o no? —Los policías se impacientaban.

—Yo no voy a denunciar, con vosotros no quiero nada cabrones. —se dirigió a ellos en tono chulesco.

—Mire, como siga insultando le llevamos detenido.

—No por favor —añadí yo—, estuvo cuatro años en la cárcel por un delito que no había cometido y lo pasó muy mal.

Siempre lo justificaba, siempre lo apoyaba, aquel día lo intenté con todas mis fuerzas.

—Si no le detenemos es por usted. —me dijo uno de los policías.

Cuando la policía se fue, Robe se dedicó a despotricar de los gitanos, de repente eran la peor lacra, «ponzonia» como decía él.

Un chico gitano que estaba en la barra se hartó de oír a Robe y tras decirle unas cuantas palabras para defender a su raza se fue del bar.

Robe era gitano, insultaba a los de su raza, todo era un poco confuso, pero a mí en aquella época había cosas que no me llamaban la atención, había veces que me sentía anestesiada, su veneno me anestesiaba, me hacía pensar y sentir que yo era tratada como una reina.

Decidimos que lo mejor era irnos a casa, en principio Robe estaba de acuerdo, pero al salir del bar, su rabia estaba a flor de piel, la tenía que proyectar y como siempre lo hizo en mí.

—Vete tu, yo me quedo aquí.

—No, Robe no voy a irme, no puedo dejarte aquí sangrando, tenemos que ir a curarte.

—¿Has oído lo que te he dicho?, ¡Quiero que te largues de mi vista!

—¿Pero ahora que he hecho yo? —pregunté totalmente confundida.

—¡Elisa eres una puta me oyes!, ¡Quiero que te vayas, no quiero ni verte!

—¿Pero por qué me dices eso? Yo no te he hecho nada, solo intento ayudarte —No pude evitar que se me cayeran las lágrimas, mi tono era suplicante y desesperado.

—¿Elisa, has oído lo que te he dicho?, ¡Qué te largues puta!

Una señora mayor pasó por nuestro lado, miraba a Robe con desprecio y a mí con esa expresión que todo el mundo me miraba últimamente, con esa cara de «¿Cómo puedes ser tan tonta chica?» Yo odiaba esa expresión lastimera hacia mí, hacía lo posible por hacer ver que no pasaba nada, si alguien veía que yo lloraba me inventaba cualquier excusa para justificarlo, lo que sea, antes de que alguien pensara que yo no era feliz con Robe Santana. Pero me engañaba a mí misma, todo el mundo a mi alrededor veía en mí una pobre chica, que aguantaba y aguantaba. En Robe veían una amenaza que era mejor que tomara en sus vidas el lugar de amiga y no la de enemiga, a Robe todo el mundo le bailaba el agua.

Al final tras aguantar toda la retahíla de insultos de Robe hacia mí, decidió irse conmigo a casa, pero antes quiso pasar por casa de su madre.

—Párame delante de casa de mi madre.

—¿Para qué quieres ir ahora a casa de tu madre?

—Tú párame ahí —dijo Robe arrastrando las palabras, ya que estaba borracho como una cuba.

Mierda, se avecinaba tormenta, en sentido figurado claro; conocía las pataletas de Robe, la última que tuvo con su madre fue prácticamente cuando llevábamos poco tiempo viviendo en Vila-Seca. Quiso pasar por casa de su madre como siempre hacía, me dijo que intentara yo hablar con ella; llamé al timbre, cuando Ana contestó y supo que era yo, me dijo que no tenía nada que hablar conmigo. Le pedí que me abriera que únicamente subiría yo, Robe dijo que sí, que él se quedaba abajo, me lo prometió, y yo se lo prometí a Ana. Subí a su casa, Javi me abrió la puerta; su expresión era de desconfianza, salió al rellano, inspeccionó la escalera a ver si Robe se escondía en algún lugar, cuando se aseguró que no era así me dejó entrar, pero se descuidó y no cerró la puerta. Cuando apenas había hablado con Ana para interceder por su hijo, éste entró pegando gritos. Ana me miró como a una traidora y yo no supe que decirle, tampoco fui capaz de justificar que yo no tenía nada que ver y que Robe también me había engañado a mí.

Robe gritaba cual energúmeno, saltaba como un niño pequeño al que le han quitado su caramelo, echaba espuma por la boca, sus ojos estaban inyectados en sangre, le echaba en cara a su madre lo mal que lo había tratado durante su infancia.

Aquel día que pasamos por casa de su madre Robe iba con la cara ensangrentada, un gitano le había pegado una paliza, su ojo estaba poniéndose morado y casi lo tenía cerrado, tenía reventado el labio inferior, parecía que le habían pegado con algún tipo de anillo, puño americano, aunque la lógica me decía que fue con un sello de oro.

Robe intentó entrar en el portal, yo me quedé en el coche; me acordé de pronto de aquella vez que llamé al portero automático y me contestó Javi. Después de intentar mediar como tantas veces para que dejaran subir a Robe a su casa y ellos negarse inteligentemente; Javi me dijo «Pregúntale a mi hermano como se hizo lo de la mano».

Se lo pregunté, y se sintió indignado; siempre me había explicado una versión algo extraña pero creíble para alguien como yo; que aunque conocía el oficio, conocía el hierro a las mil maravillas, había

hecho varios cursos de soldadura, trabajaba en un taller de carrocerías de camiones, de pequeña cuando mi padre trabajaba en Astilleros me la pasé jugando con mi hermana Carla entre hierros. Pero yo aunque desconfiaba, confiaba, era algo bastante raro, yo creo que me convencía a mí misma de que Robe era un buen chico, de que lo había pasado muy mal en su vida, de que necesitaba mi ayuda, de que si no fuese por mí estaría en la calle.

Al parecer, manipulando dos chapas grandes con un puente grúa, dos chapas juntas, una de ellas resbaló, cortándole prácticamente la mano derecha que le quedó colgando del pellejo. La chapa resbaló porque él estaba enfadado y se despistó. Entonces yo pensaba, que era un poco raro manipular dos chapas juntas con un puente grúa cuando lo normal es hacerlo de una en una. Pero eso era lo que me decía mi lógica y lo que yo había visto hacer, siempre podía haber gente que hiciera las cosas de otra manera, entonces yo le creía.

Robe salió de casa de su madre, no le habían abierto la puerta. Se sentó al lado en el escalón de un comercio que estaba cerrado a esas horas.

—Ahora vendrán los Mossos ya verás —dijo Robe con tono de derrota.

—¿Por qué van a venir?, ¿Qué ha pasado?

—Nada, pero van a venir, lo sé.

—Oye, yo no quiero ver más policía hoy, antes casi se te llevan —añadí en tono suplicante.

Robe me miró con esa expresión de «no te enteras de nada»; en ese momento apareció un coche de los Mossos de Esquadra con la sirena y las luces encendidas a nuestro lado, no sé de donde salió siquiera, sólo sé que ahí estaba. Al parecer Robe había pateado la puerta del piso de su madre mientras la llamaba «puta».

Más de lo mismo, empezó a insultar a los agentes. Yo intenté mediar, les conté la desgraciada vida de Robe, lloré desconsolada, y ellos me miraron con la expresión de «qué tonta eres», y con la de «qué pena das». Nuevamente los polis me dijeron que no se llevaban a Robe por mí.

Robe se apoyó en la pared del rellano de mi casa dejando una pequeña mancha de sangre. Entramos en el piso y Robe se derrumbó en el sofá, de repente se puso a llorar y yo lo consolé. Decía que lloraba de rabia. Lo abracé y lo protegí, como si fuese su madre y no

su novia.

CAPÍTULO 10

Una tarde, estábamos Robe y yo en casa tomando unas cervezas con nuestro vecino Juanma. Lo conocimos un día que estábamos quitando las malas hierbas del jardín, me preguntó si habíamos encontrado una tortuga; la verdad me dejó un poco descolocada el hecho de que hubiera tirado unas cuantas tortugas en mi jardín. Yo no había encontrado nada y así se lo hice saber. Seguí quitando mala hierba a golpe de chapo, hasta que en uno de esos golpes encontré una especie de piedra que se movía. Mi sorpresa fue cuando me acerqué y vi el dibujo típico del caparazón de una tortuga bastante grande. Llamé a Robe y sacamos a la tortuga con cuidado, era enorme, más que una tortuga era un galápago, una tortuga de río parecía ser, la verdad es lo que deduje después de buscar en Google que tipo de tortuga podría ser «Chapo» así la llamé, por el porrazo que le propiné a la pobre. Se la intenté devolver a Juanma, pero me la regaló. Desde ese día nos hicimos amigos de Juanma. Él era un buen chico, aunque parecía bastante más mayor solo tenía treinta y un años. Bebedor habitual, consumidor de marihuana y de drogas más duras, era raro verlo sereno; aunque cuando lo estaba era la persona más seria del mundo. Ese día en el que nos estábamos echando unas risas bebiendo unas cervecitas y fumando como carreteros llamaron al timbre. Robe contestó y nos dijo con la cara más blanca que un papel que era la policía, Juanma se metió en su casa en apenas un segundo y los dos agentes que venían le dieron una citación a Robe; su madre le había denunciado.

Era la primera vez en mi vida que iba a un juicio, no sabía muy bien porqué, pero yo era una testigo. Al parecer un día que estábamos comiendo en el bar de la plaza una de sus magníficas hamburguesas en la barra, entró la madre de Robe; cuando nos vio se fue corriendo. Robe salió tras ella, y eso es lo único que yo vi.

Cuando me preguntaron en el juicio no supe que responder, Robe me había aleccionado acerca de lo que yo tenía que decir. Qué él había sido maltratado de pequeño, que su madre era muy mala, que era prostituta y que se había portado muy mal con él. Que no había pagado a los obreros que tenía sin contrato trabajando en su casa y

demás argumentos que no venían a cuento en ese juicio. Al menos a mí no me lo parecía. Pero ahí estaba yo, en un juzgado que no se parecía en nada a los de las películas, temblando de pies a cabeza, y sin otra cosa que decir que la verdad.

—¿Qué vio usted? —dijo una mujer de unos cuarenta años que parecía ser una abogada.

—Ana entró en el bar y salió corriendo, Robe salió detrás de ella, y luego se reunió otra vez conmigo.

—¿Entonces usted no vio lo que pasó entre su pareja y su madre?

—Yo no vi nada más, estaba comiendo y no me moví del bar. —añadí sin saber que lo que yo estaba declarando estaba cabreando de verdad a Robe.

Me preguntaron por el día que Robe subió a casa de su madre con la cara destrozada, yo respondí que me quedé en el coche y no vi lo que pasó arriba.

La chica que me estaba interrogando era la abogada de la madre de Robe, al parecer antes de que me hicieran entrar a la sala, Robe había montado un numerito, insultó a su madre y le habló con desprecio. Ello no le pasó inadvertido a la jueza que recalcó la mala fe de éste y le condenó a seis meses de alejamiento de su madre.

Cuando salimos del juzgado e íbamos andando a donde yo tenía el coche aparcado, le pedí disculpas por no poder decir mucho más que lo que dije.

—¡Me has jodido!, ¿Y tú dices que me quieres? Pues no se nota, en lugar de ayudarme me has tirado tierra encima.

—Robe jamás había estado en un juicio, no he podido decir nada más que la verdad, no sabes cómo me ha impactado estar ahí en medio.

—Anda ya, la verdad… la verdad…tú no te enteras de nada, vives en tu nube de pegatina, anda y baja de la nube.

—Estás siendo muy injusto conmigo —añadí con tristeza.

—Anda y date una vuelta con vistas que te la pago yo, que eres igual que todas, no vales nada ¿Me oyes? Me voy a ir a Gerona con mi hija que es lo único que me importa.

Estuve todo el camino callada, esperando el cambio de humor de Robe, cada día me convencía más de que el día que me dijo que era bipolar no estaba de broma. Ay que decir que lo soltó un día de borrachera como podía soltar cualquier otra barbaridad «¡Bipolar!,

Bipolar, eso es lo que yo soy». Luego cuando estuvo sereno y le pregunté por su supuesta bipolaridad, le quitó importancia y me explicó que se lo había dicho una psicóloga en la cárcel, pero que se equivocaba.

Desde que le pegaron hasta el día del juicio no habíamos vuelto a pisar Reus ni el bar de la plaza, y si no fuese por aquel juicio se podría decir que estábamos muy bien, pero días de calma y Robe, no eran compañeros eternos. Después de aquel juicio todo cambió a peor.

Llevé a Robe a Reus una mañana para que cobrara el paro en ventanilla como era habitual, ya, que no tenía número de cuenta corriente. Me fui al trabajo y mientras tanto él estuvo tomando unas cervezas con una vieja amiga. Clara era una chica extraña, por sus conversaciones en el Messenger que yo había leído junto a Robe, y por lo que él me había dicho, se sentía atraída por él, le tiraba la caña y bastante a saco.

Ese día quedé con Robe en una rotonda que estaba cerca de mi trabajo y a su vez del bar de la plaza. Robe me invitó a comer en Vila-Seca. Al llegar al pequeño restaurante de moteros donde fuimos el fatídico día de mi cumpleaños, pedimos un bocadillo de lomo con queso para mí y un combinado para él. Mientras nos servían Robe empezó a hablar.

—Hoy me encontré a la Clara —Su tono era de tanteo.

—Sí ¿Y qué tal? —Una punzada de celos recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

—Hemos ido a tomar unas cervezas —Quería decirme algo lo presentía

—Pobrecilla, está viviendo con su madre y no se lleva bien con ella —prosiguió en tono lastimero—, quiere alquilar una habitación.

Uy uy uy me estaba mosqueando, solo quería que no dijera lo que yo me estaba temiendo.

—Y he pensado que nosotros le podríamos alquilar la habitación de matrimonio.

—¿Qué qué? —dije exagerando el último «que» y se me salió la cerveza por la nariz del susto.

—Ya estoy viendo que no se te puede decir nada a ti —dijo con desprecio—, pero es que esta mañana he ido a una tienda de muebles y mira que presupuesto me han hecho, es una cama con un canapé.

Cogí la hoja de papel medio arrugada que Robe me pasó, y casi me

caigo de la silla, decía que era barato, por favor, «quinientos noventa y nueve» euros solo el canapé, y «ochocientosnosequé» ya no quise ni mirar más, el colchón. Casi me da un síncope.

—¿Pero no ves que eso es excesivamente caro? —pregunté poniéndome bastante nerviosa, porque en asuntos de dinero; cuando veo números astronómicos me disparo—, que yo tengo una nómina muy justita, ya lo sabes y tú en nada y menos te quedas sin el subsidio.

—Por eso te lo digo, si alquilamos la habitación a Clara podríamos comprar estas cosas —Y lo estaba diciendo totalmente en serio, miedo me daba—, doscientos euros cada mes, ella está cobrando el paro.

—¿Y nosotros donde dormimos listo? —pregunté con sarcasmo.

—Pues donde sea, la cuestión es que con ese dinero podremos comprar muebles, y es que yo necesito ver la casa bonita, si no, no tengo ganas de hacer nada, ya lo has visto.

Mi cabeza decía que esa excusa no se aguantaba ni con palillos, pero así era Robe.

Por ahí no pasé, de repente me imaginé a esa zorra en mi casa, durmiendo en mi cama y a los dos juntitos por las mañanas mientras yo trabajaba, riéndose de mí, porque seguro que acabarían chuscando, segurísimo vamos.

—NO

—¿Cómo? —preguntó Robe con los ojos como platos.

—Lo que oyes —añadí yo— que no, que no quiero a nadie en mi casa y menos durmiendo en mi cama, que con lo que cobramos los dos deberíamos poder llegar a fin de mes, quizás no podamos comprarnos canapés caros pero podemos ir tirando por lo que no tenemos la necesidad de meter a una extraña en casa.

Ese día hice gala de tener los ovarios bien puestos y me sentí bien después de decirle que no, me sentí poderosa, pero la euforia me duró menos de lo que esperaba.

—De verdad que asco de persona, das asco; mira, traigo los currículums de esa chica para entregarlos en los supermercados, ella tendrá trabajo en nada y tú no sabes lo bien que nos vendría.

Robe intentaba convencerme.

—Me da igual, no, no y no; no me convencerás, ya te digo yo que no, no quiero nadie en mi casa.

Robe empezó a insultarme delante del camarero, yo no pude más que reprimir mis ganas de estrangularlo, se me caían las lágrimas y era incapaz de comerme el bocadillo, Robe dijo que ya no tenía hambre y me endosó su plato también, no pude más y me fui corriendo del bar.

Comencé a andar en dirección a mi coche, era muy pronto para ir al trabajo, pero me dirigí a Reus conduciendo con la música a toda castaña, necesitaba asumir lo que había pasado, y la verdad no me entraba en la cabeza, sabía que había algo más, mi instinto de curiosa obsesiva me lo decía.

Cuando llegué a casa de trabajar eran cerca de las seis de la tarde; Robe dormía en un colchón tirado en el comedor y olía a cerveza que tiraba para atrás. Entonces fue cuando me dirigí al despacho, vi en la pantalla el Messenger de Robe abierto y ventanas de conversación que ni se había molestado en cerrar. Ahí estaba la conversación con clara. Leí, y como imaginaba había quedado con ella, no se la había encontrado como me dijo, habían tenido una conversación algo subidita de tono, y a mí me entró un cabreo monumental, no porque hubiera quedado con una amiga, sino porque me había mentido. Yo nunca le di motivos para que pensara que yo me podía enfadar si me decía la verdad, con él nunca me mostré celosa, nunca lo interrogaba, nunca lo ponía en duda si me hablaba de alguna chica, siempre lo creía y si no lo creía; no se me notaba.

Y ahí fui yo, echando fuego por la nariz, como si fuera un toro saliendo del chiquero; Elisa la justiciera en acción.

—Robe, ¿Me puedes decir porqué cojones me has mentido?

Se despertó dando un respingo, estaba como una cuba no, lo siguiente, y no le sentó bien mi manera de reclamarle explicaciones.

—¡A ver histérica!, ¿Qué mierda estás diciendo ahora? —Me miró con ganas de escupirme a la cara.

—Pues que te has dejado la conversación del Messenger abierta y lo he leído todo, me has mentido, ¿Tan difícil era decirme que habías quedado con ella y no que te la habías encontrado por casualidad?

—¡Mira, te voy a decir una cosa!, ¡Yo no soy de nadie, me entiendes!, ¡Hago lo que me sale de la polla! ¡Y si quiero quedar con quien yo quiera y follarme a quien me dé la gana lo haré!

—¡Vete a tomar por culo gilipollas! —grité mientras salía de casa, necesitaba despejarme.

Ese medio día, antes de que me contara lo de Clara, Robe me había

dado dinero para el alquiler del piso, con los pagos al Corte Inglés y los caprichos de Robe, no me había quedado dinero para poder pagarlo con mi nómina y él dijo, no pasa nada, ya lo pagamos el día diez con lo que me den del paro. Yo no estaba de acuerdo con esto, ya que me estaba dando cuenta de que lo estaba haciendo para tenerme atada y que no lo echara de mi casa.

Mientras andaba por la calle, llorando y super indignada, me acordé de eso, de que yo tenía el dinero, de que si no lo ingresaba Robe me lo quitaría esa misma tarde; por lo que me acerqué al banco a ingresarlo por el cajero automático.

Di vueltas por Vila-Seca durante una hora al menos, y luego volví a casa.

Robe me estaba esperando con un vaso de agua helada, últimamente no hacía más que beber agua con cubitos de hielo en vaso de tubo.

—¡A ver pedazo de perra!, ¿ donde está mi dinero? —gritó.

—Lo ingresé este medio día —mentí.

—Pues ya lo estás sacando del banco —dijo en tono chulesco.

—No puedo, lo he ingresado por el cajero automático, hasta mañana no estará disponible.

Yo intentaba mantener la calma, al menos lo fingía.

—¡Pues háztelo como quieras pero quiero mi dinero porque yo me najo de aquí! ¿me entiendes?, ¡me najo!

Por mucho que intenté explicarle que hasta al otro día no podía sacar el dinero del banco no entró en razón, se fue a la habitación, sacó la ropa del armario y la tiró al suelo. Dijo que se iba a Gerona, a buscarse la vida allí, también dijo que no quería mi mierda de vida, con mi hija «mongola» y la mierda de dinero que yo traía a casa.

Yo permanecí sentada en la silla del despacho llorando, Robe cogió el cesto de la ropa sucia, y me la tiró en la cabeza. Mi ansiedad crecía por momentos, no podía entender que le pasaba a Robe, el haberle contrariado me iba a salir caro.

—Donde está mi dinero —gritó de nuevo.

—Ya te he dicho que está ingresado, que hasta mañana no se puede sacar.

—No ese dinero, el otro que te he dado; los cuarenta euros.

No sabía de qué demonios me hablaba.

—No me has dado nada más —Intenté convencerle.

—¡Yo te he dado cuarenta euros en el bar, y ahora te los quieres quedar! —gritó fuera de sí—, que me des mi puto dinero ahora mismo, ven, vamos a buscarlo.

Hay que decir que los cuarenta euros aparecieron tiempo después encima de la nevera, los encontró él, llevaban ahí al menos un mes, iba tan borracho cuando los guardó que ni se acordaba dónde.

Me cogió por ambas muñecas con tanta fuerza que me tiró al suelo, me arrastró por todo el pasillo hasta llegar a la entrada del piso, yo llevaba una pulsera que se me estaba clavando en la mano y me estaba haciendo mucho daño.

—¡Por favor para, para, para, me estás haciendo daño! —exclamé entre sollozos.

Abrió la puerta y un comercial de una empresa eléctrica con el que yo había quedado a las seis de la tarde por insistencia de Robe, vio toda la escena.

—¡Qué se enteren los vecinos lo puta que eres y lo poco que vales, pedazo de perra! —gritó Robe fuera de sí.

Me soltó y cerré la puerta, por alguna razón me sentía totalmente avergonzada, no sabía cómo disimular lo que no se podía disimular.

Volví a sentarme en el despacho con las muñecas doloridas, Robe se acercó a mí y me lanzó una ráfaga de insultos prácticamente escupiéndome a la cara, yo le agarré la barbilla para que no se me acercara más.

—¡Qué me sueltes pedazo de perra!, ¡Qué no me toques!, ¡Qué no te quiero ni ver!

Robe giró la cara para zafarse de mi mano, yo llevaba las uñas largas por lo que le arañé sin intención, lo correcto sería decir que se arañó él mismo.

Entonces ya vi que lo que iba a pasar no era bueno, sus ojos destilaban cólera.

—¡Mira lo que me has hecho pedazo de perra! —gritó y me giró la cara de un guantazo.

Yo estaba en estado de shock, no podía creer lo que estaba pasando, apoyé mi mano izquierda en el escritorio y me la machacó de un puñetazo, machacó la mano izquierda de una zurda, con toda su intención. Luego se me quedó mirando fijamente y me dijo en tono de mafioso que no bromea «Como vuelvas a tocarme te mato, ¿me oyes?,

te quito la vida» un escalofrío de terror recorrió todo mi cuerpo.

Llamaron a la puerta, Robe volvía a tener un vaso de tubo con agua y hielo en la mano, estaba borracho, y quien llamaba a la puerta era la policía.

—Suelte el cubata hombre —dijo el agente.

—No es un cubata, es agua —contestó Robe de no muy buenas maneras y arrastrando las palabras.

—Nos han informado de que le han visto pelearse con su pareja.

—Sí, es que estamos un poco agobiados porque yo no tengo trabajo —añadió con su tono lastimero que no engañaba a nadie.

Yo permanecía en el despacho, llorando, recordando las palabras que me dijo cuándo me machacó la mano, «Como vuelvas a tocarme te mato, ¿me oyes?, te quito la vida» volvían a mi cabeza una y otra vez.

La policía se llevó a Robe fuera de mi casa para preguntarnos a los dos por separado lo que había pasado. Yo lo protegí, di la misma versión que dio él, porque ya de entrada hizo que yo me enterara por donde iban a ir los tiros diciéndoles a los polis todo eso de que estábamos agobiados por el dinero y porque él no encontraba trabajo. Los agentes querían saber si yo actuaba por coacción e intentaron tranquilizarme para que les dijera la verdad, pero yo fui incapaz, me daba lástima denunciarlo y que se viera en la calle, o peor aún un calabozo, con lo que le aterraban después de pasar unos años en prisión. De repente era yo el verdugo si lo denunciaba, Robe me parecía siempre la víctima, siempre el chico desvalido, siempre alguien que había sufrido mucho y que necesitaba recuperarse, siempre lo justificaba, aunque las alarmas de mi cabeza me decían, «Elisa eres tonta, todo son excusas para auto convencerte, sabes de sobras que este tío es un hijo de puta».

Cuando los policías se fueron de mi casa y Robe entró nuevamente en ella, volvió a ponerse chulo.

—¿Has visto lo que me haces hacer?, los vecinos han malpensado y han llamado a la policía, ¿Qué les has dicho? —dijo Robe para tantearme.

—Mira, me voy, necesito aire.

Salí de casa y llamé a un viejo amigo.

Félix era un chico al que había conocido años atrás y con el que tuve un pequeño affair. Él tenía novia y yo no quería plantearme nada serio en ese momento. Él quería a una persona para convivir, a mí me

daba pánico la convivencia, por lo que al final él siguió con su novia y yo con mi vida. Pero siempre hubo química, y todo quedó en una pseudo-amistad. Además sabía que si lo llamaba por un problema él acudiría.

—Me ha pegado —dije entre sollozos.

Félix estuvo un buen rato intentando tranquilizarme, no entendía como le había dicho a él «no» a una convivencia y me había ido prácticamente desde el primer día a vivir con Robe.

—Se te ve más estropeada, hasta tu coche se ve descuidado, no te lo digo para que te enfades, solo es lo que se ve, y sé que eres una buena persona, no mereces que te traten así ¿no te das cuenta?

—Pero si cuando está sobrio me trata como una reina —añadí con poca convicción.

—¿Por qué no te vas esta noche a casa de tus padres? —preguntó Félix con dulzura.

—Porque es mi casa, y no me da la gana de tenerme que ir yo.

Estuvimos hablando un ratito más, hasta que estuve más tranquila, le di las gracias por aguantarme y nos despedimos con dos besos en las mejillas. Luego se subió a su coche me saludó con la mano y se fue. Me quedé mirando el retrovisor de mi coche y vi alejarse el suyo, mientras me preguntaba qué habría pasado si me hubiera ido a vivir con él, de repente me acordé del mejor beso que me habían dado en la vida, beso que me había dado Félix años atrás.

CAPÍTULO 11

Me levanté para ir a trabajar, había dormido en el sofá, bueno, en realidad era un colchón que hacía de sofá por lo que se dormía bastante cómoda. Robe estaba en otra cama pequeña, siempre juntábamos ambas, pero ese día estaban separadas, lo que había pasado el día anterior no era moco de pavo. Me puse una minifalda tejana, una blusa blanca algo Hippy y unos zapatos de cuña, me miré en el espejo de la entrada y me vi demasiado delgada. El comentario de Félix acerca de mi aspecto me había calado hondo ya que siempre había sido una chica adicta al espejo.

Me arreglé todo lo que fue posible y me fui a trabajar. A media mañana como siempre que teníamos trifulca Robe me escribió a mi Messenger pidiéndome perdón, pero no le contesté.

Llegué a casa y me quedé sola en el comedor mientras Robe estaba en el despacho trasteando con un programa para pinchar música.

Ni siquiera lo saludé, estuvimos un par de días sin prácticamente hablarnos, él intentó un acercamiento en varias ocasiones, pero yo no estaba por la labor.

Al final se acercó a mí y me pidió perdón con lágrimas en los ojos, me dijo que nunca volvería a pasar, que no estaba bien lo que había hecho, que por favor le perdonara, que me quería.

—Lo que has hecho no tiene perdón, va a ser muy difícil que lo olvide, y una cosa te voy a decir y quiero que te lo grabes en la cabeza —dije todo eso de carrerilla y casi sin respirar—; si vuelves a tocarme no me va a temblar la mano en llamar a la policía, créeme que lo haré —sentencié firmemente.

—No volverá a pasar cari, de verdad, es que estoy muy «quemao», un curro es lo que yo necesito, ya verás que el día que curre irá todo bien, y podremos arreglar tu coche y amueblar la casa.

—Yo no quiero que tú pagues el arreglo de mi coche, eso lo pago yo —dije con firmeza y claro con mi habitual orgullo

—Pero es que cuando te conocí tu coche estaba bien, y al utilizarlo para la obra de casa de mi madre, para la mudanza y para dormir, está hecho una mierda.

Robe me abrazaba y me besaba como si se fuera a acabar el mundo, por lo que al final acabé perdonándolo pero no podía olvidar que me había puesto la mano encima, no podía.

Los días siguientes fueron apacibles, felices, todo parecía ir rodado, Robe no se excedía con el alcohol y cuando lo hacía no se ponía agresivo, se pasaba el día bromeando y colmándome de atenciones, todo parecía estar bien, menos mi economía que se resentía a una velocidad de vértigo.

Cada vez tenía más dificultad para pagar los gastos del piso y mi coche; mi pelo se rompía y se caía, la ropa me quedaba grande, mis ojos estaban tristes, me había convertido en una autómata, una marioneta a la que Robe manejaba con maestría. Por eso esos días «pseudo» felices muchas veces me asustaban, porque sabía que de un momento a otro Robe cambiaría de polo, y dejaría de ser Robe para ser Roberto, el mismísimo diablo.

Por fin decidimos salir de fiesta y digo por fin porque hacía siglos que lo único que pisábamos era el bar. Yo necesitaba pegarme un bailoteo, echaba de menos aquellos años locos que pasé con mi hermana Iria, haciendo quilómetros con mi coche recién estrenado y bailando sin parar en aquellas catedrales del sonido, en las que la música y el buen rollo, eran mágicos. Esos días en los que oías «hoy es jueves» y eso significaba, el gran fin de semana. Nosotras no necesitábamos nada para estar despiertas, no consumíamos drogas, éramos felices con nuestro cigarro y el «cubatilla» de turno. Pasamos mil y una aventuras, cuanto lo echaba de menos.

En fín, Robe y yo nos fuimos de fiesta a Salou. Nos agarramos el «borracherón» de órdago, bailamos como dos posesos, él como siempre con su baile ridículo de rarito de discoteca; pero cuando una está algo tajada pasa por alto esas cosas, sobre todo cuando resulta que tu pareja es el que está haciendo el monguer en la pista. Una vez se lo comenté a su hermano Javi, y me dio toda la razón, Robe era pésimo bailando y encima se pensaba que bailaba bien «fiestero» decía él, «cutre» le decía yo y su hermano opinaba exactamente lo mismo, bueno, su hermano y todo el que lo veía en acción.

La noche fluyó sin problemas hasta que a Robe se le metió en la cocorota entrar en el Tropic, un garito en el que tenías que pagar entrada. Nosotros íbamos bastante tiesos por lo que yo le intenté quitar la idea de la cabeza, pero él se puso a discutir con el segurata y casi llegan a las manos. Por suerte pude convencerle de que nos fuésemos a casa ya.

Íbamos en el coche de vuelta a casa, y el cerebro de Robe hizo clic

y se transformó en Roberto.

—Yo estoy muy quemao —O O, cuando Robe decía esa frase mal íbamos.

—Tranquilo no te preocupes, ya saldrá algo —dije intentando parecer segura de lo que decía.

—Es que no hay nada, estoy harto de patear empresas, tengo llagas en los pies, te lo puede decir la Sandra, ella lo vio.

Ya salía con lo de las llagas, lo había oído muchas veces, pero nunca las había visto, al parecer le debían haber salido por falta de costumbre de ir a buscar trabajo.

—Al final me quitaré la vida, estoy hasta los huevos ya de todo —dijo arrastrando las palabras.

Yo ya no sabía cómo animarlo y lo consolaba automáticamente sin creerme siquiera lo que le decía para calmarlo, desde que me había pegado se había roto algo definitivamente en nuestra relación, si antes cuando decía estas cosas yo me preocupaba, ahora me daba igual, es más ahora cuando amenazaba con irse a Gerona mi cabeza empezaba a pensar en el alivio que sería el hecho de que se fuera para siempre, yo no lo quería y me estaba dando cuenta de que todo había sido una especie de cortina de humo, alguien a quien me aferré cuando me encontraba tan mal, pero que al disolverse esa niebla que parecía cubrirlo todo, me había dado cuenta de que no sentía nada por ese hombre, ya ni lástima sentía, solo quería que se fuera de mi casa, que desapareciera de mi vida; pero, a los diez minutos, mis pensamientos eran todo lo contrario, que no quería que se fuera de mi casa, que me daba lástima que se quedara en la calle, pero, ya no tenía claro si lo quería o no.

Esa noche por suerte los desvaríos de «Roberto» no pasaron de la escenita del coche. Respiré aliviada, pero permanecí alerta porque eso era solo el principio. Me estaba dando cuenta de que se estaba conteniendo, y creía saber porque. En agosto su hija vendría a pasar unos días a casa; Robe necesitaba demostrarle a su hija que él era un padre como Dios manda ya que desde que salió de la cárcel poco pudo demostrar. La niña le pedía cosas, solo tenía ocho años y quería lo que cualquier niño, juguetes, que la llevaran a sitios para niños, caprichos, etc… Robe no podía darle nada de eso, mejor dicho, cuando cobraba del paro en lo que menos pensaba era en darle parte de su dinero a su hija. Incluso yo me ofrecí a pasarle un poquito de dinero a su mujer, él no aceptó; no quería compartir nada, ni su dinero ni el mío, ya que el mío también lo veía como suyo.

Por esa razón, se estaba conteniendo, sí, y yo no me lo creía, porque no me fiaba, y mi hija me decía con su mirada que pensaba igual que yo.

CAPÍTULO 12

Cuando tuve a Lana en brazos me di cuenta de que lo único que merecía la pena era ese momento y los muchos momentos buenos vividos junto a Ángel, Ari y ahora la cosita tan bonita que me acababan de poner encima; el pasado ya no importa me decía a mí misma una y otra vez, pero el pasado me hacía una jugarreta viniéndome a visitar e inmiscuyéndose en mis sueños y en mis vigilias a modo de «Flash Back».

En agosto tal y como Robe había acordado con su ex-mujer viajamos en coche a Barcelona para recoger a la pequeña Claudia. Yo sentía miedo a lo desconocido, estaba acostumbrada a Ariadna, una niña difícil por su discapacidad, se me hacía raro convivir con otra niña diferente a mi Ari, pero tenía que hacerlo lo mejor posible. Mi fuerte no eran los niños, aunque siempre he sabido como distraerlos, sabía que Claudia se volvería loca con los dibujos y la ropa para muñecas que yo sabía hacer. Hice muchos planes de lo que haría cuando ella estuviera en casa para que no se aburriera.

Cuando llegamos a Barcelona, Robe quiso ir a un bar a tomar algo, a mí no me hizo mucha gracia su propuesta ya que si le daba por inflarse a birras y su ex lo veía borracho ni de coña le iba a dejar llevarse a la niña y con razón. Por suerte cuando Menchu nos llamó estaba cerca de donde habíamos quedado, hubo un pequeño malentendido en el punto de encuentro acordado, pero al final la cosa no fue más allá del visible cabreo de Menchu.

Menchu vino acompañada por su chico que parecía hacer buenas migas con Claudia, ella miraba a Robe con una mezcla de rencor y desasosiego, como si le incomodara su mera presencia. Robe la miraba de otra manera, él todavía sentía algo por ella, se notaba en el ambiente, en como la miraba, en la rabia que no sabía disimular bien por verla con otro hombre.

Claudia se despidió de su madre y su acompañante, subió a mi

coche y nos pusimos en camino hacia Tarragona.

Recuerdo los primeros días junto a Claudia como divertidos, fuimos a la playa, a tomar algo sin borrachera por parte de Robe, poca cosa más podíamos hacer ya que mi economía no me permitía muchos caprichos, pero era lo de menos, la niña se lo estaba pasando bien y eso era lo que importaba.

Una noche fuimos al Out, yo no era muy partidaria de llevar a Claudia a ese sitio, más que nada porque el ambiente no estaba hecho para menores, era un pub, y en los pub mejor no llevar niños, que me llamen antigua pero es lo que pienso, ya tendrán tiempo de frecuentarlos cuando tengan la edad ¿O no?

Claudia y yo nos pusimos a jugar a los dardos, de mientras Robe había conocido a dos hombres bien entrados en la treintena y de etnia gitana; llevaba con ellos diez minutos de reloj y se acercó a mí preguntándome por el dinero que llevaba encima. Solo tenía quince euros para pagar las consumiciones y poco más. Quería que se lo diera pero me negué, quería comprar cocaína y puse el grito en el cielo, claro sin que Claudia se percatara; ¿Cómo narices quería meterse cocaína con su hija ahí? Le dije que no, que de ninguna manera, me quiso convencer para que sacara dinero del banco, no quise, y al final la consiguió, había una «camella» amiga suya y se la fio. Me pidió las llaves de mi coche y se fue del garito con los dos hombres que había conocido y con los que iba a colocarse, EN MI COCHE, odiaba la idea de tres tíos aspirando polvitos blancos utilizando mis CD para ello, odiaba la idea de que en mi coche entraran sustancias extrañas y gente que yo no conocía.

La niña preguntaba por su padre y yo no sabía cómo disimular, seguí jugando con ella haciendo ver que no pasaba nada, pero era lista la «jodía», y aunque hacía ver que se creía mis embustes en sus ojos se veía claramente un «a mí no me engañas bonita».

Pasaron algo más de veinte minutos y Robe entró en el Out, los dos hombres se había ido al parecer. Al ver que no me devolvía las llaves de mi coche se las pedí, no sabía dónde las tenía, casi me muero, me estaba imaginando lo peor; salí corriendo hacia donde tenía aparcado mi trastillo y allí estaba, pero abierto y con las llaves en el salpicadero «Bien, Robe, bien» mi cabreo era monumental, pero tuve que tragármelo por la niña y porque si le montaba una escenita la cosa podía acabar muy mal.

Una noche haciendo la cena Robe se enfadó conmigo por una de sus «moñadas», yo había puesto el pan en un cajón más abajo por despiste, él había decidido que en ese cajón iba el pan, yo toda la vida

he sido de la «talega» ,o sea, la bolsa del pan como la llama mi madre, pero claro, Robe ordenaba y Eli obedecía. Me soltó unos gritos de esos que compartía con los vecinos, yo creo que se enteró hasta el del ático que conste que mi piso era un bajo.

Durante la cena, Robe empezó a provocarme, a insultarme y a gritarme como un energúmeno. Estaba tan harta que me levanté y me fui a la calle a dar una vuelta, antes de salir de casa oí a Claudia que le decía a su padre.

—Papa, es una tontería, porque le gritas así, no pasa nada por poner el pan en otro cajón, eres un pesado.

Ya no quise quedarme para ver que respondía Robe.

Llorando, jodida por dentro y hambrienta porque no había podido probar bocado paseé por Vila-Seca, era bastante tarde, pero no me importaba, necesitaba que me diera el aire, necesitaba pensar, necesitaba terminar de convencerme de que tenía que sacar a Robe de mi vida, ¿Pero cómo hacerlo? Si lo echaba lo condenaba a la indigencia, al menos eso era lo que yo pensaba, aunque en realidad no era cierto, me engañaba a mí misma, él tenía a su madre y lo acogería seguro, otra cosa era que él se dejara de orgullo barato que no le pegaba nada y le pidiera ayuda si se quedaba en la calle.

Todas esas ideas se agolpaban en mi cabeza, estaba en una calle sin salida, en un cubículo, una jaula, un zulo mental, quería escapar, quería quitarme de encima la losa de Robe y Roberto, no sabía cómo hacerlo, también pensaba en lo fácil que sería si el piso fuese de Robe y no mío, sabía que ya me habría ido hace tiempo, pero ¿Cómo echabas a una persona a la calle? Yo no tenía agallas para hacerle eso a nadie, ¿Tonta? Sí.

Cuando volví a casa Claudia estaba sola en el comedor y Robe se había metido en el despacho a chatear con alguien. No quise hablar con él y me quedé junto a la niña que jugaba con su consola.

De repente empecé a echar de menos increíblemente a Ariadna, la sentencia de custodia compartida decía que en los meses de verano pasaría dos semanas con su padre y otras dos conmigo; pero justamente las dos semanas que me tocaba lejos de ella estaba yo de vacaciones, yo quería estar junto a mi niña, y ni corta ni perezosa me fui a buscarla. Su padre no puso ningún impedimento para que me la llevara y pude pasar al menos una semana de mis vacaciones junto a ella.

En principio la cosa pintaba bien, Claudia tenía una compañera con la que jugar, se aprovechaba de Ari, ya que aunque mayor que ella su

retraso mental hacía de mí Ari una niña grande con una mentalidad de una cría de cinco años aproximadamente.

El problema vino cuando Robe empezó a meterse con Ari, a desigualar, a decir que nunca podría comparar a su hija con la mía, porque la suya esto y lo otro, y la mía no se enteraba de nada. Qué no me toquen a mi hija porque mato cabrón de mierda. Dios como lo odiaba, cada día más, cada día la llamita que de vez en cuando prendía cuando Robe me daba cariño se iba apagando más y más, porqué despreciaba a mi hija y una cosa es que me tratara a mí como una mierda, ¿Pero a mi hija? ni de coña, me daba igual sufrir represalias pero ahí estaba yo de defensora, ahí estaba yo para protegerla, incluso un día en la playa se iban Claudia y Robe dejando a Ariadna de lado, jugaban sin contar con ella; Ari se daba cuenta y me decía que quería jugar con ellos.

—No cariño quédate conmigo.

Se lo decía porque pasaba de que Robe le hablara mal, o dijera que tenía cara de mono como me decía, venga va, ¿De mono? Ariadna era preciosa, por dentro y por fuera. A veces él me decía que mi hija era una mongola, tuve muchas peleas con él por eso, porque yo no seré la mejor madre, incluso la herida por el sentimiento de culpa por no haberla podido proteger de ese cabrón todavía no ha curado y no creo que lo haga nunca; pero quería, quiero y querré siempre a mi Ari por encima de todo. Porque es mi hija y punto.

Una noche a Robe se le antojó ir al Out sin las niñas, era una burrada y me negué, al final me convenció para ir a un bar que estaba muy cerca de casa y desde donde era más fácil controlar que no pasara nada. Estuvimos solo lo que duró una cerveza, yo estaba intranquila y al final nos volvimos a casa. Robe se enfadó conmigo porque quería ir al Out otra vez, no le quise dar el poco dinero que me quedaba y al final se fue igualmente, salí detrás de él olvidándome las llaves de casa, tuvimos una pelea impresionante en la calle, me soltó su típica retahíla de insultos.

—Está aquí tu hija, solo la vas a disfrutar estos días hasta el año que viene si es que puedes estar con ella, joder, no te vayas y la dejes para irte al puto Out, encima sin pasta, para que luego me dejes el pufo y tenga yo que ir a pagarlo como siempre.

—Yo hago lo que me da la gana, a mí nadie me dice lo que tengo que hacer —replicó en tono chulesco y luego añadió su ya famoso—; anda y date una vuelta con vistas que te la pago yo.

Cuando conseguí apaciguarlo a duras penas y le dije que no llevaba llaves me puso de todo menos bonita y saltó por la valla para meterse

en casa por la terraza, yo creo que hubiera sido más fácil llamar al timbre de casa ya que estaban ahí las dos niñas y al menos Claudia sabía contestar un interfono y darle al botón para abrir; pero claro, él tenía que hacer teatro.

Sinceramente, me sabía mal pensar eso porque la niña se portó bien, muy bien a decir verdad y conmigo conectó a las mil maravillas. Pero tenía ganas de que se fuera porque cada día que pasaba Robe estaba más agresivo, cualquier cosa que pasaba era motivo para que me liara una de las suyas. Una tarde saqué una bolsa de patatas, le ofrecí a Claudia, comió unas cuantas y luego no quiso más. Yo devoré por pura ansiedad el resto de la bolsa, solía comer compulsivamente toda clase de chucherías. Robe normalmente nunca comía patatas. Luego me levanté de la silla del despacho y le dije a Claudia que me iba a echar una siesta, Ariadna ya había vuelto con su padre y necesitaba estar sola un rato, cada vez que se iba me sentía triste. Cerré los ojos y no tardé en dormirme en mi cama gigantesca que mi madre me había regalado hacía un mes. Cuando más a gusto estaba un grito horrible me despertó.

—¿Por qué cojones te has comido toda la bolsa de patatas?, Claudia me ha dicho que te la has comido toda tu sola.

Me asusté, lo miré con los ojos como platos y añadí.

—Tú hija no quería más, y te recuerdo que tú nunca comes patatas, además joder, ¿Qué problema hay en que me coma una jodida bolsa de patatas? Me gano la vida trabajando, si no puedo ni permitirme ese pequeño capricho mal vamos.

Eso sonó algo raro, pero no quería decirle directamente, «oye tío que el dinero es mío y hago lo que me da la gana» en otras circunstancias, habiéndome despertado así de sopetón y con mi mal despertar habitual hubiera dicho mil burradas, pero cualquiera se arriesgaba a decirle a Robe algo que tuviera que ver con, «yo trabajo, tu ni siquiera te mueves para buscar algo en lo que ocupar tu tiempo».

Yo no sé si me estaba volviendo loca o qué, pero me corroía la rabia, odiaba a Robe un día, y al otro pensaba que lo quería, luego volvía el odio y las ganas de no verlo más, en el buen sentido vamos, no quería que le pasara nada malo pero si quería que se fuera ya de una jodida vez de mi casa, porque me olía que la cosa no iba a terminar bien.

El día antes de que Claudia se fuera, se acercó a mí y me dijo.

—Mi padre es un pesado, no sé cómo lo aguantas; mi madre no lo aguantó.

Entonces fue cuando me di cuenta de que Robe no me había dicho la verdad, él siempre decía que él dejó a Menchu, pero ese comentario de Claudia daba una versión diferente de los hechos. La verdad no es que me importara quién dejó a quién, pero cuando cuentas algo a alguien, si vas a mentir mejor no contarlo, más sin ser preguntado; a Robe no había que preguntarle nada, él te explicaba su vida a su manera, supongo que barriendo para su casa como todo el mundo, pero en este caso barriendo, pasando la mopa y fregando.

CAPÍTULO 13

Claudia se fue y Robe se quedó en el polo depresivo durante varios días. Se pasaba el día tirado en la cama y por la noche no dormía. Decía que quería irse a Gerona, bueno en realidad quería que nos fuésemos los dos a Gerona, yo no quería. No podía dejar a mi hija aquí, ni mi trabajo, ni dejar mi prácticamente recién estrenado piso que aunque era de alquiler era tan bonito que me parecía un sueño. Tampoco quería dejar a mi familia, ni la ciudad donde había nacido, que aunque vivía a diez minutos en coche de ella, no era lo mismo que vivir a tres horas. Además, no me fiaba, allí podría pasar cualquier cosa y yo no tendría a nadie a quien acudir. Robe se enfadaba mucho conmigo por decirle que yo no quería ir con él. Me decía que él se marcharía igualmente, pero a mí ya me daba igual. Lo había visto en infinidad de ocasiones vaciar el armario apilar la ropa en el suelo y luego dejarla ahí para que la tonta de Elisa acabara recogiéndola. Ya me daba igual todo, yo solo quería ser feliz y no veía felicidad por ningún sitio, solo aguantaba y aguantaba.

—¿Tú qué quieres en la vida Elisa? —preguntó con toda su borrachera.

—Yo quiero ser feliz —respondí.

—Ser feliz, ser feliz, baja de tu nube de pegatina, que estás en una nube pensando que todo es guay, Elisa, eres una pedazo de perra ¿Sabes? —Después de decirme eso me miró con desprecio.

—Me voy —Me levanté de la mesa pagué la cuenta y me fui del bar.

Llegué a casa y me senté en la terraza. Me encendí un cigarro al que le siguieron muchos más. Robe llegó a casa, me buscó y cuando me vio en la terraza se dirigió a mí con el cólera pintado en la cara.

—¡Deja ya el puto cigarro anda, que no paras de fumar!, ¡Qué das asco todo el día con el cigarro en la boca, perra más que perra!

—Y seguidamente me aplastó el cigarro en la boca, noté que me

quemaba los labios y posteriormente cuando el capullo del cigarro calló en mi mano solté un grito de dolor. De repente se oyó la voz de una chica que fuera en la calle salía de su coche.

—¡Gilipollas, cobarde, pedazo de mierda! —gritó.

Pero Robe ni se inmutó, se metió en casa, curiosamente, a fumarse un cigarro.

Me apunté al curso de soldadura, me había llegado un e-mail informándome que la semana próxima empezábamos otra vez con los cursos. Yo estaba como siempre super feliz, de volver a reencontrarme con mis compañeros soldadores y de quemar electrodos, que a decir verdad era algo que me encantaba y se me daba bien. Le conseguí una plaza a Robe, pero nunca asistió. Los cursos eran los sábados, había que hacer una cosa casi imposible para un vago como Robe, sí, un vago y de campeonato, a esas alturas ya lo tenía muy claro, había que levantarse temprano.

Cada viernes por la noche me liaba una de las suyas para tener excusa para no ir el sábado a soldar. El profesor me preguntaba por él y yo le daba mil excusas, hubiera sido más fácil decir, no voy desde un principio, pero al parecer le daba apuro que yo me diera cuenta de que no quería hacer nada, solo vivir de mí.

Una de esas noches, después de liarme una de campeonato, de empotrarme contra la pared teniéndome sostenida del cuello, me dijo que iba a hablar con la asistenta social para que me quitara a mi hija y que me iba a quitar el piso.

—¿Yo que te he hecho? ¿Por qué estás conmigo si me desprecias tanto? —pregunté

—Por todos los intereses que te puedas pensar; por esto —Y me enseñó mí tarjeta bancaria.

—¿O sea, qué es por eso? Yo no tengo nada soy una simple trabajadora con una nómina muy justita, yo no sé qué intereses pueden ser esos, además yo quiero que me quieran a mí por lo que soy no por un trozo de plástico que a día de hoy no sirve para nada, que no tengo dinero, joder.

—Sí que tienes, tú me estás engañando, si no ¿cómo compras la comida, pones gasolina y compras tabaco?

—Porque no me queda de otra que pedir anticipos al curro.

Empecé a llorar recordando como mis jefes se enfadaban cada vez que pedía uno pensándose que estaba metida en asuntos turbios.

La verdad era que conseguía un poquito de dinero echando las cartas por internet, cuando podía sacarlo y viendo como era Robe con el dinero me callaba y lo gastaba en cosas coherentes y necesarias, solo me permitía el tabaco, y lo compraba de liar para que fuese más barato. Yo le decía que no había ganado nada, que no me habían pagado, me inventaba lo que sea, pero cada vez colaba menos.

Una mañana le propuse ir a la playa, no teníamos dinero, él dijo que me fuera yo sola que él no venía. Lo puse a prueba, vi que me habían ingresado algo de dinero del tarot, y se lo dije a Robe.

—Un momento, me voy contigo.

Más claro agua, si había dinero venía, si no había, ni se movía de la cama.

Es lo que pasa con la gente que tiene una adicción, en este caso el alcohol. Si yo tenía dinero, Robe sabía que podría beberse su dosis y eso él lo tenía que aprovechar, aunque yo me diera cuenta de que se le veía el plumero.

En una de esas noches infernales que de una vez al mes pasaron a ser cada dos semanas, para dar lugar a una vez a la semana y para acabar en problemas prácticamente cada día, Robe lanzó la masa de la pizza hacía mí, porque sí, porque venía borracho y así se las gastaba, luego se puso a gritar y a romper cosas como un loco, estrelló el móvil contra el suelo y luego me pidió el mío para hacer lo mismo, me apresuré a esconderlo y a silenciarlo, le dije que no sabía dónde lo había puesto, no le dio más importancia, pero entonces se acercó a mí con un cuchillo de cocina grande, me agarró ambas manos con fuerza haciendo que yo sujetara el cuchillo para que se lo clavara a él, tiraba fuertemente hacia su estómago, se quería hacer el «arakiri» con mis manos en él cuchillo. Me horroricé de tal manera que lloraba entrecortadamente y me dio una crisis de ansiedad. Esa situación me superaba, mi mente no podía asumir lo que estaba pasando, el miedo, el horror, el temor hacia mi propia vida y también el verme implicada sin comerlo ni beberlo en una cuchillada a otra persona, mis putas huellas estaban en el cuchillo, me quise morir.

—Por favor Robe, para —supliqué llorando desconsoladamente.

—¿Qué pare de qué?, que me quito la vida ¿Me oyes? Y la culpa la tendrás tú, tus huellas están en el cuchillo pedazo de perra.

—Por favor Robe, no puedo más, para.

—Yo no soy Robe, soy Roberto, el mismísimo diablo y un día reventaré ¿Me oyes?, ¡Reventaré!

—Por favor… —supliqué.

Mi voz sonaba entrecortada por los continuos lloros, apenas se me entendía, tenía tanto miedo que rocé algo parecido al estado de shock.

Cuando me soltó me temblaba el cuerpo de arriba abajo, él estaba como si nada hubiera pasado.

—Necesitas ayuda —le dije—, necesitas hablar con alguien, eres alcohólico y lo sabes, cuando bebes no controlas lo que pasa a tu alrededor.

Estuve a punto de llamar por teléfono al manicomio para que se lo llevaran, pero no lo hice. De repente Robe se me quedó mirando con expresión de lástima y se acercó a mí como si supiera lo que yo estaba pensando.

—Elisa, vamos anda, que vamos a llamar para que te internen, no estás bien, necesitas ayuda.

Su voz sonaba fuerte para que lo oyeran los vecinos, pero a la vez su tono era el de alguien a quien le das pena y te quiere ayudar, estaba haciendo ver que la loca era yo, se le ocurrió que así podía decirle a los demás que él lo estaba pasando muy mal conmigo como al parecer iba diciendo, de esa manera en su mente enferma tenía pruebas contra mí.

Ahí ya me asusté del todo, ¿Pero qué pretendía hacer conmigo? Quería que me quitaran la niña, que me internaran supongo para que yo perdiera el trabajo y no pudiera pagar el piso, desarmarme para que así yo claudicara y me fuera a Gerona con él, ¿Retorcido? Pues sí, pero así era Robe.

Aquel día infernal no había terminado todavía para mí, intentó entrar en la habitación de Ariadna, encendiendo la luz, gritando y diciéndole que yo era una mala madre, luego no teniendo bastante con tenernos a las dos abrazadas muertas de miedo llorando, empezó a gritar barbaridades sobre mis dotes como madre para que todo el vecindario se enterara.

Cuando conseguí que dejara en paz a Ari, y todo pareció calmarse, fingí que me estaba quedando dormida en el sofá para que me dejara en paz. Se acercaba, me miraba, soltaba un insulto y me dejaba dormir durante cinco minutos, cuando se pensaba que me había dormido volvía a soltar otra remesa de insultos, estuvo así toda la noche, cuando ya me vencía el sueño y veía que no le hacía ni caso, abría y bajaba las persianas del comedor con fuerza, sabía que yo reaccionaba cuando las cosas de mi casa no se cuidaban. Entre otras cosas, porque el piso era de alquiler, si algo rompía lo tenía que reponer yo, y mi

economía estaba cada vez más resentida.

Cuando sonó el despertador a las siete para irme a trabajar, yo no había dormido en toda la noche, tenía un dolor de cabeza increíble y llevaba los ojos hinchados de tanto llorar. Me fui al lavabo a arreglarme y a lavarme el pelo, me persiguió hasta allí y empezó otra vez con los insultos.

—Puta que eres una puta, que no sé qué hago contigo, que me das asco, eres un asco de persona, he estado con mejores mujeres que tú, no sé en qué hora acabé contigo, me das asco pedazo de perra, tú y la mongola de tu hija, que es una mongola, encima tú no vales nada como madre, eres igual que ella, eres igual que mi madre.

Yo, ya ni le contestaba, lo ignoraba, seguí a mi rollo como si nadie me insultara, como si Robe no estuviera, aunque la cosa estaba difícil, gritaba como un energúmeno.

Cuando estuvimos preparadas Ari y yo, nos dispusimos a marcharnos, tuve el instinto de buscar en mi bolso mi tarjeta o algo de dinero porque siempre me lo registraba y me lo quitaba todo. No había dinero, y mi tarjeta tampoco estaba. La vi por casualidad desde lejos, asomaba por debajo de la tele y la cogí sin decirle nada a él. Me fui de casa sin despedirme de Robe. Cuando pasé con el coche lo vi asomarse a la ventana de la cocina.

A mediodía cuando fui a comer me lo encontré en calcetines en la calle hablando con una vecina. Llevaba una cogorza monumental, y no solo parecía alcohol lo que se había metido entre pecho y espalda.

Tenía la mirada perdida y su mandíbula tenía vida propia. Cuando me vio y le dije que entrara en casa se me puso farruco, pero entró conmigo. Le pregunté por las sustancias que se había metido, de donde las había sacado y también por un dato clave, ¿Cómo las había pagado? Al parecer me había cogido veinte euros que yo tenía en la cartera, según él, le habían regalado heroína y la esnifó. También me explicó a duras penas una pelea con unos gitanos, ¿Verdad o fantasía? Quien sabe, la cuestión es que yo no quise acercarme mucho a Robe, temía que le diera un arrebato y arremetiera nuevamente contra mí. No comí, estaba tan nerviosa que la comida no me entraba. Robe permanecía en la cocina sentado en el suelo a lo indio, estaba insultando a alguien o a algo. Me dirigí a su escondrijo y ahí estaba hablando con la pared, sí, con las baldosas de la cocina. Las insultaba y las llamaba «Elisa».

—Robe, ¿Con quién hablas? —pregunté.

Se giró me miró con los ojos como platos y respondió con una

pregunta.

—¿Tú que haces ahí si estás aquí delante de mí?

—No, no, llevo aquí un buen rato y no me he movido.

—Me quieres volver loco —lloriqueó.

Me fui preocupada a trabajar, lo vi muy mal y temía que le pasara como aquel día que se atiborró de pastillas y alcohol; se quedó tan dormido que ni zarandeándolo despertaba. Ese día pensé que se había quedado en coma o se había muerto.

Cuando terminé mi jornada me dirigí a casa con toda la prisa que me fue posible, Robe estaba tumbado en el comedor, había puesto un colchón en el suelo y ahí estaba durmiendo la mona.

CAPÍTULO 14

Poco a poco el verano dio paso al otoño, y de la misma manera que caían las hojas caían por su propio peso mis razones para seguir con Robe. Quería dejarlo, terminar de una vez con esa relación que no iba a ninguna parte. Intentaba poner en una balanza las cosas buenas y las malas de todo el tiempo que habíamos estado juntos, intentaba buscar razones para pensar que yo estaba exagerando, que en realidad Robe era un pobre chico con buena intención al que las cosas no le salían nunca bien. Qué estaba castigado por la vida y por eso reaccionaba así conmigo cuando bebía. Podría decir, Robe me llevaba el desayuno a la cama, era muy cariñoso conmigo, me abrazaba y besaba con cariño, me preguntaba «¿Qué me has hecho?», esa típica frase que siempre sale en los libros cuando el tío raro de turno se enamora de la chica que lo hace cambiar, Robe me llevaba el desayuno a la cama, se le podía perdonar todo por que como he dicho me llevaba el desayuno a la cama. Pero si no me comía el desayuno que me preparaba se enfadaba conmigo, me insultaba y me gritaba. Me hacía cosas que no me gustaban para desayunar, lo siento odio las tostadas con mantequilla y mermelada, con mermelada aún tienen un pase, pero la mantequilla me da arcadas, pues por mucho que le dijera que no me gustaban me las volvía a preparar, quizás lo hacía para tener ración de gritos mañaneros. Odio la leche caliente con cacao soluble, a mí que me den mi Neskuik fresquito de toda la vida, pues ale, la leche caliente, una y otra vez. Quizás se puede llegar a la conclusión de que soy una caprichosa y una desagradecida; puede ser, pero cuando se lleva un tiempo con una persona se saben sus gustos, si esa persona a la que le has hecho un desayuno que no le gusta se disculpa contigo e intenta comerse todo lo que pueda, no tienes porqué llamarla de todo menos bonita.

También me llenaba la pitillera de cigarros liados para que tuviera

tabaco para el trabajo, pero luego los mecheros volaban, y los cigarros acababan aplastados en mi cara cuando le venía en gana.

A principios de noviembre me operaron de la muela de juicio, le pedí a Robe que me acompañara pero me dijo que no, que se iba a trabajar. Robe llevaba unas semanas trabajando para una familia gitana, haciendo pequeñas reparaciones en la casa de éstos. Al principio le daban cuarenta euros al día, me daba el dinero para que comprara comida, pero igual que me lo daba me lo pedía a los diez minutos, luego me echaba en cara que me lo había dado. Más tarde y según él, solo le daban diez euros al día, pero venía colocado, bebido y tarde. Un día ya no le habían pagado, pero llegó a casa con un vecino y compañero de trabajo. Se metieron los dos una raya en mi cocina, luego Robe no encontraba el billete que había utilizado y se fue a buscar al vecino para acusarle de habérselo quedado. El billete estaba en el cubo de la basura.

Robe no había ido a trabajar en cuatro días, según él se encontraba mal, pero aunque yo hacía ver que lo creía, se le veía demasiado el plumero, madrugar no era lo suyo. El día de la operación me acompañó mi madre. No pasé un buen rato, ya que me dijeron que en un cuarto de hora estaría lista y la cosa se alargó cerca de tres horas porque tenía la muela a trocitos.

Me quedé en casa de mis padres hasta las cinco de la tarde aproximadamente. Cuando llegué a mi casa Robe no estaba; pero unos minutos después llamó al timbre y entró como un energúmeno echándome en cara que había llegado a casa cansado y no había podido entrar porque no tenía llaves. Se le habían olvidado ¿Era culpa mía? No, está claro pero para «Roberto» no había excusa válida, porque era el mismísimo diablo, era el que mandaba y punto.

Me dijo que fuese con él a casa de un vecino que se iba de vacaciones para que nos despidiéramos, yo no me encontraba muy bien porque la anestesia estaba dejando de hacer efecto pero lo acompañé.

Cuando llevaba unos minutos en casa de Pau, un vecino del que nos habíamos hecho buenos amigos y que solo venía a pasar los fines de semana a la urbanización me disculpé con los dos y les dije que me iba a casa a tumbarme un rato. Robe me dijo que estaba exagerando, pero Pau le dijo que dejara que me fuera, que sabía por experiencia que eso dolía mucho. Agradecí su intervención con una mirada cómplice.

Me tumbé en mi cama y me puse el termómetro, me estaba subiendo la fiebre. Intenté dormir y cuando casi lo había conseguido

Robe entró en la habitación vociferando.

—¡Joder ahora nos tenemos que quedar aquí, yo quiero ir a tomar algo! —gritó arrastrando la voz.

—Robe no puedo me encuentro mal y tengo fiebre, ve tú por favor —supliqué.

—De verdad que asco de persona, levántate de ahí, he estado peor que tú y no me he quejado tanto.

—Yo ni me estoy quejando, solo quiero dormir un rato.

—¡Qué te levantes! Ya luego te tumbas, si eso no es nada, si te quedas en casa es peor.

Consiguió que me levantara, por no discutir, por no quejarme y que me repitiera que era una exagerada. Nos fuimos a tomar algo a un bar, yo a duras penas podía beber nada y me pedí un Cacaolat frío. Él se pidió una cerveza, luego otra y luego otra. Yo me encontraba fatal, solo quería llegar a casa, y le pedí por favor que nos fuésemos. Robe aceptó, pero previo paso por caja a pagar las cervezas que se había tomado esa tarde mientras esperaba que yo llegara de casa de mis padres; para eso insistía tanto en que lo acompañara, en que me levantara de la cama, puto interesado de mierda.

Una vez en casa me aguó la noche, la fiebre, el dolor, Robe gritando, ansiedad mucha ansiedad, tristeza, escapar… quería escapar.

—¡Cuento, solo tienes cuento! —repetía sin parar.

No aguantaba más y me fui a la calle a dar una vuelta, llovía, pero me daba igual, el agua no podía empaparme el alma, mi alma que estaba prácticamente K.O. Lloré, Dios como lloré y mis lágrimas se fusionaron con la lluvia.

Al día siguiente Robe me colmó de atenciones, me dejó estar toda la mañana en la cama, ya que él también había decidido que él tampoco se iba a levantar. Luego me preparó una sopa que me sentó genial. Yo no entendía nada, pero agradecía las atenciones ya que las necesitaba. Permanecimos toda la mañana abrazados; Robe estaba melancólico. Por la tarde salimos a la terraza y nos sentamos un rato ya que hacía buen tiempo. Robe quería decirme algo, su expresión era triste.

—Qué asco, no tenemos dinero para arreglar el jardín, ni para comprar muebles, ni para nada —se lamentó.

—No pasa nada, dale tiempo al tiempo y la cosa irá mejorando — Intenté consolarlo sin creerme lo que decía.

—No va a haber ese tiempo, ya lo verás —dijo en tono misterioso.

—¿Por qué dices eso? —pregunté con curiosidad.

—Porque va a pasar algo, algo que hará que nos alejemos, algo muy malo.

—¡Jajajajaja! —reí — ¿Pero qué crees que puede pasar?

—Algo malo ya te lo he dicho, además, tú vivirás con otro tío, que será un ejecutivo, conducirá un BMW y usará traje.

—Estás flipando —Pensé que definitivamente Robe estaba como una regadera, o se había metido a pitonisa barata.

—Deberías meter a tu hija en un centro.

—¿Otra vez con lo mismo? No voy a meter a Ari en un centro, no sé cómo decírtelo ya, mi niña solo tiene trece años me muero cuando pienso en ella solita en un centro.

—¡Anda ya! Qué le va a pasar, que se la quede su padre.

Lo miré con desaprobación y me metí en casa.

A partir de ese día me estuvo torturando a diario con lo de meter a mi hija en un centro. Cuando Robe se acercaba a Ariadna ésta lloraba desconsolada, le tenía miedo, Ari no es tonta. Yo le decía a Robe que no, que ni de coña iba a meter a mi hija en un centro, pero a él le daba igual y volvía a las andadas.

Una mañana en el trabajo, después de haber tenido una pelea la noche anterior por este tema y haber aguantado insultos por parte de Robe, le escribí un e-mail con un ultimátum.

De: Elisa Vera

Para: Robe Santana

16 de noviembre de 2010 11:39

¿Qué te escribo para que me comprendas? todo te parece una tontería y una comida de coco… ya no sé qué hacer contigo, intento animarte, ayudarte, ya no sé qué intentar, se me están acabando las fuerzas e intento recordar porque te quiero, pero cada vez mi recuerdo está más lejano. Me pregunto ¿Qué habré hecho en otra vida para que esta sea tan perra? Quizás tú te preguntas lo mismo cada día; pero el vivirla, el plantarle cara cada día me hace coger fuerzas. Muchas veces me he hundido pero más me he levantado. Tú debes levantarte, te has encerrado en ti mismo pensando que no tienes nada ni a nadie, no quieres ser querido ni quieres querer. Y te vas hundiendo en tu propio agujero, echando de tu vida a zarpazos a quien te quiere bien. Quizás yo no sea una santa, es evidente que no lo soy,

pero tengo claro que yo contigo me he portado bien, y con ello no me refiero a lo que tú malpiensas por error sino a que he sido buena persona que no he ido a hacer daño, que siempre he intentado estar ahí, y que he sido leal contigo, de eso estoy orgullosa. En mi cabeza no hay ni un solo motivo que me haga remorder la conciencia, nada que me haga sentir mal ¿Y en la tuya? No se puede sembrar el caos y el pánico en dos personas de esa manera, mi hija no es un animal; es una persona con una discapacidad ¿Qué esperas de ella? ¿Que sea Einstein? Pues no, es Ariadna con sus defectos y sus virtudes y la quiero más que a mi propia vida ¿Y yo? me utilizas de saco de boxeador cada vez que tienes rabia acumulada; la sueltas conmigo, con lo más horrible que se te ocurre para hacerme daño, con tu cara de desquiciado, tu actitud de niño caprichoso y de siempre decir «conmigo no tuvieron consideración» ¿Pero quién? Eh… yo no he tenido nada que ver con tu vida pasada, ni soy un Mosso d'Esquadra, ni una puta, ni tu madre, ni tu padre, ni tu hermano, ni tu ex, ni nadie de tu pasado y no tengo la culpa de nada... ¿Me entiendes? de nada. Y estoy pagando toda la mierda de los demás ¿Y dices que tu situación a mí no me afecta? mucho más que a ti porque yo te utilizo de consejero, de paño de lágrimas como podría decirse, pero tú reflejas tu rabia hacia los demás en mi... y eso... sinceramente me está destrozando. Y no puedo más Robe. Me prometes cosas, que dejarás de beber, que irás al psicólogo, que no volverá a pasar, que lo intentarás..., pero no; solo son palabras, no veo cambios, solo desprecio hacia mí ... odio ... mentiras hacia mí, porque dices muchas cosas de mí cuando te pones así que no tienen nada que ver conmigo. ¿Qué hago eh? A mi hija no la voy a meter en un centro, porque no y punto. ¡ES mi hija!!!!! Le pese a quien le pese. Además lo tuyo no se arregla ni así ni con trabajo... tienes un problema, tiene que ver con la personalidad y deberías mirarte. Pareces dos personas y yo solo quiero a una de ellas, al que creo que eres tú... pero es que ya no sé quién eres Robe últimamente veo más al otro, al que me da miedo, y vivo mal, ¿Dónde estás tú? ¿Eras el que a media noche me acariciaba?, ¿Eras ese?, ¿El que esta mañana me decía cariño?, ¿Ese eras tú?, a ese quiero... no al que me dice que soy una puta, una guarra, una zorra, que soy una interesada, que te tengo encerrado, que soy una mongola... a ese... sinceramente no lo quiero, es más le tengo asco y odio, y no quiero que se me acerque. Si ese personaje va a seguir interponiendo en lo nuestro, lucha con él y véncelo porque si no seguirás con él toda tu vida, pero solo; porque te tiene absorbido. Espero que no veas esto como tonterías, te lo estoy escribiendo de corazón, son mis sentimientos, es la verdad lo que está en mi cabeza... espero que quien lo lea sea Robe y no el otro que no me gusta. Si se diera el caso que lo leyeras tú, el que insulta, me da igual lo que pienses.

Un rato después de habérselo enviado recibí un mensaje

instantáneo de él. Estaba enfadado porque yo le había escrito en mi e-mail que él necesitaba un psicólogo, lo demás, no le dio ni frio ni calor, total, perder el tiempo escribiendo tanto para nada, para solo conseguir que se enfadase más. Esa misma noche volvió a aparecer «Roberto».

CAPÍTULO 15

19 de noviembre de 2010

«Dios mío, no puedo más, tú sabes que mi relación contigo es interesada, que paso de iglesias, que no creo en nada, que soy atea, pero cuando de verdad he estado mal y he acudido a ti por alguna razón siempre se ha solucionado todo, no sé si existes o no, pero te necesito. Si la relación con Robe es dañina para mí, si esto va a acabar como el rosario de la Aurora, no lo demores más, que pase ya lo que tenga que pasar, échalo de mi vida».

Conducía por la carretera de Bellisens, estaba lloviendo y yo iba rezando, sí, una atea rezando; pero tal era mi desesperación que era la única vía para explicar lo que me estaba pasando; nadie de mi familia lo sabía, ni siquiera mi hermana Iria a quien siempre le contaba todas mis historias, no quería preocuparlos, no quería que volvieran a sufrir como cuando me separé del padre de Ariadna y fui cayendo poco a poco en un abismo sin saber que todavía se podía caer más bajo.

A esas alturas de la película yo ya estaba prácticamente K.O. Pesaba cuarenta y nueve kilos, que con mi metro setenta de altura tal parecía que hacía oposiciones para ser anoréxica. Se me caía el pelo y temía quedarme como un arbolito en otoño. Toda la ropa me quedaba grande y mi cara era el reflejo de mi situación, era una versión escuchimizada de mí misma, un clon defectuoso que no tenía sonrisa, vamos, lo que se dice "una piltrafilla".

Ese día no llevaba ni un euro en el bolsillo, yo no sé si era mejor rezar para que Dios alejara a semejante personaje de mí o para que mi coche no se quedara sin gasolina, porque tenía todas las papeletas para que pasara lo segundo, pero no pasó por suerte. Le pedí un anticipo a mi jefe y después de la bronca que ello conllevaba me lo dio.

Ese día no quise ir a comer a casa, me quedé hasta las seis de la tarde en la oficina nueve horas sin parar, ni siquiera comí, eso sí, liquidé todo el paquete de tabaco de mi jefe.

No avisé a Robe de que no iría a comer, entre otras cosas porque

me habían cortado el teléfono y con ello internet. Robe no tenía móvil ya que lo había estrellado, por lo que se quedó sin saber nada de mí en todo el día, pero me daba igual.

No fui directamente a casa, primero pasé por el supermercado para comprar comida, luego por el estanco a por tabaco, previamente había puesto gasolina a mi coche, todo ello para asegurar al menos una semana sin tener que reponer ninguna de esas cosas. Me quedé con un poquito de dinero para imprevistos, y decidí que no le iba a decir a Robe la verdad de cuanto tenía, viendo todo lo que había comprado me dejaría en paz, lo sé, era una ilusa.

Cuando llegué a casa Robe se estaba duchando. Al entrar en casa oí sus gritos llamándome, me acerqué al cuarto de baño y cuando vi su expresión me resigné a llevarme la bronca de mi vida.

—¿Se puede saber dónde has estado hasta ahora? —preguntó sin dejar de gritar.

—Lo siento Robe me he tenido que quedar a medio día a trabajar —mentí, me había quedado yo porque me salía de la pepitilla.

—¡Pero de trabajar has terminado a las seis y mira la hora que es!

—Es que he ido a comprar y a poner gasolina.

—¿Y porque no has pasado a buscarme?, yo también quería ir a comprar —dijo bajando el tono.

Pues porque tú te haces la ruta del vino, pensé.

—Porque tenía ganas ya de llegar a casa y esa era la manera más rápida.

—¿Por qué lo dices?

—Porque siempre que vienes a comprar conmigo quieres parar antes a tomar algo y al final nos dan las uvas y no compramos.

—Es que ya decía yo, de verdad Elisa que asco de persona, llevo aquí todo el día encerrado, ¿Qué de malo hay en qué quiera ir a tomar algo? —añadió en un tono a medias entre despectivo y lastimero.

—Porque no tenemos dinero, no podemos ir malgastando lo poco que tenemos en el bar, para eso compramos lo que sea en el supermercado y te lo bebes aquí.

—¿Cuántas cervezas me has comprado? —preguntó sabiendo que no le iba a gustar la respuesta.

—Dos latas —respondí con seguridad, fingida, pero seguridad al fin y al cabo.

—¿Solo dos? —volvió a gritar— ¿Y qué hago yo con eso?

—Robe que es mejor que no bebas, que cada día tenemos pelea nocturna y ya no puedo más joder.

—De verdad, cada día me recuerdas más a mi madre.

En los siguientes minutos no volvimos a hablar, yo me dediqué a poner la comida en la nevera mientras Robe terminaba de arreglarse.

Robe entró en la cocina y con expresión divertida me dijo.

—Vámonos a tomar algo cariño —Cambió de registro

—Porfa, porfa, porfa… —suplicó mimoso.

Perdón, estoy saliendo con un bebé, pensé. Pero como soy así de ñoña y fácil de convencer, le dije que sí.

—Pero solo una cosa —añadí en tono más de madre que de novia.

Al final no fue solo una cosa, como yo todavía tenía puntos por la operación de la muela de juicio, no bebí alcohol. Me pedí una naranjada, él se pidió una cerveza de doble malta. Cuando salimos del bar suplicó otra vez en plan niño ir a otro, y dijo que sería la penúltima; ya que él tenía por costumbre comentar que nunca se decía que era la última. Al final volvió a convencer a la petarda de Elisa, sí, era para darme cabezazos en la pared por tonta. Yo me pedí un Cacaolat, él se pidió otra cerveza de doble malta y le hizo un ademán al dueño del bar para que se acercara a nuestra mesa.

—Cuando puedas hazme la cuenta campeón —dijo queriendo aparentar más confianza que la que realmente había con el dueño del bar.

Yo en ese momento pensaba que se refería a la cuenta de esa tarde, pensé, perfecto hoy nos vamos a casa sin problemas, pero no, al momento apareció el hombre en nuestra mesa con unos cuantos tickets que sumaban veinte euros.

Abrí los ojos como platos y expresé mi enfado sin gritar, sin montar el numerito, pero con firmeza.

—Joder Robe, esto no me lo puedes hacer, que no puedo estar pidiendo anticipos cada dos por tres. ¿Ahora qué hago eh? Que me he quedado un poquito de dinero para pasar estos días, si pago esto me quedo prácticamente sin nada —le intenté explicar a sabiendas de que se lo iba a pasar por el forro.

Total que tuve que pagar el cuentón, y las cervezas que vinieron después. De repente a Robe se le encendió una lucecita y quería

fumarse un porro. Me convenció para que nos pasáramos por casa de algunos amigos que sabía que fumaban habitualmente, pero por suerte no había nadie y yo pensé para mí, joder que bien nos vamos a casa, solo me quedan dos euros, con eso poco puede hacer éste, pero me equivoqué, «pa variar».

Llegamos a casa, me puse a hacer unos tortellini con tomate para cenar. Robe me dijo que salía un momento a ver si un vecino de la urbanización le quería dar un poco de chocolate para hacerse el dichoso porro. Me pidió los dos euros para invitarlo a un quinto, se los di y pensé ¿Que va a hacer con esto? Si solo puede tomarse uno para él y no llega para los dos, pero bueno, se lo di para que se fuese un rato, necesitaba tranquilidad, un rato para mí, Robe me desgastaba, cuando «aguantas» a tu pareja mejor cortar por lo sano esa relación ¿Pero cómo podía hacerlo? Tenía miedo a la reacción de Robe y a la vez me daba pena dejarlo en la calle, por lo que aunque sabía de sobras que él no cambiaría jamás, intentaba sobrellevar mi situación, pero ya no podía más, había llegado a un punto en el que todo me daba igual, en el que me resignaba a vivir así para siempre y me imaginaba a mí misma unos años después, sin dientes, viviendo en Gerona, sin trabajo, sin ver a mi hija y a mi familia, me imaginé siendo la sombra de lo que en su día fui, de hecho ya lo era.

Devoré los tortellini y guardé un plato para Robe, de repente oí abrirse la puerta. Robe me saludo cariñosamente y me dijo que se había tomado unos quintos con el vecino, pero que éste no tenía chocolate, por lo que al final se había quedado sin fumar. Le calenté la comida pero me dijo que no quería, le pregunté si le importaba que me los comiera yo, estaba hambrienta, me contestó con un «sí cariño cómetelos tú, que yo no tengo hambre». Su tono era meloso, cariñoso, nada hacía presagiar lo que pasó un rato después.

—¿Por qué me has comprado solo dos cervezas? —preguntó arrastrando la voz

Mierda, ya ha hecho el «click»

—Ya te lo he dicho antes, mejor que no bebas más, va, vamos a dormir —añadí en tono conciliador.

—¡A dormir! ¡A dormir dice! Yo contigo no quiero dormir, porque eres un asco de persona, ni siquiera vales para follar, la Menchu follaba mejor que tú.

En ese momento recordé la táctica de hacía solo unos días, el decirle a todo que sí y no darle importancia a las tonterías que decía cuando estaba borracho, incluso reírme de ellas, así lo había vencido días atrás, ese día había dormido tranquila sin bronca nocturna, por lo

que empecé a decir.

—Que sí, ¡Jajaja! No se follar ya lo sé.

—Si tú eres una zorra y una puta —añadió en tono despectivo.

—Sí, soy una zorra y una puta, me he tirado a medio Vila-Seca, o mejor a toda Vila-Seca, soy una zorra, soy una zorra —dije cantando.

Me voy a dormir al sofá, yo contigo no me acuesto que me das asco, no eres una mujer y yo quiero una mujer.

Perfecto, pensé, le he vencido; dormirá la mona y me dejará a mí dormir en paz.

Puse la tele y me quedé viendo una serie que me gustaba durante unos minutos, los suficientes para que Robe entrara en la habitación hecho un energúmeno arrancara el cable de la antena y me dejara sin televisión.

No le hice caso, me tumbé, cerré la luz y me puse a dormir. Dos minutos después Robe entró a la habitación volvió a conectar la antena, se metió en la cama y dijo.

—Vengo aquí porque estoy cansado y en el sofá no se duerme bien, no porque quiera estar contigo, tú me das asco, por lo que mejor que te vayas tú al sofá —Usó un tono de superioridad para decir esto.

No contesté, me incorporé para ver la televisión nuevamente e ignoré sus palabras.

Teníamos una perra y él sabía que yo no soportaba que la metiera en la cama. La llamó y la hizo subir como otras veces había hecho, sabía que yo reaccionaría.

—Por favor, baja a la perra de la cama —añadí en tono comedido y educado.

—Es que me amargas, estás como una cabra, eres tú más perra que la perra, eres más animal que los animales, eres una mongola como tu hija la mongola.

—Mira basta ya, por favor baja a la perra de la cama.

Robe cogió a la perra y la lanzó por encima de la cama y fue a dar con el ventanal que daba a la terraza, la perrita soltó un alarido de dolor y salió corriendo de la habitación.

—¿Estás contenta?

Yo estaba horrorizada, no dije nada, pero mi mirada fue suficiente para que él se hinchara de placer porque había conseguido meterme el

miedo en el cuerpo; aun así todavía no estaba satisfecho del todo.

En la tele empezó un programa en el que se mostraba el día a día de la policía con casos reales. Yo miraba la tele aparentando interés, en realidad estaba viendo la tele sin verla, solo haciendo el paripé para quitar hierro a lo que estaba pasando.

—Puta mierda policías que me jodieron la vida, con un cuchillo les quitaba yo la vida a todos, hijos de puta, todos muertos —dijo dirigiéndose a mí.

Yo seguía sin emitir sonido alguno.

—A estos los pillaba yo por banda y los mataba uno a uno, por hijos de puta.

Tengo un problema, y ese problema se llama risa nerviosa, aparece a veces en momentos en los que no tendría que aparecer, y ese día fue uno de ellos; aunque yo intenté que pareciera que me reía de verdad por lo que había dicho Robe, pero yo me reía porque tenía miedo, porque me helaban la sangre sus palabras, porque me daba cuenta de que eran las palabras de un psicópata, y ya no solo por lo que decía si no por como lo decía, con ese punto de no estar controlando la situación, con esa manera de hablar curtida en la cárcel, no bromeaba, aunque nunca pusiera una mano encima a ningún policía, estoy segura de que no estaba bromeando en absoluto.

Se me escapó una risita nerviosa de las mías, cada vez más fuerte, Robe me miraba fijamente, por un momento pensé que se iba a reír también, pero su cara cambió, abrió los ojos como platos y me gritó.

—¿Te estás riendo de mí, perra? ¿De mí no se ríe nadie me oyes?

Y yo seguía riendo, no podía parar, intentaba decirle que no, que era un acto reflejo, que en realidad le tenía miedo, pero no podía decirle eso, a Roberto no, por lo que me tragué mis palabras y seguí riéndome. De repente sentí un golpe en un costado, un golpe al que le siguieron una serie de patadas, Robe me tiró de la cama, se acercó a mí y empezó a pegarme puñetazos en la cabeza, alternándolos con patadas en la espalda, luego me agarró del pelo y me tiró hasta que solté un grito de dolor.

Cuando se cansó de golpearme me quedé en el suelo llorando, no podía articular palabra.

Robe se alejó de mí, cogió un cigarro, se lo encendió y tiró el mechero con intenciones de darme a mí, pero no acertó y el mechero impactó en la pared.

—¿Ves lo que me has hecho hacer? —dijo a modo psicópata.

Yo seguía sin hablar.

—Las muñequitas como tú sois las peores, provocáis hasta que uno pierde los papeles y luego la cosa acaba como acaba, ya me lo decía mi padre, si quieres saber cómo es una mujer hazle daño y así sabrás a quien tienes delante.

«¿Qué había pasado?, Me había puesto la mano encima y esta vez de verdad, ¿Me había pegado una paliza o yo me lo estaba imaginando? Joder, ¿Qué hago? Se ha metido en el despacho, yo creo que me dejará tranquila por hoy, me espero hasta que sean las ocho de la mañana y hago ver que voy al curso de soldadura, lo voy a denunciar, tengo que hacerlo, tengo que sacar a Robe de mi vida antes de que acabe conmigo. Mierda, está tirando cosas, Dios ¿Que está haciendo? A la mierda me voy ya, tengo que salir de aquí»

Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza que se había transformado en una olla express, oía a Robe tirar cosas en el despacho, parecía que estaba tirando los muebles, rompiéndolos o algo peor. Sin dudarlo más me vestí y cogí las llaves del coche, cuando salía por la puerta de casa caí en la cuenta de que no llevaba tabaco, y lo necesitaba, no tenía dinero por lo que no podía comprar, así que cuando volví sobre mis pasos vi volar la lata de tabaco y estrellarse en el suelo del pasillo.

Recogí el tabaco del suelo y me llevaba la lata entera cuando robe me abordó por el pasillo cortándome el paso.

—No se te ocurra volver a tocarme —dije temblorosa y llorando.

—¿Qué no te toque?, ¿Qué no te toque? —preguntó despectivamente.

Lo próximo que noté fue un dolor agudo en una ceja, Robe me propinó un cabezazo.

Intenté seguir mi camino para salir de casa pero Robe volvió a cortarme el paso en la salida.

—¿A dónde vas? —preguntó amenazante.

—A casa de mis padres —mentí.

—Tú no vas a casa de tus padres y lo sabes —me pilló.

—Sí que voy allí, necesito tranquilizarme así que por favor déjame salir —Intentaba mantener la calma pero no podía.

Forcejeó conmigo y me quitó las llaves del coche retorciéndome el brazo.

—Tú no vas a ningún sitio, además voy a coger tu coche, me lo voy a llevar al Serrallo y ahí lo estrellaré, lo tiraré al agua y lo hundiré.

—¡Mi coche no por favor!, dame las llaves.

—Y una mierda te voy a dar.

—¡Dame las puñeteras llaves de mi coche! —y lo dije en un tono tan firme que me las dio sin rechistar.

Salí de casa, guardé la compostura hasta que salí del portal, corrí escaleras abajo hacia el parking, me metí en el coche y a diferencia de todas las películas donde el coche no arranca nunca a la primera, mi coche estaba hecho de buena pasta y arrancó «bien hecho cochecito mío». Lo malo fue salir del parking que aunque era ancho tenía un pilar en frente al que había que esquivar y con los nervios que me gastaba era una tarea casi imposible no rozar el coche.

Al final batallando con la dirección conseguí salir de la plaza de aparcamiento, pero al terminar de subir la cuesta que daba paso a la calle, unas manos golpearon la ventanilla del coche, era Robe, mirándome fijamente y negando con la cara. Intentó abrir la puerta, pero yo había cerrado todo el coche, articuló un «abre» con la boca, negué con la cara.

Se dirigió a la parte delantera del coche y apoyó las palmas de sus manos en el capó.

—¡Quita de ahí! —grité pero no se movió del sitio, solo giró la cabeza de un lado al otro a modo de negación

—¡Qué te quites de en medio coño! —volvió a negar con la cabeza pero permaneció inmóvil.

Entonces fue cuando grité tan fuerte que perdí la voz durante una semana.

—¡¡Fuera, Fuera, fuera de aquí, quítate de en medio que no quiero verte más, que estoy harta de tu comportamiento de niño mimado, que no aguanto que te pases todo el puto día abriendo cervezas sin dar palo al agua, que estoy harta de mantenerte vago de mierda, fuera, fuera, fuera que ya no te quiero, que no te aguanto, que me das miedo y no quiero vivir así, quiero que te vayas de mi casa, fuera!!

Como no se movió del sitio toqué el claxon repetidamente, entonces ante el temor que alguien lo viera se apartó. Aceleré y no lo atropellé de milagro. Conduje todo lo lejos que pude de mi casa hasta que necesité pararme, tenía que digerir todo lo que había pasado y era demasiado pesado de digerir. Recordé todo lo acontecido esa noche y ni corta ni perezosa llamé a los Mossos d'Esquadra.

CAPÍTULO 16

Cuando llegué a casa eran las cinco de la mañana, no iba a poder dormir, eso seguro; por lo que decidí arreglar el despacho porque Robe lo tenía hecho una verdadera pocilga. No me anduve con miramientos, cogí una bolsa de basura industrial y metí en ella prácticamente todo lo que había en el escritorio; a decir verdad más que un escritorio era un gran tablón con unos caballetes y aunque se limpiaba asiduamente, Robe lo ensuciaba en un abrir y cerrar de ojos con platos sucios, colillas por doquier, ceniza, envoltorios de comida, latas de cerveza, etc…

Cuando dejé el escritorio limpio me metí en la cama, tenía miedo, mucho miedo. Sabía que Robe estaba en el calabozo, y que estaba a unos cuantos kilómetros, pero aun así estaba acojonada. Imaginaba a Robe abriendo la persiana por fuera y colándose en casa, también imaginaba que abría la puerta con el cuello recortado de una botella de Coca-Cola. Mi mente retorcida y paranoica me estaba jugando malas pasadas. Me puse a repasar mentalmente la noche. Cuando los Mossos llegaron a donde les indiqué que estaba yo, me encontraron nerviosa, llorando y con la ceja hinchada. Les expliqué lo que había pasado y me acompañaron al médico de guardia. Esa noche había una doctora, me preguntó por lo que había pasado. Le expliqué lo ocurrido y luego le dije.

—Él solo es así cuando bebe, si está sobrio no hace lo que ha hecho esta noche conmigo.

—Siento contradecirte, pero no; si su comportamiento es agresivo estando ebrio es muy probable que sobrio se esté conteniendo —me explicó la doctora con firmeza.

—Cuando le explico lo que ha pasado después de una borrachera nunca se acuerda de nada —añadí inocente.

—Sí se acuerda, claro que se acuerda, hazte un favor a ti misma, deja a ese hijo de puta.

Luego tuve que ir a comisaria a denunciar, declaré todo tal y como había ocurrido, con las mismas palabras, los mismos hechos, todavía los tenía tan presentes que casi podía verlo al mismo tiempo que lo contaba como si fuese una película.

Pedí desde un principio protección y alejamiento. El juicio se celebró el lunes, Robe fue condenado a pagarme sesenta euros, a no llevar armas y a alejarse de mi durante dieciocho meses.

Lo vi el día del juicio, con la misma ropa que llevaba el día de la agresión y más barba por haber estado encerrado.

Durante el juicio, que fue un juicio rápido; me dieron la versión de Robe que distaba mucho de la realidad.

Al parecer yo estaba muy irritable por mi reciente operación de la muela de juicio. Bebí más de lo normal al igual que él y nos peleamos, él me dijo que yo estaba como una cabra y ya está, él no me había pegado y claro tampoco me había insultado. El morado de la ceja y la abrasión en un costado de la espalda me lo había hecho yo sola por ahí, porque él no había sido. Según él, no vivía conmigo, vivía con su madre (de quién recordemos tenía orden de alejamiento) y estaba esperando que le llamaran para trabajar en Madrid. Dijo que él solo venía a mi casa esporádicamente.

Me quedé de piedra al oír su versión, yo la tonta de turno que siempre decía la verdad y hasta la cagaba por ello, yo la petarda que pensaba que todo el mundo era bueno hasta que se demostrara lo contrario, yo que estaba segura de que él aceptaría los hechos, pero no fue así. Por suerte para mí, Robe había admitido a los Mossos que me había agredido física y verbalmente en el momento que lo detuvieron.

Al retractarse el día del juicio y dar dos versiones distintas no lo creyeron, en la sentencia recalcaron que por la versión persistente y coherente de la denunciante, a quien creían era a la persona que había dicho la verdad, y esa persona era yo.

Habrá que dar la razón a quien dijo que las mentiras tienen las patas muy cortas porque a Robe no le duraron ni un asalto. Lo bueno de decir la verdad es que todo conecta, todo tiene una explicación y un porqué. Pero la mentira, la mentira no la sabe llevar cualquiera, Robe era un maestro de la ficción y del camelo barato; insistía tanto en su versión que hasta él mismo se lo creía, siempre contaba las mismas cosas de la misma manera, pero, por muy maestro que fuese, al final de algún modo se acaba metiendo la pata, sobre todo si no

esperas que te vengan a detener en medio de la noche.

CAPÍTULO 17

Los días pasaron y empezó para mí una especie de nueva etapa. Robe puso «quiero recuperar lo que tenía con una chica» en el estado del Messenger, pero yo lo bloqueé en todas partes a fin de que no intentara comunicarse conmigo.

Los primeros días fueron duros, me debatía entre la culpa, el duelo, el síndrome de Estocolmo, la rabia, el seré tonta y varios temas más. Tenía momentos de seguridad en los que pensaba que había hecho lo mejor, lo más inteligente y luego tenía bajones muy fuertes, en los que me faltaba poco para coger el coche y salir a buscar a Robe y volver con él.

Mi hermana Iria me llamó, mi madre nos iba a comprar ropa a las dos, íbamos a hacer de «Pretty Woman» como le llamábamos a comprar ropa compulsivamente. Buena terapia, al menos a mí me fue bien. Sobre todo porque al comprar ropa de mi nueva talla me veía bastante más favorecida que con los pantalones a culo suelto.

Una tarde mientras echaba una siesta con Ari sonó el móvil, era un número desconocido, pensé que podían ser los Mossos que me habían llamado varias veces para preguntar si Robe había intentado ponerse en contacto conmigo. Pero cuando cogí el teléfono fue la voz de Robe la que identifiqué.

—Estoy muy mal, estoy viviendo en una caravana en una obra —lloriqueó— necesito que hablemos por favor.

—Lo siento pero no puede ser —dije tratando de parecer segura de mí misma.

Me despedí de él con celeridad, no quería caer en su tela de araña, pero él ya había plantado la semilla que quería, la semilla de la pena hacia él en mí.

Volvió a llamarme llorando al trabajo, me pilló algo más débil y acabamos gimoteando los dos diciendo lo mucho que nos queríamos. Mi compañera de trabajo me dijo que tuviera cuidado, y que no era bueno para mi cogerle el teléfono, que él estaba consiguiendo lo que quería.

Aquel día no pude dormir y decidí en uno de esos pensamientos relámpago que se me ocurren por la noche y luego a la mañana siguiente me parecen una locura que debía llamarlo. Llamé al bar de la plaza, la camarera me dijo que no me fiara de él, que había estado bebiendo todos los días, que había trabajado para varias personas haciendo reparaciones y todo lo que había ganado se lo había gastado en cervezas. Qué él había hablado con ella y le había dicho que lo echaban de la caravana y había pensado en volver conmigo para no quedarse en la calle, que no me quería pero al menos estaba bajo techo.

Eso me dolió y mucho, pero aun así y tonta de mí le dije a ella que quería hablar con él en persona, que quedábamos a la una en la glorieta próxima al camino del Roquis.

Al salir del trabajo y al acudir al punto donde lo cité no encontré a Robe, recorrí la calle hasta llegar a la próxima glorieta y ahí lo vi en el semáforo; en cuanto vio mi coche empezó a correr hacia él. Se metió en mi vehículo, la verdad, me dio lástima de verlo, muchísimo más delgado, bastante sucio y maloliente. Estuvimos hablando y lloró mucho, me pidió perdón, me dijo que me necesitaba, que iba a dejar de beber que haría todo lo que yo quisiera, pero que volviera con él.

Le dije que no podía ser, que lo que había hecho había roto del todo lo que teníamos y que yo no podía volver a confiar en él.

—Yo solo puedo ayudarte a dejar el alcohol, acompañarte al médico, a donde haga falta pero todo ello sin volver contigo —le expliqué.

—Pero como me vas a ayudar si no estamos juntos, yo necesito estar contigo, vivir a tu lado.

—Yo necesito recuperar la confianza en ti, ahora mismo, estoy muy dolida y tienes que demostrarme muchas cosas si quieres volver conmigo.

—Haré todo lo que me digas.

Estuvimos un buen rato con lo mismo, yo intentaba poner barreras, pero a la vez, me daba tanta lástima el estado en el que lo había encontrado que me sentía culpable de su situación. ¿Qué había hecho? Había dejado a una persona en la calle sin tener donde vivir, sin las condiciones mínimas de higiene y sin casi comer a juzgar por la pérdida de peso que había sufrido Robe en el mes que habíamos estado separados.

Tan mal me sentí que le di una oportunidad, pero con ciertas condiciones.

—No beberás ni una gota de alcohol, no me insultarás, no me pegarás, no te meterás en el cuidado de mi hija, eso lo haré yo únicamente y no quiero críticas ya que su madre soy yo. Mi casa es solo mía, has perdido el derecho sobre ella, por lo que no volveré a decir nuestra casa sino, mi casa. Pedirás perdón a mis padres por lo que me hiciste. Irás al psicólogo y te pondrás en tratamiento para dejar el alcohol; esas son mis condiciones si incumples cualquiera de ellas no volverás a verme en la vida.

—Hago lo que tú quieras pero por favor vuelve conmigo.

Quedamos para vernos esa misma tarde y para que Robe se duchara en mi casa y se cambiara de ropa. Pero la cosa no acabó como en teoría tenía que ser, Robe se quedó a dormir esa noche, y al final dio por sentado que volvía a vivir en mi casa. Esa noche no pude pegar ojo, porque la había cagado mucho, llevaba un mes viviendo sola y aunque tenía bajones de vez en cuando lo iba sobre llevando, a parte volvía a tener una vida parecida a la que llevaba antes de conocer a Robe. Quedaba con mi hermana, íbamos a tomar algo, salíamos por ahí. Recuperé amistades que hacía tiempo tenía aparcadas, de alguna manera había recuperado mi anterior vida social y me gustaba la sensación. De repente iba a volver a lo mismo, y yo no era tonta, me había dejado llevar por la lástima que me inspiró Robe al verlo tan desmejorado, y ahora, quería que se fuera de mi casa, porque me había equivocado llamándolo y porque sabía que no cumpliría ninguna de mis condiciones por mucho que me prometiera.

Se acercaba la navidad y mi vida era un infierno, Robe tardó un par de días en volverme a insultar, me llamó psicópata porque noté que había bebido y decía que yo me lo estaba inventando. Me dejó claro que él no se iba a mover de mi casa, le dije que me había equivocado, que esto no iba a funcionar, que le tenía miedo y que se buscara un sitio donde vivir, que no lo iba a echar a la calle pero que lo mejor era vivir separados. Pareció aceptar, pero no mostraba ninguna intención de irse. Me intentaba convencer de que era lo más normal del mundo que a un hombre se le fuese la mano de vez en cuando con su mujer, diciéndome «mira, a fulanito y menganita le ha pasado lo mismo que a nosotros, está todo el mundo igual, es la crisis». Se le notaba que estaba bebiendo, aunque se contenía para no insultarme, se le notaba que tenía que hacer un gran esfuerzo. Intentó por activa y por pasiva que le quitara la orden de alejamiento pero yo me negué siempre.

Yo pasaba el menor tiempo posible en casa, incluso en noche buena me fui con Ari a casa de mis padres. Él se quedó con Pau en su casa. Le llevó una botella de vino de mi aguinaldo, Pau no bebía, pero Robe dijo que se lo llevaba como detalle, que él no iba a beber nada

tampoco. A eso de las diez de la noche me llegó un mensaje al móvil, era de Robe.

«Ya estoy en casa cari, no he bebido».

Cuando entré al portal de mi casa después de la media noche, me encontré con Juanma que no sabía que Robe volvía a vivir conmigo. Quería que fuese a su casa a tomar algo, le expliqué que Robe estaba dentro, que si quería, que se pasara por mí casa.

A los cinco minutos llamaron a la puerta, yo no sabía si abrir o no, porque vi a Juanma bastante bebido y por cómo reaccionó cuando le dije que Robe estaba dentro, se intuía que podía haber problemas entre ellos dos.

Juanma había sido mi salvador en numerosas ocasiones, cuando Robe me gritaba llamaba a la puerta de mi casa con la excusa de venir a vernos, tomar algo, conversar, etc. Incluso una noche que Robe debió despertar a todo el vecindario con sus gritos y posteriormente con su portazo al irse al bar, Juanma llamó a mi puerta y me preguntó por lo ocurrido.

—No pasa nada Juanma, no te preocupes —le hablé gesticulando con la cara para indicarle que Robe estaba en casa.

—Tranquila, se ha ido —me dijo intentando tranquilizarme

—Yo que sé cómo muchas veces abre da el portazo y se vuelve a meter en casa ya no sé a qué atenerme —aclaré.

—Si se le ocurre tocarte llámame, yo siempre estoy alerta por si acaso.

—Gracias Juanma.

Abrí la puerta, Juanma estaba ebrio porque venía de cenar con su familia. Robe dormía, por lo que Juanma y yo nos sentamos en el despacho a hablar. Entonces ni corto ni perezoso Juanma empezó a decir.

—¿Para qué lo perdonas? No ves que te lo va a volver a hacer.

Yo le hacía señas para que no siguiera hablando, Robe estaba con la oreja puesta en la habitación.

—No va a cambiar, tú no deberías estar con él, deberías estar conmigo, con mi familia, con gente que te quiera.

Madre mía, ¿Pero qué estaba diciendo?, se avecinaba tormenta y yo estaba acojonadamente acojonada.

—Juanma por favor, que está ahí —le dije en voz baja para que

Robe no me oyera.

De repente Robe entró por la puerta.

—Hola campeón —saludó Robe con retintín.

Mierda, pensé, se va a liar parda.

—Hola Robe, ¿Qué tal? Hacía días que no te veía —Toma pullita de Juanma.

—¿Si verdad? Ya me he enterado que te has pasado bastante por aquí —Yo no había dicho nada y Juanma solo había pasado un par de veces por mi casa desde que Robe se fue, para preguntar qué tal estaba o si necesitaba algo.

—Voy a por una botella de vino pero no tengo saca corchos, ¿Tienes uno tú en tu casa?

—Sí Robe, toma las llaves entra tú mismo, está en el primer cajón que encuentres al entrar a la cocina —Juanma se estaba dando cuenta de que Robe se quería quedar solo conmigo y no quería darle la oportunidad.

—Deja a este tío —me dijo Juanma con firmeza.

—No puedo —mentí para que Robe no le acabara haciendo algo malo a Juanma.

—¿Por qué no puedes?, ¿Le quieres?

—Sí —Volví a mentir, pero era la única manera de protegerlo. Me hubiera gustado decirle que me sentía alagada pero no podía ser nada más que su amiga, ya que yo únicamente lo veía como un amigo, sí, sé que son calabazas igualmente, pero al menos podría haber sido sincera y no tener que mentir diciéndole que quería a Robe, aunque me hubiera hecho todas las perrerías habidas y por haber; lo de menos era quedar como una tonta, pero no me gusta mentir; aunque en ese caso era para bien.

—Yo hace tiempo que te empecé a querer y estos últimos días que hemos hablado más me he dado cuenta de que quiero estar contigo. Te quiero Elisa —Se declaró en un último intento desesperado de que yo entrara en razón.

—Lo siento Juanma no puede ser, yo estoy con Robe —dije haciéndole señas nuevamente para que parara, pues Robe había entrado a casa hacía más de un minuto y lo había oído todo a escondidas.

—Qué pasa Juanma campeón, ¿Tienes internet en tú casa? —le

preguntó con fingida despreocupación.

—Sí ¿Por?

—Porqué te voy a dar una página para que te busques una mujer allí, yo tengo la mía ¿Entiendes no? Hay muchas mujeres en internet, las mujeres de los amigos son sagradas ¿Y somos amigos no?

La tensión se podía cortar con un cuchillo, yo estaba agarrada a la silla de oficina del despacho como si me fuese a caer en cualquier momento, cuando me di cuenta estaba apoyada en el ventanal de la habitación; hay que decir que cuando Juanma llegó estaba prácticamente en la puerta, me había ido desplazando y ya no me quedaba habitación para ello.

Por fin y sin que la cosa pasara a mayores Juanma se fue a su casa, simplemente se levantó y dijo «me voy», respiré tranquila en cuanto salió por la puerta.

Luego tuve que aguantar el tercer grado al que fui sometida por Robe, y la única manera que encontró de hacerle daño a Juanma ya que sabía que estaba pendiente por si él me hacía algo, era acostarse conmigo y exagerar su placer para que el pobre Juanma lo oyera todo. Hay que decir que en la intimidad Robe era un hombre dulce, nada que ver con quien era en verdad, una persona sin escrúpulos. En la cama siempre estuvimos bien, eso sí, cuando bebía siempre me echaba por cara que yo era una guarra en el sexo. Yo soy lo que soy, no tengo porque ser una mujer que se abre de piernas y se deja hacer, como a todo hijo de vecino me gusta el sexo ¿Y a quién no? Pero de ahí a ser una guarra, hay un abismo. Robe dosificaba nuestros encuentros sexuales, tanto que muchas veces me sentí rechazada porque solo se hacía cuando él quería, si no era el caso, se tapaba sus partes y no había quien le tocara, te decía que no y ahí te quedabas con el calentón. Eso sí, mejor que dijeras que sí cuando él quería y estaba borracho, si no, tenías que oír «Yo quiero una mujer en mi cama, si no eres una mujer lárgate de aquí».

Pero aunque en la cama las cosas nunca fueran mal, yo esa noche no quería hacer nada con él, solo cedí para que Robe no fuera a casa de Juanma a pedirle explicaciones. Le hice prometer que no lo haría, que no se lo tomara a mal, que Juanma estaba ebrio y no lo había hecho con mala intención.

En los tres días siguientes apenas aparecí por casa, solo para dormir, cuando llegaba por la tarde me encontraba a Robe con signos de haber bebido y aliento a alcohol. Me decía que no, que era cerveza sin alcohol, pero se le notaba ebrio y se contenía para no liarme una de las suyas.

De las condiciones que le puse, cumplió solo la de pedirle perdón a mis padres y porque me puse muy pesada. Pidió hora para hablar con el asistente social del centro de drogodependencias, pero luego no fue. Se iba al bar y se pasaba un buen rato allí, luego me decía que no bebía aunque venía con signos claros de ebriedad. Me coaccionaba para que le quitara la orden de alejamiento, pero yo siempre me negué.

El día veintisiete por la noche Robe me comentó que había hablado con Juanma y que le había explicado lo que pasó en noche buena, pero Juanma no se acordaba de nada y se había disculpado. Hasta ahí ningún problema, no dudé de su palabra.

En un momento de la madrugada vi a Robe levantarse de la cama. Luego oí ruidos en el despacho como si buscara algo, me levanté y lo que vi me heló la sangre. Robe sostenía la catana que Juanma nos había regalado meses atrás y la estaba desenfundando, estaba de espaldas a mí y no me había visto. Sostuvo la catana en la mano y la observó.

—¿No tienes sueño? —Me tragué mi miedo y puse en práctica un talento que no sabía que tenía, el de actriz.

Robe dio un respingo.

—Mira cariño he encontrado la catana, la voy a vender mañana en el Cash Converters —comentó en tono fingidamente inocente.

Yo había escondido esa catana el día que Robe intentó hacerse el «araquiri», era muy difícil que la encontrara pero al parecer ya sabía dónde estaba porque era muy raro que la hubiera encontrado en unos segundos, fue directamente a por ella. Me acojoné, mi hija estaba durmiendo en la habitación de al lado por lo que tenía que disimular como sea y apartar a Robe de la catana, porque no me pareció que solo quisiera mirarla, menos aún colaba la excusa de que la quisiera vender en el Cash Converters.

No sabía qué hacer, tenía miedo, esa noche antes de irnos a la cama le había vuelto a repetir que tenía que buscarse un sitio donde vivir y que no podíamos seguir con esa relación. Tenía que idear un plan, sabía que no podría salir de casa con la niña sin que Robe nos hiciera daño. Ya una vez había salido y él había acabado en el calabozo, no lo iba a permitir esta vez y yo lo tenía muy claro. Entonces se me encendió la bombillita.

—Pues si quieres mañana te llevo a Reus y la vendes.

—Vale, así me paso por la plaza que hace días que no me ven.

—Ok pues mañana te llevo —¡Eureka! sabiendo que al otro día iría a su sitio favorito decidió postergar lo que fuese que quería hacernos a Ari y a mí.

Luego quiso acostarse conmigo, y tuve que tener mucha sangre fría, tuve que convertirme en un témpano de hielo, hacer de tripas corazón y ser la actriz más brillante encima de la tierra en su mejor actuación. Yo no estaba tomando ya la píldora porque la dejé cuando detuvieron a Robe. Desde que volvió a casa había hecho lo que comúnmente se llama «la marcha atrás» pero ese día se corrió dentro. Lo tuve muy claro, esa noche no pegaría ojo.

Hice mi papel hasta que Robe se durmió, yo me había hecho la dormida un buen rato antes, lo vi levantarse y acercarse a mí para cerciorarse de que yo dormía, no abrí los ojos pero me moví. El corazón me iba a cien por hora. Por suerte se metió otra vez en la cama y no se volvió a levantar.

Tracé mi plan esa misma noche, no dormí, estuve alerta de todos los movimientos de Robe porque no me fiaba. Por la mañana me levanté temprano, me vestí, di de desayunar a Ari, la arreglé y llevé a Robe a Reus. Luego me dirigí al ambulatorio a planificación familiar. Pedí la píldora del día después y me la dieron sin problema. Luego fui a casa de mis padres, a Tarragona. Una vez allí expliqué a mi familia lo que había ocurrido la noche anterior, se asustaron mucho y pensaron lo mismo que yo había pensado al ver a Robe desenfundar la catana, que éste no iba precisamente a cortar la mala hierba del jardín. Mi intención era no pasar a recoger a Robe y que se diera por entendido, quería que se fuese de mi casa, me había equivocado y así se lo dije a mis padres. Sé que se podría pensar que yo era una caprichosa que ahora sí y ahora no, pero hay que ponerse en los zapatos de una persona para saber por qué actúa como actúa, la espiral del maltrato es traicionera, y a cualquier persona ya sea hombre o mujer le puede pasar lo mismo que me pasó a mí.

Esa tarde llamé al número de atención a las víctimas de violencia de género, fueron claros conmigo, si existía una orden de alejamiento y la quebrantábamos ambos voluntariamente, aparte de tener problemas legales los dos, en el caso de que Robe volviera a pegarme la policía no me haría caso la próxima vez que denunciara por el mismo motivo.

Hablé con Menchu, en esa conversación me enteré de que Robe no tenía carnet de conducir como siempre mantuvo, que el gran corte de su mano no se lo había hecho trabajando si no en una pelea doméstica con ella un día que iba borracho y atravesó un cristal con el puño. También supe que a ella le había hecho lo mismo que a mí durante sus

siete años de relación, que fue ella y no él quien dejó a quien, que Robe antes de entrar en prisión llevaba ya unos años sin trabajar, la que trabajaba era ella y no al contrario como Robe siempre había explicado. Prácticamente todo lo que me había contado Robe sobre su vida era mentira. Menchu fue clara, «ves con tus padres a tu casa, no vas a poder sacar tu sola de ahí a Robe, va a ser muy difícil». Le di las gracias por escucharme, era una buena chica, siete años con ese energúmeno, yo llevaba un año y tal parecía que habían pasado diez.

Robe me llamó por teléfono de malas pulgas, diciendo que lo viniera a buscar ya, que llevaba muchas horas esperándome. Le dije que enseguida iba, pero no me moví de casa de mis padres. Volvió a llamar ya gritándome, le dije que no podía ir, que no tenía gasolina y que se buscara a alguien que lo llevara a Vila-Seca. Pensé que se daría por entendido pero no, consiguió que lo acercaran a casa y una vez ahí se metió en el Messenger a insultarme.

En esas estaba cuando mi hermana se acercó al ordenador y vio la conversación. Me estaba poniendo de todo menos bonita. Y mi hermana le soltó todo lo que quería decirle hacía ya bastante tiempo. Que ¿Quién era él para exigirme y para insultarme? Que no era más que un mantenido que se aprovechaba de mí, que porque ella no estaba el día que me puso la mano encima sino le hubiera cortado los huevos, y varias lindezas más, mi hermana no se anda con tonterías cuando le tocan la fibra.

Luego me puse yo frente al ordenador.

Robe: ¿Qué pasa cariño? ¿Qué es esto? Una broma por los santos inocentes ¿No?

Elisa: No es ninguna broma, he leído la conversación que has tenido con mi hermana y no me ha gustado nada.

Robe: Tu hermana es una niñata que vive en su nube de pegatina, no sabe nada de la vida.

Elisa: Y tu si ¿Verdad?, mira, voy a ir a casa con mis padres, quiero que cojas tus cosas y te vayas antes de que yo llegue, ya no aguanto más.

Robe: ¿Pero por qué cariño? Ven a casa y lo hablamos.

Elisa: Es mi última palabra.

Cerré sesión en el Messenger y con mis padres nos pusimos de camino a Vila-Seca. Robe no se había movido de mi casa ni siquiera había recogido su ropa.

Estaba ebrio cuando llegamos, discutió con mi padre y lo insultó,

intentó poner en mi contra a mí madre diciéndole que yo tenía una depresión de caballo y que necesitaba tratamiento psiquiátrico. Por suerte mis padres no lo creyeron.

Robe recogió sus cosas y nos dispusimos a acompañarlo a casa de su madre. Durante el trayecto a Reus pasé realmente miedo, ¿Cuántas veces me había agarrado el volante y desviado la trayectoria de la marcha cuando yo conducía y él iba borracho? Podía ocurrírsele en cualquier momento, y todo porque a mi madre que no cayó en la cuenta se le antojó ir detrás con mi padre y cederle el asiento de delante a Robe. Sí, lo llevamos nosotros a Reus, era lo mejor, si se quedaba en Vila-Seca en cualquier momento podría colarse en el piso ya que él había sido cerrajero y vivíamos en un bajo, yo lo había visto abrir una puerta con un cuello recortado de Coca-Cola.

Cuando llegamos a Reus me pidió un cigarro y esperó junto a mí padre mientras mi madre y yo hablábamos con Ana. «Ay que tonta que has sido chica, mira que te lo avisé», me dijo. No me avisó por joder como dijo Robe, me avisó porque sabía que yo y mi hija corríamos peligro con su hijo, lo hizo por mi bien. No pude más que pedirle perdón por haber sido tan injusta con ella.

De repente apareció mi padre diciendo que Robe se había ido por su lado, señaló la calle que iba al bar de la plaza. Ana nos dijo que ella no quería más líos con su hijo, que era mayorcito y se sabía espabilar, que nos fuéramos que con toda seguridad aparecería por su casa en los próximos días.

Durante los próximos tres días recibí mensajes de Robe en el buzón de voz, diciendo que tenía hambre, que se encontraba mal, luego borracho diciéndome que no quería mi mierda de vida, que yo era una pedazo de perra y mi hija una mongola, al cabo del rato recibía otro con lamentos y lloriqueos. Al final opté por no escuchar ninguno más.

CAPÍTULO 18

31 de diciembre de 2010

Esa noche salí de fiesta con Iria, nos pasó una de nuestras tantas batallitas que un día seguro que contaré a mis nietos, aparcamos el coche lo suficientemente lejos de la discoteca para hacer botellón sin ser molestadas por el Mosso de Esquadra de turno, y Elisa la petarda salió disparada al maletero a buscar la botella de «currú». Iría y yo llamábamos así a toda bebida alcohólica desde que un día compramos un vodka de marca blanca de nombre similar que me hizo tener la sensación de estar pariendo, en mi vida he padecido semejantes retortijones en una resaca. Y para hablar en clave delante de mi madre, que si decías wiski o vodka le podía dar un infarto.

Pues como iba diciendo cogí la botella de «currú», pero parecía tener vida propia, se empezó a resbalar de mis manos, la intenté coger otra vez y la agarré con mis rodillas; pero acabó impactando en el suelo y haciéndose añicos. Era un «currú» de marca, que nos había costado una pasta, por lo que nos quedamos sin cubatillas de calentamiento.

Esa noche con la música que pinchaba Javi Level tuve claro lo que quería, ser feliz y supe que lo iba a lograr, me prometí a mí misma reeducarme en cuanto el gusto por los hombres, que la próxima vez haría caso de mis alarmas y no me fiaría de nadie que empezara con mentiras una relación.

«Mi vida comienza aquí» pensé, y lo hice realidad. Siempre se puede tener una vida mejor, solo hay que ser muy fuerte y aprender de la mala experiencia para que no vuelva a pasarte. Muchas veces las personas, porque hablar de mujeres sería discriminar, que también existe el maltrato a los hombres por parte de las mujeres, o el maltrato entre personas del mismo sexo, es igual, cuando las personas pensamos que no hay salida, que tenemos que resignarnos, que la persona que nos agrede cambiará nos equivocamos. Cuando ignoramos las alarmas que nos avisan de un peligro inminente y vamos adelante en una relación con todo y con eso, nos engañamos a nosotros mismos. Hay que saber nadar y guardar la ropa, porque las

malas personas no cambian, en todo caso, van a peor.

Yo elegí cambiar mi vida, acepté mi adicción a los hombres difíciles, porque no era la primera vez que me cruzaba con alguien que me humillaba y porque donde pongo el ojo pongo la bala, la gran mayoría de hombres con los que he estado en mi vida han tenido alguna orden de alejamiento con alguien, no fue el caso conmigo, pero si con otras personas.

Estuve con terapia psicológica por mi trastorno de estrés post-traumático durante cuatro años y todavía a día de hoy tengo flash-backs de lo ocurrido con Roberto Santana. Me han quedado secuelas, mi ansiedad se agravó y se manifestó en forma de movimientos involuntarios, que en cierto momento me hicieron pensar que tenía algún tipo de enfermedad degenerativa ya que los médicos no sabían que podía ser, tras descartar varias enfermedades ya que las pruebas salieron bien, determinaron que lo mío eran secuelas de lo vivido junto a Robe.

EPÍLOGO

En enero de 2011 se llevaron a Robe a un centro de desintoxicación. Después de pasarse unos días vagabundeando sin tener a donde ir y sin nadie que le bailara el agua volvió suplicando a casa de su madre. Ésta lo recogió y lo metió a dormir en el trastero que estaba en el parking, ya que la pobre mujer no se fiaba ni un pelo de su hijo. Robe aceptó internarse por su propio pie y Ana me pidió un favor, que hablara con la psicóloga de Robe en el centro de drogodependencias para explicarle lo que había pasado y de una vez por todas la creyera, porque no la creía.

En febrero nos citaron con la psicóloga. Ana y yo le contamos todo sin dejarnos detalle. Ella defendió en todo momento a Robe hasta que nos enseñó una carta que éste le había enviado desde la cárcel y dijo.

—Robe es un chico con muy buena voluntad, lo que pasa que todo le sale mal, además ¿Vosotras pensáis que esta letra tan bonita puede ser la letra de un loco?

—¡¡Esa no es la letra de robe!! —Respondimos Ana y yo al unísono.

Ahí se quedó de piedra, Robe tenía mala letra desde que le pasó lo de la mano. Se le quedó prácticamente colgando y tuvieron que operarle de urgencia para volvérsela a colocar en su sitio, fueron muchas horas de micro cirugía, pero nunca había vuelto a recuperar la movilidad de antes del accidente.

Ese día cuando me despedí de Ana, decidí que yo ya había cumplido con ella, y que jamás volvería a verla ni a cogerle el teléfono, ya que no era bueno para mí, yo necesitaba desligarme del todo de Robe y de todo lo que tuviera que ver con él. Ella me había enseñado fotos de Robe ese día, desde pequeño a mayor, las llevaba en su cartera, se le caían las lágrimas cuando me explicaba que Robe le había roto los dos brazos cuando solo tenía quince años, que le había robado quinientas mil pesetas a unos amigos suyos que habían venido de visita, cuando solo tenía doce. Que Robe no era gitano como éste siempre había mantenido, que no tenía ningún Ford Focus, que el día que le di el golpe a mi coche Robe le dijo que yo bebía más que él y que era alcohólica, que hablaba fatal de mi hija, que según él Ariadna se le había insinuado sexualmente, ahí ya me tocó la fibra,

Ari es totalmente inocente, es como una niña de cinco años, jamás haría algo así.

Me encontré con Sole, la hermana de Juanma, al parecer el día de navidad Robe llamó a casa de su hermano, cuando este le abrió entró sin ser invitado, amenazó a Juanma y le dijo que no se olvidara de que él tenía su catana. Que no volviera ni siquiera a dirigirme la palabra nunca más, que quedaba avisado.

Otro día fui a casa de Pau que me explicó lo que pasó en noche buena, Robe se bebió la botella de vino que le llevó como detalle él solito en menos de un cuarto de hora, luego me envió ese mensaje en el que decía que no había bebido. Claro ejemplo de que se contenía y que si me trataba mal estando ebrio era a cosa hecha.

Todo era mentira.

Una mañana Ulises entró en mi oficina, no comentó nada del mensaje que yo le había enviado días después de que detuvieran a Robe. Para mí Ulises era una carga emocional, un lastre sentimental, no lo había olvidado. Siempre estaba ahí en mis sueños, en un rincón de mi cabeza y en un compartimento enorme de mi corazón.

Me temblaba todo el cuerpo de arriba abajo, nos abrazamos sin importar quién pudiera estar mirando. Quedamos un par de veces en los siguientes meses y me lo encontraba asiduamente cuando iba de fiesta. Tuvimos un pequeño affair que duró lo que un suspiro. Solo quedaba el recuerdo de muchos momentos vividos, pero yo ya no sentía lo de antaño, y a él también se le veía que no me miraba de la misma manera. Fue mi manera de quitarme ese lastre del pasado, esa espinita que se me había quedado clavada y parecía que jamás sanaría su herida; pero sanó, y yo quedé libre para hacer mi vida sin soñar con él.

26 de marzo de 2015

Lana me mira y sonríe, me encanta ver su sonrisa, me hace sentir feliz de verdad. Conocí a Ángel en abril de 2011, no se lo puse fácil ya que estaba tan escarmentada que no me fiaba ni de mi sombra. Al final «me rendí a sus encantos» y empezamos a salir en junio de ese mismo año. La relación iba tan bien que se vino a vivir a mi casa. Desde entonces el tiempo pasa volando, puedo ser yo misma y no tengo miedo. Me encanta mi vida y me encanta mi álbum de fotos en el que mi cara refleja lo feliz que soy junto a la familia que he formado con Ariadna, Lana y mi querido Ángel. Dejamos el piso de

Vila-Seca, cuantas cosas han pasado entre estas cuatro paredes, buenas y malas, de repente en la radio suena The Funeral de The Band of Horses, me encanta ese tema, soy Elisa Vera, tengo treinta y ocho años, en mi vida me he caído y levantado pero nada me ha hecho tan fuerte como el hecho de haber vencido al mismísimo diablo.



NALEN GÓMEZ

(Tarragona 1977)

Trabaja como contable en una pequeña empresa.

Sus pasiones son el dibujo y la música. Es DJ y productora de música electrónica amateur.

«Y vencí al mismísimo diablo» es su primera obra. Como lectora empedernida un día se le ocurrió que quería hacer su propio libro. Muy sensibilizada con el tema de la violencia de género, decidió escribir sobre ello con el fin de ayudar a las personas que estén pasando por ese infierno que es la espiral del maltrato y con el claro mensaje de que se puede salir de él.